

antropología 3er mundo

NUMERO - 11 pesos 4,00
AGOSTO - SETIEMBRE 1972

**ROLANDO CONCATTI: EVITA / J.
W. COOKE: CARTA A LOS COM-
PAÑEROS - ESCRITOS CUBA-
NOS / EL MANZANAZO DE
SANTA FE / LA RESISTENCIA /
RODOLFO WALSH: QUIEN PROS-
CRIBE A PERON.**



EL PUEBLO ES LA TRINCHERA DE PERON-EVITA

El pueblo es la trinchera de Perón

En un discurso de tono inédito, A. A. Lanusse ha proferido gruesos agravios al pueblo argentino. Lo hizo ante mil oficiales del Ejército, sin que haya noticias de que alguno manifestara su disconformidad. Cabe destacar que ni esos agravios, ni dicha pasividad, son gratuitos; responden a nítidas motivaciones de clase, que circunscriben cada día más a los depositarios espúreos del poder en el campo de los que detentan los privilegios, enfrentados al conjunto expoliado y oprimido de las mayorías populares.

Los principales insultos consisten en la reiteración de una vieja concepción de la oligarquía, la que sostiene la absoluta irracionalidad de las masas, meras seguidoras de un grupo de aventureros. El viejo argumento de la demagogia de Perón y de la condición animal de nuestro pueblo se afianza en las clases dominantes cuando es evidente que no hay integración posible entre oprimidos y opresores.

Por otra parte, Lanusse repite el viejo error oligarca de resumir el proceso popular y la combatividad del peronismo en la subjetividad de Perón. Habría que tener mucha autoridad moral y haber hecho mucho por la Patria para juzgar a un líder y un liderazgo, y difícilmente detentan esas virtudes los responsables de la entrega total del país al imperialismo, los culpables de tantos asesinatos, torturas, los causantes de la miseria de un pueblo. Pero aun si no fueran los culpables directos de todo eso, como en realidad lo son, igual cometerían un error histórico y político si realmente creyeran que todo se limita a que Perón acepte o no el plazo del que hablan.

En un reportaje del periódico "Corriere della Sera", Perón dice: "En Argentina no se pueden celebrar comicios verdaderamente libres sin mí, y esto los militares lo saben. Es, por tanto, ridículo que pretendan determinar cuándo tengo que partir y qué tengo que hacer."

Como de costumbre, Perón resume una realidad. ¿Cómo una reducida camarilla puede imponer condiciones y plazos a un pueblo, sino mediante el argumento de la fuerza? En tales circunstancias, los resultados del proceso no pueden ser otra cosa que un fraude descarnado. El único plazo del cual tendría que hablar Lanusse debería ser aplicable a sí mismo, a las Fuerzas Armadas, pero hablar sobre esto es entrar en el terreno de la ciencia-ficción, ya que no hay datos históricos sobre impostores que hayan renunciado voluntariamente a su impostura.

Nadie debe alarmarse por los plazos enunciados, porque la política del pueblo no puede ser el resultado gimnástico de una pulseada. Esos plazos serán "impuestos" si alguien acepta la imposición. No puede

argumentarse que para romper la táctica del régimen hay que jugar dentro de ella. En las actuales condiciones, la aceptación lisa y llana del plazo significa dos posibilidades: un Perón que convalide el juego sucio, desde una "prisión dorada", o una profunda crisis, con una política de terror por parte del régimen que el pueblo peronista no está organizado para transformar en victoria propia.

Se ha avanzado, pero no podemos caer en el optimismo ingenuo. Hace un año, el periódico "El 17" decía: "Nada ha cambiado sustancialmente: el país sigue despojado por el capital extranjero, el pueblo sigue sujeto a cada vez mayores privaciones y la miseria golpea sobre los hogares de miles y miles de nuestros hermanos. Nuestros compañeros siguen presos, nuestro líder proscrito, y el poder continúa en manos de los mismos cipayos y vendepatrias de siempre". Lo decía replicando al falso optimismo de muchos compañeros, que creían que "el imperialismo se ablandaba" y que era posible reconstruir un proceso similar al chileno. Estos meses fueron el juicio histórico sobre esos argumentos políticos. Hoy, esa frase sirve nuevamente para quienes creen posible jugarse en un acto heroico: nada ha cambiado sustancialmente, porque la concentración del poder y la fuerza de la represión siguen en las mismas manos, que tienen uñas de sangre y fuego. La burocracia sindical está totalmente entregada al régimen. La partidocracia especula con los puestos en la legislatura, y nadie debe entusiasmarse con sus palabras rimbombantes, son siempre los mismos aunque se presenten "modelo 72".

La respuesta que el peronismo debe dar al régimen debe inspirarse en la combatividad de su esencia revolucionaria y su experiencia histórica, en la profundización organizativa e ideológica independiente de las políticas de la dictadura y de los burócratas traidores, y en la conciencia de sus objetivos superiores, la liberación nacional y social. La importancia de esta coyuntura no debe confundirnos sobre la naturaleza del proceso de nuestra Patria, que no se resuelve en esta coyuntura. Hoy más que nunca, para muchos compañeros aparece clara la necesidad de la organización independiente, de la alternativa revolucionaria hegemónica por la clase obrera peronista.

Más allá de todas las provocaciones, el peronismo marca ser el eje del esfuerzo liberador, porque es conducido por un líder como el Gral. Perón, que ha sido consecuente con su pueblo, porque su columna vertebral es una clase obrera que día a día aumenta su combatividad, y porque siguen incólumes las banderas y la herencia revolucionaria de Evita.

SUMARIO

	Pág.
El pueblo es la trinchera de Perón	2
Análisis de Coyuntura	3
La Resistencia	14
Evita - R. Concatti	20
El Manzanazo	26

Revista - peronista
de información y
análisis.

Director:
Guillermo Gutiérrez
Registro de la propiedad intelectual N° 1141560
Impreso en la Argentina - Printed in Argentine
CORRESPONDENCIA:
CASILLA DE CORREO 74
SUCURSAL 2 - BUENOS AIRES

SUMARIO

	Pág.
Teatro militante	30
Carta a los compañeros	
J. W. Cooke	32
La Revolución y su ética	
J. W. Cooke	39
Quién proscribe a Perón - R. Walsh	43

ANALISIS DE COYUNTURA

Los dos últimos meses (junio y julio) destacan dos hechos políticos fundamentales: la ofensiva de Lanusse sobre el movimiento popular públicamente explicitada el 31 de mayo en San Nicolás, y la respuesta de las masas populares que tienen sus puntos más altos en Tucumán, donde una semana de enfrentamientos demostró la voluntad revolucionaria del pueblo, y en Santa Fe, donde la clase obrera peronista dio una prueba de su capacidad agitativa y estuvo presente la organización desde las bases al margen de burócratas y "combativos" (ver "El Manzanazo").

En esta coyuntura, cuando el proyecto continuista muestra todas sus cartas, tanto políticas (proscripción del peronismo) como económicas (aceleración del proceso de concentración monopólica), el general Perón despeja el panorama y pone una clara línea divisoria: el pueblo argentino no es objeto de negociación, los representantes del imperialismo no tienen nada que hacer con nosotros.

El 29 de mayo, día del ejército, los generales se encargaron de definir la coyuntura actual: guerra contrarrevolucionaria, proscripción de Perón, continuidad institucional. Mucho antes, el "institucionalizador" Lanusse, el 31 de diciembre de 1970, alertó al ejército sobre el estado de guerra in-

terno imperante. Desde el 23 de marzo del año pasado está claro que la salida electoral no es más que uno de los caminos que el régimen tiene para garantizar su continuidad, y está claro también que es un camino al régimen y no de un gobierno particular. Más allá de su frustración personal, la imposible continuidad "legal" de Lanusse no le mueve un solo pelo al régimen monopolista.

El 24 de julio, un diario "serio" como "El Cronista Comercial" destacaba cuáles serían las condiciones de las fuerzas armadas en la mesa del acuerdo con los políticos electoralistas: la legislación y la acción antisubversiva continuarán a cargo de las fuerzas armadas; respeto por la propiedad privada; toda medida de trascendencia que adopte el futuro gobierno debe ser aprobada previamente por las fuerzas armadas; las organizaciones gremiales, empresarias y las universidades deben ser apolíticas; las fuerzas armadas dirigirán aquellas empresas estatales que definan como estratégicas; mantenimiento de la Argentina en el Fondo Monetario Internacional y demás organizaciones internacionales; respeto por las minorías; enmienda constitucional; prohibición al nuevo gobierno de dictar amnistías para los presos condenados por actividades subversivas; intervención de las fuerzas armadas cuando la

situación lo aconseje; refirmar los compromisos internacionales asumidos por los gobiernos de la revolución argentina.

El proyecto oficial se maneja tanto en lo político como en lo económico concentrando poder. El nivel alcanzado por los enfrentamientos populares incorpora la necesidad de "estatizar" al máximo aquellas instituciones que pueden canalizar expectativas de distintos sectores de la población. El ingreso de los dirigentes políticos y sindicales sin excepción al ámbito del Estado es una necesidad de la actual etapa imperialista. De ese modo el manejo de las contradicciones internas del régimen, agudizándolas, tal como hace Perón, crea permanentes crisis coyunturales que obligan a marchas y contramarchas a los distintos gobiernos. Más allá de las buenas intenciones, la aceptación de la lucha política en el seno de instituciones que sólo sirven a la continuidad del régimen, deja a quienes dedican a eso sus mejores esfuerzos, sin salida cuando la situación da un bandazo. Entonces la salida es improvisar, con gran alegría de burócratas y golpistas, que son los únicos en condiciones de capitalizar esa actividad.

El manejo de las contradicciones del régimen por Perón va unido al desarrollo del enfrentamiento popular y de la organización y luchas de la clase obrera peronis-

ta, que **siempre** se desarrollan al margen y en contra de los dirigentes conciliadores.

La salida continuista se basa en el proceso de concentración creciente y acelerada en el plano económico y en la influencia creciente de los sectores más concentrados en todos los planos —tanto políticos como económicos—. Esto significa promover a los monopolios y garantizar desde el Estado su seguridad. En una situación internacional caracterizada por la agudización coyuntural de la contradicción interimperialista, su reflejo local se expresa por el desplazamiento de algunos sectores del bloque dominante. Este desplazamiento, que favorece a los intereses norteamericanos, produce una lucha por asegurar la participación —y si es posible ampliarla— de algunos núcleos que genéricamente se pueden identificar con los intereses europeos. Este es el rol que cumple el desarrollismo —frondizista y de otro color— cuando promueve su integración en el “frente cívico de liberación nacional” y al mismo tiempo especula, negociando con Lanusse, con la proscrición de Perón. La débil propuesta política de los sectores combativos del peronismo, la improvisación y el golpismo como método, aseguran la hegemonía de los sectores conciliadores y desarrollistas en el frente.

La burocracia sindical negocia al mejor postor, ella está a favor de los monopolios sin distinciones. El grupo que les asegure un mejor pasar y al mismo tiempo tenga más perspectivas de éxito tendrá su apoyo. A los burócratas sindicales más que a cualquier otro sector de la sociedad argentina le cabe la definición de que “el capital no tiene banderas”.

La clase media, apretada por la crisis y por el proceso de concentración, se prende a cualquier perspectiva que garantice su supervivencia. En este caso el reformismo electoral —promovido desde todos los sectores monopolistas— es su tabla de salvación. Defiende un pasado que no vuelve, pero al mismo tiempo especula con una participación honorable en el proceso local de integración monopólica. El electoralismo, cualquiera sea su camiseta políti-

ca, es un instrumento de integración en la guerra contrarrevolucionaria desatada por el imperia-

LA COYUNTURA ECONÓMICA

Desde fines de 1970 el proceso económico tiene dos aspectos visibles de deterioro: el aumento de la desocupación en forma constante y la inflación. Este proceso acompaña a la liquidación de los últimos rastros de “economía nacional” y a la articulación de la economía local como apéndice neocolonial del capital monopolista internacional. La reconversión económica, acelerada por la revolución argentina en 1966 —en especial por Krieger Vasena en 1967—, hace sentir sus efectos sobre el nivel de empleo, la distribución del ingreso y las tasas de crecimiento, pero al mismo tiempo repercute favorablemente en los sectores más concentrados, que aprovechan la inestabilidad política para ampliar sus ganancias especulativas, en especial en el mercado negro de divisas. Este proceso beneficia también a grupos de especuladores independientes y aventureros que aprovechan los favores gubernamentales. La clase ganadera —en especial los grupos de invernaderos— saca tajada de la crisis interna y de la suba de las cotizaciones de la carne en el mercado mundial. En este negocio los grandes frigoríficos exportadores sacan la mejor tajada y un sector de ganaderos se opone porque también quiere su parte de la renta diferencial de la tierra.

Entre 1970 y 1971, según el ex presidente del Banco Central, Brignone, salen del país alrededor de 1.000 millones de dólares. Las estadísticas oficiales destacan la fuga especulativa de divisas en 1971: 420 millones de dólares. El empréstito en dólares lanzado el año pasado sirve para que el dinero negro se legalice y al mismo tiempo proporciona el más alto interés del mundo a quienes decidan adquirir bonos.

Para el proyecto de integración monopólica poco interesa—en términos económicos— el mercado interno de consumo. Interesa sí políticamente, en la medida que las contradicciones en el interior de las clases dominantes y el enfrentamiento popular, exigen algún apoyo social. Esto provoca

las marchas y contramarchas en el terreno económico-social y actitudes demagógicas que sólo sirven para aumentar el desconcierto y las ganancias de los especuladores.

Si a esta situación se agrega la dificultad resultante del período de reajuste del mercado mundial —agudización de las contradicciones interimperialistas—, consecuencia de la ofensiva económica lanzada por Nixon el año pasado para equilibrar las finanzas norteamericanas, para la actual coyuntura una política distributiva y desarrollista es imposible. La agudización de la explotación de la clase obrera, y la concentración cada vez mayor de los ingresos de los capitalistas que absorben el 65 % de la renta nacional, profundiza el enfrentamiento económico y convierte a la economía en uno de los frentes más débiles para el continuismo.

Con una participación cercana al 80 % de las inversiones extranjeras en el país, la posición de los norteamericanos es inatacable desde adentro. Los grupos desplazados y los comisionistas sin negocios a la vista, en especial el frigerismo, intentan compartir la torta y buscan apoyo en los capitalistas europeos. La ofensiva económica y financiera de Estados Unidos desarrolla en los europeos la necesidad de no perder la influencia lograda en nuestro país y si es posible aumentarla. Para ello buscan insertarse en la oposición para presionar sobre el gobierno de Lanusse y negociar futuros negocios, con clara conciencia de que su contradicción se arregla con algunos porcentajes y que el principal objetivo es impedir la profundización de las luchas populares.

En seis meses los precios aumentaron 38 %, y en los últimos doce los precios mayoristas crecieron casi 80 %, según cifras oficiales que no reflejan la verdadera magnitud del aumento para la clase trabajadora. En junio último la canasta familiar, para los estadísticos del gobierno, era de 105 mil pesos, aunque para junio del año pasado un sindicato la había calculado en una cifra similar y el aumento oficial de los precios fue de 60 % en el período. Para junio de este año el ingreso

promedio de un obrero industrial con familia tipo (salario familiar incluido) era de 92 mil pesos.

Las quiebras durante el primer semestre de 1972 aumentaron en 40 % respecto de igual período del año pasado. En cinco años de revolución argentina quebraron alrededor de 100 mil empresas. Este proceso expresa el agotamiento de una forma económica y el fin de una clase social, la pequeña y mediana burguesía independiente. Los que quedan, se convierten en subsidiarias de las grandes empresas o pasan por dificultades que tarde o temprano provocarán su desaparición. Este sector de la clase media visualiza en la salida electoral (o golpista, según los casos) una perspectiva de supervivencia y se convierte en masa de maniobra del continuismo.

Los compromisos internacionales asumidos por los distintos gobiernos de la revolución argentina deben ser garantizados en su continuidad y cumplimiento. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, no prestan plata si no hay garantías a mediano plazo. La búsqueda de créditos en el exterior por funcionarios públicos y parientes de Lanusse —caso Cantilo— hasta el momento sirvió para conseguir los dos tramos ordinarios del Fondo, 30 millones de dólares de un consorcio europeo, y la promesa de 145 millones de dólares, a un interés del 0,5 % superior al promedio del mercado financiero de Londres, que entregará a fin de año un consorcio norteamericano dirigido por el City Bank. En realidad apenas algo más de la tercera parte de los mil millones publicitados.

Pero estos créditos se dan porque hay garantías de continuidad política, y ésta es una de las condiciones "irrenunciables" del ejército en la mesa del acuerdo con los electoraleros.

Los créditos presionan sobre la capacidad financiera del país para hacer frente a obligaciones e importaciones, y exigen nuevos créditos con el consiguiente aumento de la deuda externa y nuevos esfuerzos para saldarla. En este proceso sólo la internacionalización de la estructura económica garantiza el mantenimiento de la espiral colonialista, y exclusivamente una política que atienda a los sectores exportadores —tradi-

cionales o no— que son los económicamente más concentrados, puede ser aplicada por el virreinato denominado estado nacional.

La deuda externa aumenta continuamente, en el último año creció 500 millones de dólares, pasando de 5 a 5,5 mil millones de dólares. El año pasado vencieron alrededor de 1.200 millones de la deuda externa y este año vencen alrededor de mil millones. Del total de la deuda, 2.900 corresponden a la deuda pública, que se paga aumentando la explotación de la población trabajadora y aumentando las exportaciones. El endeudamiento del estado señala el nivel de los compromisos internacionales asumidos. En los tres próximos años los vencimientos de la deuda pública actual ascienden a 1.300 millones de dólares, a los que habrá que sumar los intereses permanentes de la deuda y los créditos a corto plazo que se solicitaron para hacer frente a los intereses y vencimientos.

De los créditos proporcionados por el Fondo Monetario Internacional, sólo quedan 40 millones de dólares, los otros 200 ya se gastaron para pagar deudas. Y estos créditos no vienen solos, vienen con imposiciones en el ámbito de la política de precios y salarios, libre inversión y salida de capitales, convenio de garantías, etc. En concepto de utilidades se envían al exterior 300 millones de dólares por año, una cifra similar en concepto de fletes y seguros y otro tanto para el pago de patentes.

Para Lanusse y los monopolistas hay un solo camino además de las libertades, apoyos y garantías al capital: el aumento de las exportaciones rurales con el consiguiente beneficio para la oligarquía terrateniente, hoy estrechamente vinculada al capital financiero. Pero para agravar los problemas económicos de la etapa —para el régimen, se entiende— fracasa la cosecha de cereales y los crecientes valores producidos por la exportación de carne no alcanzan para equilibrar la balanza de pagos.

El 26 de julio renuncia Brignone y lo reemplaza Bermúdez Empanza, compañero de viaje del ex presidente del Banco Central en la búsqueda de créditos y ofrecimiento de garantías. El cambio es suficiente para que los desarro-

llistas hablen de posibles modificaciones de la política económica, especulando con su antiguo aliado. Lanusse también está tranquilo porque puso para dirigir las finanzas a un empleado suyo. Bermúdez Empanza es ejecutivo de Lanusse y Olaciregui, consignataria del sur de la provincia de Buenos Aires. Para reemplazar a Bermúdez Empanza nombró como presidente del Banco Nación a José de Larrechea, socio en el estudio jurídico de Bruno Quijano, representante de empresas norteamericanas en el país.

Ese mismo día se anuncia una nueva devaluación de 3,6 % para estimular a los exportadores y a los que especulan en el mercado cambiario.

Este esquema se completa con el análisis de las 120 mayores empresas del país por su volumen de ventas, sin contar los bancos y financieras: 68 son extranjeras, 15 estatales, mixtas o intervenidas judicialmente, y 37 privadas "nacionales". De estas últimas, 4 pertenecen al grupo Bunge y Born, y todas sin excepción actúan con participación accionaria o acuerdos de patentes con firmas extranjeras. En las estatales y mixtas la participación extranjera se realiza a través de contratos, como ocurre con YPF, por convenios de tecnología, por créditos de organismos internacionales que exigen directores designados por los acreedores como sucede con SEGBA.

Entre las 10 empresas mayores, 6 son estatales (petróleo, electricidad, teléfonos, ferrocarriles, siderurgia, gas), y las 4 restantes extranjeras (Shell, Esso, Fiat, Ford). Las empresas estatales son la infraestructura para el normal funcionamiento de las empresas privadas. Entre las 40 mayores, 11 son estatales y mixtas, 24 extranjeras y 5 privadas "nacionales" (3 de Bunge y Born). En las 80 restantes, 4 son estatales y mixtas, 44 extranjeras y 32 privadas "nacionales".

Las ventas de las empresas estatales (ventas y cobro de tarifas de servicios públicos) ascendieron en 1971 a 10.300 millones de pesos nuevos; las de las empresas extranjeras a 16.560 millones de pesos nuevos, y las ventas de las privadas "nacionales" a 5.300 millones de pesos nuevos. Conside-

rando el volumen de las ventas, el 52 % del mercado de las 120 mayores empresas —las más importantes y las que deciden la marcha del resto de la economía— está en manos de firmas extranjeras. Si exceptuamos los servicios públicos (electricidad, teléfonos, ferrocarriles, gas) la participación de las empresas extranjeras asciende al 65 % del mercado. (Las cifras fueron obtenidas del ranking publicado por la revista "Mercado" el 13/7/72.)

Otros elementos que sirven para caracterizar la coyuntura económica como recesiva son: la parálisis de la construcción privada, el estancamiento de la producción siderúrgica, la caída de las ventas de automotores (10 % en junio), la crisis agrícola, la caída de las ventas minoristas. En un año la desocupación pasa de 500 mil a un millón de trabajadores y tiende a aumentar, y al mismo tiempo aumentan las tasas de mortalidad infantil y analfabetismo, cerrando el cuadro económico social.

LA POLITICA DEL BLOQUE DOMINANTE

La propuesta del gran acuerdo nacional desde el primer momento se orientó a dividir el campo popular para destruir a las fuerzas revolucionarias y al mismo tiempo garantizar el apoyo o la neutralidad de otras capas sociales. Para llevar adelante este proyecto, Lanusse contaba con el apoyo de las fuerzas armadas y de los dirigentes políticos que veían próxima la hora de su "reivindicación histórica".

Para los grandes intereses económicos del imperialismo y la gran burguesía local, la propuesta de Lanusse era la que mejor se adecuaba al momento, porque además de la fachada democrática permitía incorporar a amplios sectores de la clase media que tenían cerrados los caminos durante las dos primeras etapas de la revolución argentina, engrosando el repudio a la dictadura militar.

Ahora resulta evidente que la "democracia estable" de 1971 y el "gobierno de transición" del verano último, consistían en garantizar la continuidad del proceso neocolonial. El instrumento del continuismo —el ingreso de los políticos al dispositivo montado por el gobierno— encuentra difi-

cultades porque Perón exige soluciones enfrentadas a la consolidación de la unidad monopolios-fuerzas armadas. La táctica de Perón se vale de estructuras político-ideológicas y organizativas no sólo incapaces de transformar el sistema sino identificadas con su supervivencia, de allí que el principal problema para los políticos y burócratas del peronismo sea justamente la "supervivencia de Perón".

La posibilidad de utilizar a instituciones del régimen —como los partidos políticos y los sindicatos— para agudizar sus contradicciones internas, convierte al "problema Perón" en el eje de la estrategia de Lanusse. A medida que se convence de la inutilidad de sus esfuerzos, Lanusse está obligado a endurecer la exposición de los mismos principios continuistas que están en su discurso a las fuerzas armadas del 2 de marzo del año pasado. Incorpora desde su visita al Chaco un lenguaje propio de los patoteros de la oligarquía, que creen que ése es el idioma que "llega al pueblo", y hace más evidente las amenazas a quienes no acepten entrar en el "acuerdo". En los últimos discursos sólo existen las amenazas y ha suprimido totalmente los conceptos como concordia, democracia, unión de los argentinos; que, antes le daban una imagen más conciliadora. Esta imagen conciliadora, que se utilizaba también para contraponer a Lanusse con los ultras de las fuerzas armadas, desaparece y lo muestra como un representante de la "línea dura militar".

El problema de la candidatura presidencial de Lanusse, levantado por los políticos reformistas como el eje de la negociación, nunca fue el problema principal de los monopolios. A éstos le daba lo mismo que fuera Lanusse u otro el encargado de llevar adelante su política, como tampoco era fundamental, aunque sí preferible, que el continuismo se alcanzara por vía electoral.

Desde el 25 de mayo en La Pampa, el proyecto político de los monopolios y su brazo armado comienza a explicitarse. Las movilizaciones de Mendoza, Tucumán y Santa Fe, la presión que resulta del empeoramiento de las condi-

ciones de vida obrera, las declaraciones de Perón, acompañan a esta explicitación del proyecto y obligan al régimen a adelantar su desenmascaramiento definitivo. Hoy está claro que el acuerdo será para los que están de acuerdo y sólo con ellos. Los burócratas sindicales buscan reacomodarse para hacer frente al continuismo del sector gorila liberal de las fuerzas armadas, y la partidocracia está en dificultades para obtener su tajada en el reparto.

"Sin acuerdo la salida institucional es un salto en el vacío", dice López Aufranc en junio, aclarando que el ejército no permitirá bajo ningún concepto que el pueblo se aproxime, en parte, a la solución de los problemas (verdadera acepción del "salto en el vacío").

Lanusse comenzó a "dar la cara" el 25 de mayo en La Pampa, después que Perón declarara que estaban rotas las negociaciones, que el gobierno era dictatorial y entreguista y que "lo mejor que puede hacer Lanusse es venir a visitarme en Madrid si tiene interés". Para Lanusse y las clases dominantes el problema de Perón no es personal aunque lo presenten así, y su regreso significa también el acceso al poder de la clase obrera peronista. Después de reuniones con los comandantes en jefe y con los generales de división, Lanusse comienza a utilizar un lenguaje que será el predominante en todos sus discursos. "Aquí no participa quien no quiere", "hay que jugarse valientemente aquí, en nuestra tierra, arriesgándolo todo por la causa argentina"; los peronistas no deben dejarse conducir "como seres irracionales" y "no permitir que se masifique la personalidad, hecho totalmente reñido con la tradición viril de nuestro pueblo". También destacó que es "obligación coincidir en todo cuanto haga al bien común y a los altos intereses de la patria", identificándose con los altos intereses de la patria.

El 29 de mayo, día del ejército, muchos generales en actividad y en retiro se refirieron a la coyuntura nacional: todos coincidieron en que el peronismo es el principal enemigo de la continuidad del régimen y que el proceso actual

se encuadra dentro de la guerra contrarrevolucionaria. El gorila Toranzo Montero dijo que "el error, aun en el supuesto que se lo adoptara por unanimidad, seguirá siendo siempre error, y en vez de solucionar, agravará los problemas". Estos conceptos son "unánimemente" avalados por Lanusse, Mor Roig, los militares y políticos del régimen, que con variantes los repiten hasta el discurso de Lanusse del 27 de julio.

Los generales Herrera, Cáceres Monié, López Aufranc, Sánchez de Bustamante, pronunciaron discursos similares, como si hubieran sido escritos por el mismo libretista, hasta repitieron idénticas frases sobre los problemas políticos principales. Todos destacaron que el ejército no será prescindente, que el problema de la etapa es la violencia y la necesidad de consolidar la estructura represiva para hacerle frente y que Perón ("ideólogo vergonzante" de la subversión) no puede participar en la "normalización institucional". Poco a poco el lenguaje de los altos mandos comienza a ser idéntico al de los gorilas de la revolución libertadora, y en menos de dos meses, los conceptos de los discursos parecen extraídos de los que pronunciaban en aquella época Aramburu, Rojas, Ossorio Arana y las comisiones investigadoras.

La escalada de las definiciones del gran acuerdo nacional continúa el 31 de mayo en el "acto cívico" de San Nicolás. Allí Lanusse repite los conceptos que los generales habían explicitado dos días antes y declara formalmente que para la salida institucional es preciso llegar previamente a un acuerdo mínimo con las fuerzas armadas. Algo así como la cláusula de garantía para las inversiones extranjeras que se aprobó a pedido de los organismos financieros internacionales y el gobierno de Estados Unidos. Incluso un enviado especial del presidente Nixon, Arthur Burns, secretario del tesoro de Estados Unidos, viajó a la Argentina para asegurar el apoyo local a la estrategia norteamericana en el Fondo Monetario Internacional.

El 20 de junio, día de la bandera, el general Anaya, explicita aún más la estrategia del bloque ejército-monopolios: "Hoy la república en guerra demanda de sus

ciudadanos la decisión irrevocable de defender su esencia verdaderamente democrática. Se trata de luchar por la libertad de los argentinos, preservando las instituciones que definen nuestro verdadero estilo de vida. Se trata de mantener incólume el significado único y permanente que emana de nuestra bandera, siempre pura en la imagen de sus colores, sin aceptar el agregado de rojos aditamentos ni siglas que evidencien sectarismos intolerantes o servilismos incondicionales. Seguir luchando por nuestras instituciones y por nuestro orden político y social. Esta es nuestra lucha, esta es la guerra que le ha tocado vivir a nuestra generación. Sentir, vivir y proceder como integrantes activos de una democracia que siempre rechazó la imagen del rebaño popular, de la obsecuencia y del oportunismo, de la violencia o de la falsía. Tened presente, como parte integrante de la juventud argentina, que los enemigos de la República intentarán, con el subterfugio de un particular trasvasamiento generacional, destruir el contenido ético de vuestra formación". El discurso de Anaya es clarísimo, el pueblo es un rebaño y Perón un enemigo de la república.

Entre el 20 de junio y el discurso del 7 de julio se desarrollan rápidamente los hechos. El 21 de junio comienzan en Tucumán las movilizaciones populares y estudiantiles; las fuerzas represivas asesinan a Villalba, durante siete días Tucumán vive en pie de guerra. El ejército toma el mando de la represión hasta la finalización del conflicto, que continúa durante casi un mes. En Santa Fe, el 30 de junio, una huelga de empleados municipales culmina con la ocupación de cinco barrios. En General Roca comienza una movilización que dura ya más de un mes.

El 28 de junio alrededor de diez mil jóvenes se movilizan, produciendo violentos enfrentamientos con el mayor despliegue represivo de la historia. Un día antes Lanusse había dicho: "más vale ciudad ocupada que desórdenes incontralables".

Mientras la explosión de protestas populares continúa en todo el país —también en Mendoza y Córdoba—, la burocracia política del peronismo continúa impávida en su tarea de organizar el partido justicialista, peleando con los bu-

rócratas sindicales por media docena de cargos.

El 30 de junio se conocen las declaraciones de Perón a L'Espresso, donde denuncia las misiones negociadoras enviadas por Lanusse (Cornicelli, Rojas Silveyra, Sapag), reclama soluciones revolucionarias para salir de la dependencia, denuncia a Lanusse como agente del imperialismo yanqui, y exige una salida sin proscriptivas para impedir la guerra civil. También dice que es "más fácil que yo sea elegido rey de Inglaterra, que Lanusse presidente constitucional de la Argentina".

Después de las declaraciones de Perón, el ejército decide profundizar sus definiciones proscriptivas. La inoperancia de la burocracia política del peronismo, deciden a Lanusse a dar nuevos pasos. Publica parte de la versión grabada del diálogo de Cornicelli con Perón, que es un gol en contra para el gobierno. Rey declara que en 1973 le corresponde a la Aeronáutica presidir la república y que no estaba enterado de la misión de Cornicelli; López Aufranc dice lo mismo. Y los golpistas de todos los colores se ponen muy contentos porque creen que llegó su hora.

El 5 de julio, Cáceres Monié inaugura por televisión una nueva muestra del cine político argentino, el "cine represión", y amenaza con violencia a quienes no acepten el proyecto continuista del gobierno.

El 7 de julio Lanusse informa que para ser candidato hay que residir en forma permanente en el país desde el 25 de agosto por lo menos, agregando que habrá luego juego limpio para todos aquellos que acepten las reglas del juego. Además anunció la suspensión de la personería gremial de la CGT y el congelamiento de sus fondos. La maniobra de Lanusse confirma el papel de las fuerzas armadas como la última reserva del sistema. El ejército asume plenamente la responsabilidad de la continuidad y las condiciones explicitadas el 7 de julio son la "última palabra"; a partir de allí se juega "tiempo suplementario" como dice Lanusse veinte días más tarde.

Los compromisos políticos y económicos hemisféricos, consolidados durante seis años de dictadura militar, las obligaciones fi-

nancieras con organismos internacionales, la protección sistemática de un sistema social basado en la concentración acelerada de la propiedad y la distribución de los beneficios en la cúspide financiera, industrial y ganadera, deben ser mantenidos por cualquiera que resulte triunfante en las elecciones. En caso de ponerse en duda esas "reglas del juego", las fuerzas armadas garantizarán la continuidad y el "respeto a las minorías". Este es el verdadero significado del gran acuerdo nacional, y para llevarlo adelante los monopolios cuentan con excelentes aliados en otros campos de la vida nacional.

En esos días todos los diarios, en especial La Prensa, La Nación, La Razón y La Opinión destacan y elogian al discurso de Lanusse, pronosticando que en los cincuenta días desde el 7 de julio al 25 de agosto se producirá el derrumbe final del peronismo. Balbín, que estima será el principal beneficiario de la proscripción del peronismo, declara que ahora sí hay juego limpio.

Para esa fecha se conoce la respuesta de Perón a Lanusse a través de Sapag: "Sigo pensando que el origen de la violencia no ha estado en el pueblo, que ha aguantado pacientemente 17 años de provocación, desde que fue despojado de su gobierno legal y constitucional por un acto de fuerza y violencia hasta nuestros días, en los que compruebo que ambas cosas pretenden seguir reinando sobre un pueblo manso que, como todas las cosas, tiene su límite".

Visitan a Lanusse en esa fecha Frigerio y Bagnis, del MID, demostrando que los desarrollistas en el frente cívico puede ser consecuencia de una táctica de Perón, pero al mismo tiempo responden a la estrategia del régimen para embretar al peronismo en la salida continuista. Para el frente cívico la proscripción de Perón es un elemento que fortalece a la tendencia desarrollista que especula con reemplazarlo con una candidatura propia si las elecciones se realizan.

El 25 de julio, Mor Roig se encarga de asumir la representación del bloque dominante ante la opinión pública: "La actitud negativa de algunos sectores de ninguna manera puede agotar el proceso. Este seguirá, inexorablemente, para todos aunque no sea con todos".

Quienes eludan su responsabilidad "quedarán a contramano de la historia". Después de repetir una vez más que "el pasado no vuelve", que es necesario llegar previamente a un acuerdo, y que "no es dirigente quien es dirigido", Mor Roig amenaza a los políticos afirmando que "el gobierno persistirá en este propósito hasta el límite de lo posible".

El mismo día el gobierno levanta la suspensión de la personería gremial de la CGT, y libera los fondos previa inspección contable. Los rumores sobre la renuncia de Mor Roig, que circulan desde que el frente cívico anuncia que no va a participar en las conversaciones con la comisión del plan político, se estiman como un llamado a los "aliados" para unirse en torno del gobierno militar.

El discurso de Mor Roig delimita el campo de los aliados para la salida electoral continuista: los partidos chicos como el Socialismo Democrático y la Democracia Progresista, los provinciales y neoperonistas (Sapag, Durand, Laborismo, Paladino, etc.), el Partido Renovador creado especialmente para promover la candidatura de Lanusse, la burocracia sindical (aunque también está pronta para el continuismo sin elecciones), y principalmente el Radicalismo del Pueblo.

El desarrollismo trabaja en el frente cívico con dos objetivos: la salida golpista, contando con el apoyo del reformismo golpista del peronismo (Jorge Antonio y Licastro); la salida electoral condicionada con la posibilidad de un candidato militar que reemplace a Perón (Guglielmelli, Osiris Villegas).

El 11 de julio Lanusse habla en la Bolsa de Comercio, y ante un público de su absoluta confianza, confiesa que el 7 casi presenta la renuncia. Fortalecido por la confianza que el ejército le manifestó en esa ocasión, el 13 Lanusse da un nuevo paso en su escalada antiperonista. En Corrientes manifiesta su oposición a tiranos y demagogos, recuerda su paso por la cárcel y finalmente afirma que ningún preso político saldrá antes de cumplir su condena porque no hay presos políticos si no delincuentes presos. Ese mismo día manifestaciones en repudio por la visita de Lanusse son reprimidas y el comandante afirma que desde

ese momento utilizará un lenguaje duro y directo, confundiendo la jerga patotera con franqueza y sinceridad. El representante de la oligarquía se muestra en su plenitud, ya no tiene trabas que limiten su accionar, las dudas de los gorilas se disipan totalmente y sólo lamentan que haya tardado tanto para poner en vereda al tirano y al populacho. Al día siguiente, en Goya, ante una asamblea campesina que no tiene trabas que limiten su entusiasmo por su presencia, Lanusse amenazó a "los que se están haciendo los piolas entre el público".

En medio de la vergonzosa capitulación de los burócratas sindicales que recorren los pasillos de ministerios y casa de gobierno para demostrar su oficialismo, el 17 de julio los trabajadores de San Luis decretan un paro activo que fue controlado y reprimido por el ejército.

Perón lanza entonces su segunda declaración importante en menos de un mes: el país se divide en revolucionarios y contrarrevolucionarios, con los contrarrevolucionarios no se negocia, el programa mínimo exige la liberación de los presos políticos y la derogación de la legislación represiva, recalca que no renunciará a su candidatura propuesta por la mayoría de los argentinos y que tampoco acepta la provocación del gobierno para estar en la Argentina antes del 25 de agosto.

Así como Lanusse aprovecha la oportunidad de estar con "mis amigos" de la Bolsa de Comercio para hacer confesiones íntimas sobre las dudas que lo asaltaron el 7 de julio, aprovecha la asamblea de sus amigos del ejército para exponer los términos de la lucha de clases en la Argentina con absoluta claridad.

En primer lugar considera que el concepto "dar la cara" es un argumento capaz de convencer a la clase media y a los militares sobre la honestidad de su conducta. Relata un supuesto discurso de Perón en 1945 donde habría manifestado desprecio por los civiles para enseguida declarar que la revolución argentina es "responsabilidad total nuestra" y que las fuerzas armadas son "la reserva de la patria". Declara su confianza en el juego limpio y critica al juego sucio, alertando sobre el salto en

el vacío. En el lenguaje de las clases dominantes y sus aliados de la partidocracia, el juego sucio es la lucha de clases, el juego limpio el triunfo de la burguesía y la garantía del continuismo, el salto en el vacío la posibilidad del triunfo popular.

"Aquí no se regresará, no se reeditaré ninguna de las experiencias vividas en el país" desde 1930. Después de hacer el elogio de Uriburu, afirma que las elecciones no son una solución si no garantizan el cumplimiento de los compromisos adoptados por la dictadura militar, y que Perón es un maestro en "enjuagues".

Inmediatamente el pueblo argentino toma conocimiento de la versión Lanusse de la gesta del 17 de octubre: preparada por una audaz mujer de su amistad (de Perón), por un dirigente sindical y un irresponsable funcionario policial, porque Perón era un hombre vencido. Las elecciones de 1946, que llevaron a Perón al gobierno y garantizaron nueve años de gobierno popular y antiimperialista, fueron para Lanusse resultado de trenzas, arreglos, dádivas, y de la negativa de Perón de "dar la cara".

La filosofía de la vida de Lanusse consiste en "correr riesgos", pues la permanencia del sistema bien vale que se corran, especialmente cuando hay tanto que perder. Afirmó también que la responsabilidad del proceso institucionalizador es de las fuerzas armadas y no de los políticos. Perón necesita de la trampa para subsistir como dirigente político (juego sucio, lucha de clases), porque "el ladrón cree que todos son de su condición", y recomendó a los militares tolerancia con la democracia y los partidos políticos "nos guste o no, nos satisfaga o nos provoque un sentimiento de rechazo".

"Nosotros vamos a jugarlos también con el próximo gobierno porque seremos parte de él", reconoció Lanusse, que además manifestó su orgullo por la revolución argentina y amenazó a los políticos, a quienes "le estamos dando su última oportunidad".

Con un lenguaje idéntico al de los gorilas de 1956 dijo de Perón: "Aquí va a ser dirigente el que tenga condiciones para ello, no el especulador, el mañero o aquél

que dice que pasó toda su vida estudiando. Sí, habrá pasado estudiando conducción, pero nunca la ejerció, porque no fue jefe de compañía, no fue jefe de batallón en ninguna instancia o jerarquía. Se pasó estudiando, sí, tal vez lo haya hecho y lo seguirá haciendo; también se pasó haciendo trenzas y componendas".

Anunció el autogolpe, "estamos jugando tiempo suplementario", y elogió a los dirigentes sindicales, en especial a Adelino Romero, adjunto de la CGT, "tienen capacidad y buena formación para actuar como dirigentes", pero por las dudas amenazó con intervenirlos si no son suficientemente obsecuentes.

Para Lanusse el ascendiente de Perón es aparente y se sustenta en el juego sucio, pero ahora o regresa el 25 de agosto "o deberá buscar un nuevo pretexto para mantener el mito. Aquí no me corren más a mí ni voy a permitir que corran más a ningún argentino diciendo que Perón no viene porque no puede".

Perón "tiene interés en seguir sirviéndose de su patria como lo hizo toda su vida", y debe elegir seguir siendo un mito o una realidad, una cosa o la otra. Después señaló la existencia de dirigentes peronistas honestos y capaces que deben demostrar su responsabilidad y no tener miedo de Perón (ni del pueblo, al que deben seguir explotando según los principios de Lanusse). Este elogio —el abrazo del oso diría Perón— alcanza a dirigentes de gran arrastre y prestigio como los Sapag, Paladino, Serú García, Tecera de Franco, Coria, Romero, Peralta, Miguel, Rucci y tantos más.

Habló también de su coraje personal y de que no tiene miedo a Perón pero que a éste "no le da el cuero" para encontrarse frente a frente con él. También aseguró que la reforma constitucional será hecha guste o no guste.

Pero la pieza principal del discurso de Lanusse fue la infamia de su referencia a Evita, "Esa mujer", la audaz "amiga de Perón", si Perón saca los restos de su casa "corre el riesgo que la peregrinación no termina en la quinta 17 de Octubre, si no en lugar donde estén los restos de la señora". El odio de la oligarquía contra Evita nose borra pese a los años, por-

que su presencia es absoluta en la clase obrera, y para la oligarquía y los burgueses no hay dudas sobre el carácter irreversible de las luchas populares.

"Libertad de acción, capacidad de iniciativa y capacidad de producir sorpresa" son los pilares de la doctrina política de las fuerzas armadas de ocupación. Lanusse no mencionó otro pilar, la infamia, el patoterismo, como expresión verbal del régimen entreguista y represivo que asesina, tortura, explota y liquida todo vestigio de autonomía nacional. Lanusse y los oligarcas saben que esta lucha, por larga que sea, ya está encaminada definitivamente y no habrá burócratas ni dirigentes capaces de frenarla e impedir su profundización.

LAS CONTRADICCIONES DEL REGIMEN (LOS SECTORES DESPLAZADOS DEL BLOQUE DOMINANTE)

El proceso de acelerada concentración económica, la unilateralización de la dependencia bajo el mando del imperialismo yanqui, que se expresa cabalmente en la identidad ejército-monopolio-estado "argentino", la agudización coyuntural de las contradicciones interimperialistas, provocan un desplazamiento de sectores que hasta poco tiempo atrás compartían la dirección política y económica del país.

El plan Krieger Vasena sirvió entre otras cosas para subordinar los intereses de la oligarquía terrateniente al poder de la oligarquía financiera, valiéndose de las tasas de interés y del congelamiento relativo de los precios agrícolas durante el período 1967-70. A partir de ese momento los ganaderos retoman la parte perdida de los ingresos, volviendo a producirse una transferencia en su favor que se acelera este año. Pero la situación ya no es como antes y debe someter su accionar a la hegemonía de las grandes finanzas, prácticamente desnacionalizadas en el sector privado, y sometidas a los dictados de los organismos internacionales y de la política proyanqui del estado en el sector oficial.

El proceso de concentración monopólica en la industria desplaza a sectores que habían crecido al amparo de la legislación

frondizista, pero no pueden mantenerse en el período de "racionalización" de la economía impulsado por los gerentes de las grandes empresas internacionales como Krieger Vasena desde 1966. El paso del desarrollismo anárquico al eficientismo gerencial durante la revolución argentina, significa al mismo tiempo el fin del poder de los aventureros en el campo de las finanzas internacionales y su reemplazo por los ejecutivos de los consorcios. La agudización de la contradicción interimperialista provocada por la ofensiva económica de Nixon permite a los desarrollistas engancharse en la coyuntura y jugar en su favor el apoyo de los consorcios europeos, en cierto modo desplazados de la cúspide por el juego de influencias y por los compromisos contraídos con Estados Unidos, por el ejército y los financistas.

Este sector desplazado, cuyos voceros son Frondizi, Frigerio y algunos políticos menores, promueve desde su perspectiva la formación de una coalición para obtener a través de presiones —electoralistas o golpistas— una parte en la distribución de la torta económica y del poder. Movilizan entonces sus recursos para lograr el apoyo de los políticos de clase media y su opinión pública, que ven en la apertura electoral una posibilidad de supervivencia.

En esta coyuntura, Perón lanza el frente cívico como un medio para aislar a la dictadura de sus aliados sociales. El proyecto del frente cívico para Perón significa englobar a sectores con intereses antagónicos entre sí pero coyunturalmente juntos para presionar sobre el bloque dominante.

El frente cívico se monta sobre las contradicciones internas de las clases dominantes y busca agudizar el enfrentamiento entre el sector desplazado y el bloque dominante. Pero también responde a dos proyectos distintos, el doble juego del frente no es resultado de la ambigüedad del proyecto sino de la existencia de dos políticas antagónicas, la de Perón que tácticamente busca limitar los apoyos del régimen, y la del desarrollismo que tiene como fin lograr una participación en el poder. El doble juego se expresa en el plano económico, donde el pro-

grama mínimo satisface las expectativas de los desarrollistas, y en el plano político donde el programa antirrepresivo y antidictatorial coincide con las aspiraciones populares en ese sentido.

Perón embreta al sector desplazado de la gran burguesía, como también embreta a la burocracia sindical y política del peronismo, pero no cambia sus condicionamientos político-sociales. La superestructura del frente cívico, sin distinción de camisetas políticas, es una expresión del régimen y su naturaleza no cambia en función de características personales ni coyunturales. Pero la presencia de Perón limita su accionar porque no es la presencia de un individuo sino la representación de las clases populares argentinas. Y en 1972 la representación de las clases populares es la representación de la clase obrera peronista. El programa del frente entonces es intragable por el régimen porque las reformas propuestas van más allá de lo que la coyuntura nacional e internacional permite hacer al imperialismo; pero al mismo tiempo es un programa que no expresa el interés revolucionario de los trabajadores, aunque bajo ningún aspecto impide concretarlo en la práctica.

El frente cívico es una superestructura incapaz de crear por sí misma ningún tipo de organización capaz de alterar la estabilidad del régimen. Su fuerza se visualiza en los pasillos, en el juego de influencias, en las presiones y proyectos golpistas. Para el frente cívico hay dos opciones, la electoral y la golpista, y se agota en la medida que esas perspectivas no creadas por él se agoten. En la medida que la situación económica y política golpea a las clases populares, una protesta popular espontánea contra el régimen puede ser capitalizada por los dirigentes del frente cívico, tanto para hacer valer condiciones en los comicios, como para hacer valer argumentos entre los sectores disconformes con la conducción de Lanusse en las fuerzas armadas. Pero no hay que engañarse, la protesta popular no es consecuencia del frente cívico, de las mesas de trabajo ni de ninguna programación de gabinete, es consecuencia de la explotación y proscrición de la clase trabajadora que agota

prácticamente todas las mediantas en 17 años de lucha.

Los dirigentes del frente cívico, en especial el frondizismo, como de costumbre juegan a todas las puntas que se presentan, y tienen un objetivo: impedir que la movilización popular supere los límites a partir de los cuales ya no hay nada para negociar con el bloque dominante. Por eso presiona y aconseja a los militares sobre las medidas políticas y económicas para aflojar la presión popular. Como ocurrió en 1971 con la salida institucional lanzada por Lanusse, hoy el frondizismo trae un esquema para aflojar las contradicciones y garantizar la supervivencia del régimen. Pero estos proyectos tienen cada vez menos tiempo para ponerse en práctica, no tienen casi posibilidad de aplicarse. La estrategia de la guerra contrarrevolucionaria, pieza clave del régimen, aplica políticas para aflojar la tensión y dividir a las masas populares. Lanusse no tuvo éxito al dividirlos, y ahora el frondizismo vuelve con sus viejas propuestas integracionistas, totalmente desencajadas con la realidad.

Para su propia estrategia Frondizi utiliza todos los caminos. Entrevistas personales con Lanusse y con los militares, entrevistas de Frigerio con Lanusse, entrevistas de Silvestre Begnis también con Lanusse. Al mismo tiempo no participa de las conversaciones con Mor Roig, mientras maneja en otro nivel los contactos con el equipo gobernante.

La Hora del Pueblo expresa en otro plano el mismo proyecto que el frente cívico, pero su debilidad es mayor porque representa a la clase media que busca por todos los medios participar en el proceso político hegemónico por el sector dominante. Aquí no hay competencia por el poder sino simplemente una lucha por encontrar algún resquicio para participar en la actual estructura del poder. Por eso es más oficialista que el desarrollismo.

Los radicales, cabal expresión de este sector social, mantienen a toda costa su propuesta autonomista, un medio para garantizar su independencia en el momento de negociar definitivamente su ingreso a través de elecciones con-

dicionadas. También tienen menos salidas. Mientras el desarrollismo puede especular con un golpe salvador que les reconozca su parte, los radicales y los partidos de la Hora del Pueblo se salvan sólo con elecciones. Para estos sectores de la clase media sólo una salida electoral condicionada permite su incorporación al aparato del estado, y juegan todo su apoyo al proyecto de Lanusse —caso Thedy, Balbín, Leopoldo Bravo—, que en caso de fracasar los colocaría nuevamente en el “ostracismo”.

Aquí no existe una contradicción entre dos proyectos imperialistas sino la ausencia de caminos para la clase media que definitivamente, en sus expresiones políticas, se prende al continuismo. Pero ese continuismo debe garantizar al menos la posibilidad de funcionar como expresión política legal y también la posibilidad de repartir cargos provinciales y municipales a su clientela. Por eso su temor al triunfo de los sectores ultra, para quienes este sector social no tiene ninguna relevancia. A este juego se suman fracciones de la burocracia política del peronismo y el neoperonismo, tanto a nivel nacional como provincial.

La clave para analizar el comportamiento de estos núcleos es definir su papel en la estrategia contrarrevolucionaria, cómo juegan tácticamente en la misma y cómo desaparecen cuando las circunstancias que no controlan cambian.

BUROCRATAS Y CONCILIADORES

Desde el primer momento la burocracia sindical trató de moverse autonomamente de Perón y del gobierno actual, para tener las manos libres si se daba alguna salida no prevista o se producía un golpe militar.

La unificación de las 62 Organizaciones promovió nuevamente al primer plano al sector participacionista dirigido por Rogelio Coria, que en alianza con el vanderismo ortodoxo de metalúrgicos pasó a controlar totalmente la estructura del sindicalismo legal. Los sectores onganistas de “los 8” se endurecieron para ganar puntos políticos pero al mismo tiem-

po, uno de sus dirigentes máximos, Izzeta, entregaba la huelga de los municipales de Santa Fe. Es que más allá de sus contradicciones —consecuencia de la competencia por obtener los máximos favores y acomodos del régimen— los burócratas están identificados en un proyecto central: el apoyo al proceso de concentración monopólica y la subordinación al estado “fuerte” como medio de supervivencia política y económica. El proyecto de la burocracia sindical es el continuismo, pero como no son directamente empresarios ni militares, el continuismo de los que promueven la concentración económica.

La estructura sindical paulatinamente fue superando su contradicción interna —organismo de representación económica de los obreros— para convertirse en un instrumento organizativo, político e ideológico del estado neocolonial.

El papel de Perón en el manejo de la burocracia está limitado por las necesidades que surgen permanentemente del aparato sindical, que satisfacen básicamente en su relación con el Estado. Por eso ante el agravamiento de la relación burócratas-estados, la burocracia siempre decide en favor del Estado. Los burócratas se mueven cómodamente en la contradicción entre el bloque dominante y los sectores desplazados: mientras el bloque dominante mantenga el poder serán oficialistas, pero sin romper sus vínculos con los sectores desplazados por si cambia la mano. Los burócratas en su oportunismo siempre juegan a ganador, y en ese juego el papel de Perón como control de las actividades de la burocracia es mínimo y se reduce a conseguir que saquen alguna declaración, pero nunca que pasen a la acción.

Como formalmente son organizaciones de representación obrera, deben en determinadas coyunturas hacer frente a la presión de las bases. Pero las luchas obreras siempre son negociadas para fortalecer su capacidad entre los poderes públicos, y Perón también es un instrumento de negociación de los burócratas con el Estado. No es Perón el que instrumenta a los burócratas en su táctica, si no

éstos quienes instrumentan a Perón para afirmar su posición en el régimen. Como para poder instrumentar a Perón deben admitir formalmente su conducción, Perón revierte parcialmente ese juego ampliando el conflicto entre los sectores del régimen.

En el caso de la burocracia sindical hay que analizar su papel en la estrategia contrarrevolucionaria. Las formas políticas y organizativas que defienden, su formulación ideológica, su capacidad represiva, su poder como estructura del estado, están puestas al servicio de la lucha contra el movimiento popular. Con el agravante de que su nacimiento en el peronismo la convierte en términos político-ideológicos en el enemigo principal de la clase obrera, en el mismo nivel que el Estado y la clase monopolista.

La exigencia de Perón de elecciones libres, obliga a los burócratas a aceptarlas y hacer también propaganda electoralista, previendo que si se realizan podrán ocupar cargos en la legislatura. Y acá se termina el control de Perón sobre los burócratas. Más allá la burocracia se juega totalmente por su legalidad y por el gobierno, como lo demuestran las múltiples entrevistas de los dirigentes sindicales a Lanusse después que el 7 de julio decidiera la congelación de los fondos sindicales.

En junio se produce en San Nicolás un tiroteo donde los pistoleros de Coria balean a una manifestación que reclamaba por el cumplimiento de la función sindical en defensa de sus derechos. Esta situación es típica: hay una competencia entre la construcción y metalúrgicos (en este caso Rucci interventor de la seccional San Nicolás) por la retención de los aportes sindicales de más de mil obreros que están ampliando la planta de Somisa. Tanto Coria como Rucci quieren quedarse con la plata y hasta que no se resuelva el problema de las retenciones los trabajadores no tendrán ninguna defensa. Por otra parte la empresa contratista de Somisa aprovecha para intensificar el ritmo de trabajo y no pagar las cargas sociales. Finalmente, el ejército que es administrador de Somisa también saca partido porque se aceleran los trabajos. La unión de bu-

rócratas con empresarios y militares aparece clara en este conflicto que, como dice Rucci para defender a sus verdaderos patrones, fue preparado por "los inmundos bolches".

Los obreros reclaman ante la construcción y metalúrgicos, y la respuesta es que decidan a qué sindicato pertenecen antes de recibir cualquier apoyo. La manifestación de protesta ante la construcción fue recibida a los balazos y enseguida aparecen la policía y el ejército para reprimir a los manifestantes. Una semana antes en Rosario, Coria y sus matones balean una asamblea de la construcción y también reciben inmediatamente el apoyo policial. Rucci, aprovechando la lucha interna, publica una solicitada donde se solidariza parcialmente con los trabajadores de San Nicolás, pero concretamente no recibe ningún apoyo de las bases. Una semana después pistoleros de civil ingresan a la planta de Somisa y balean a dos delegados que protestaban contra la burocracia. Nadie sabe cómo la guardia militar de Somisa los dejó pasar. Para completar, una comisión policial secuestra a un delegado que aparece varios días después con orden de deportación por ser boliviano. Pese a que es un hecho local, el conflicto de San Nicolás ilustra sobre los métodos y las relaciones oficiales de la burocracia.

El conflicto de San Nicolás es aprovechado tanto por Rucci como Coria para afirmar sus posiciones en vistas al congreso de la CGT en julio. El viaje a Madrid de la delegación de las 62 había favorecido a Rucci y servido a Perón para postergar el ingreso de la CGT al consejo económico social, poniendo en peligro un manejo integracionista de Lanusse.

El plenario de las 62 Organizaciones confirma que el aparato sindical es inatacable desde adentro, y que los intentos de copamiento en el mejor de los casos pueden definirse como utópicos. El combativo Guillán ("no le llega a la suela de los zapatos al general Perón", dijo Rucci), no tuvo ni siquiera la posibilidad de hablar durante el plenario.

Las elecciones del Partido Justicialista en la Capital Federal fueron otra demostración de la orfandad política de los burócratas

del aparato. La lucha antipaladinista servía para que los desplazados por Paladino pudieran ocupar los cargos de dirección. Los intentos movilizadores de la juventud unificada sólo sirvieron para conseguir 20 mil votos antipaladinistas, cuando en Buenos Aires los peronistas son un millón por lo menos. Estas elecciones internas fueron la culminación del proceso de afiliación, que mostró claramente que los obreros peronistas no tienen ningún interés en participar de las superestructuras caducas y vendidas.

El comité, forma política y organizativa del régimen, no podía entusiasmar a las masas peronistas que percibían a los caudillos de parroquia sólo interesados por los cargos para conseguir posiciones municipales. La extracción y el proyecto social de los caudillos peronistas de comité es idéntico al de los políticos de la clase media que analizamos antes. El intento de Paladino de estructurar el apoyo a Lanusse desde el Partido Justicialista fue derrotado, pero al mismo tiempo se demostró que esa lucha no tiene nada que ver con las aspiraciones de los trabajadores peronistas. Como dijo un militante de base: "las elecciones internas demostraron que a Paladino no lo quiere ni su madre y que a Cámpora lo quiere su familia".

La inutilidad del Partido Justicialista, o mejor dicho, su carácter reformista y reaccionario, se demuestra en los hechos concretos: incapacidad para responder al proyecto continuista del régimen, propuesta política y organizativa que lleva a las masas a un callejón sin salida, intento de convertirse en un tapón para que el peronismo no cumpla con sus tareas históricas, promoción de una ideología reformista y macartista. La unión de las juventudes hecha con la perspectiva inmediata de derrotar a Paladino e imponer a los burócratas antipaladinistas —no obstante su programa verbalmente revolucionario— la puso en un callejón sin salida que afortunadamente Lanusse abrió con su política antiperonista y ultragorila. En el veloz endurecimiento práctico de la juventud pesó mucho más la ofensiva de Lanusse contra Perón y el movimiento popular, que la propuesta política y estratégica de los núcleos juve-

niles.

El congreso del Partido Justicialista mostró que la unidad antipaladinista no significaba identidad de criterios entre los delegados. Allí las peleas y las trezcas fueron el hecho dominante. A la burocracia política del peronismo sólo le interesaban los cargos, y los grupos combativos que asistieron al congreso se encargaron públicamente de demostrarlo con gritos como: "yo también quiero participar de la cocina". La lucha por media docena de cargos terminó con el ingreso de los matones de Rucci que se encargaron a los balazos de clarificar el panorama. El único problema parecía la repartija de los cargos y los sindicalistas aprovecharon la ocasión para abrirse de un instrumento que limitaba su autonomía.

La conclusión del congreso justicialista es que el sector combativo consiguió la mayoría de los cargos, incorporando la dureza verbal a las estructuras caducas.

A partir del acto del 28, las declaraciones de Perón el 30, el discurso de Lanusse el 7 de julio, se define la voluntad participacionista del neoperonismo y de los sindicalistas. El Partido Justicialista desaparece del panorama y es reemplazado por la juventud. Los sindicalistas, después de la solicitada que les costó el congelamiento de fondos durante 17 días, decidieron terminar con las aventuras políticas y reconocieron en Lanusse al "caudillo militar". Ahora parece que ingresaran al Consejo Económico Social, dos meses después de haber manifestado que no lo harían. Los neoperonistas están preparando el aparato político para la eventualidad de elecciones condicionadas.

Toda la plana mayor del sindicalismo, a partir del 7 de julio, se dedicó a visitar ministros y a Lanusse: Coria, Rucci, Miguel, Castillo, Romero, Rosales, Peralta. Incluso se comenzó a hablar de una posible salida electoral continuista donde participarían los neos, como Tecera del Franco y los provinciales.

La variante golpista de la burocracia política y sindical sigue especulando con la crisis del gobierno de Lanusse, y con lenguaje duro pretende impulsar la movilización de las masas para apoyar la fractura de las Fuerzas Armadas. Este sector, que por sus re-

curso tiene posibilidades de difundir su ideología, se convierte en la superestructura ideológica de la corriente combativa e impulsa la realización de movilizaciones y hechos agitativos, al mismo tiempo que denuncia el carácter entreguista y represivo del gobierno.

EL PERONISMO COMBATIVO

Ante la "desperonización de la CGT" decidida por Lanusse, y la desaparición del Partido Justicialista del panorama político, los combativos y los golpistas constituyen la principal manifestación superestructural del peronismo.

En el sector golpista confluyen intereses diferentes pero que pueden definirse como la expresión nacionalista y reformista de la clase media. En su concepción, el insurreccionalismo espontáneo permitiría a los grupos organizados y a los sectores nacionalistas del ejército tomar el poder.

Esta propuesta se agota en el corto plazo si no se producen levantamientos militares contra Lanusse. Al mismo tiempo, la clarificación de las intenciones de Lanusse y su voluntad indeclinable de continuar adelante con el proyecto imperialista, creó las condiciones para que el combativismo peronista ganara la calle en acciones agitativas y concentraciones masivas.

Las movilizaciones populares al margen de estrategias y tácticas inmediatistas, como en Mendoza, Tucumán, Santa Fe, General Roca, Córdoba y otros lugares del país, que culminan por el momento con el paro activo de los azucareros tucumanos el 31 de julio; la agudización de la explotación monopolista y el cierre de toda expectativa en salidas inmediatas para la clase obrera; el delirio represivo del aparato gobernante; provocan una polarización de fuerzas donde desaparecen los términos medios. En esta polarización el peronismo combativo gana la calle conquistando en primer lugar la hegemonía en el movimiento nacional justicialista; en segundo lugar, la política de Lanusse clarifica y endurece las respuestas de los combativos que se mueven a esta altura totalmente al margen del Partido Justicialis-

ta; en tercer lugar, la creación del clima insurreccional intentado desde su dirección subestima los aspectos organizativos de la clase obrera peronista.

El tercer aspecto de la metodología y de la concepción de los combativos es su gran debilidad, porque sobreestiman ciertos resortes superestructurales, caso Cámpora, que no tienen nada que ver con su propuesta de guerra revolucionaria.

Desde el 9 de junio en la Federación de Box, hasta el 28 de julio en Nueva Chicago, se observa la evolución de la corriente combativa que acompaña el endurecimiento de Lanusse y las directivas de Perón de profundizar la lucha llevando adelante el enfrentamiento a la dictadura. Pero en la medida que no son ellos si no Lanusse y el régimen por un lado; y Perón, la clase obrera y la guerrilla peronista por el otro, quienes crean concretamente las condiciones del enfrentamiento, su debilidad está en no definir con claridad su práctica política y organizativa en el polo desde donde debería surgir, la clase obrera, y en lanzarla desde un término medio que no responde a los intereses revolucionarios del peronismo: el Partido Justicialista, la competencia con la burocracia y la alianza con sectores de ésta, la juventud unificada como superestructura de tendencias que bajo ningún aspecto pueden considerarse unidas en la propuesta estratégica y política.

La extracción de clase de la juventud, baja clase media en gran parte, no sería el problema central si hubiera decidido estructurar su organización desde la base obrera peronista. Es un problema porque partió del encuadramiento juvenil para unificarlo y desde allí crear condiciones insurreccionales para la clase obrera. La otra consecuencia es la debilidad de su inserción en la base de los trabajadores peronistas para desarrollar el instrumento de la guerra por el poder. La propuesta política e ideológica de los combativos se desengancha del proceso de organización de la clase obrera peronista, y se ve obligada a responder en el corto plazo, sin perspectivas para sostener una larga lucha en las condiciones actuales de organización. La debilidad de

los gremios combativos los descoloca del primer plano que es ocupado totalmente por la juventud. Y son entonces los militantes juveniles los que recorren el camino agitativo y enfrentan al proyecto gorila de Lanusse.

El dilema de los combativos es cómo vincular su acción agitativa y de corto plazo con una propuesta organizativa que asuma la experiencia de la clase obrera peronista y se inserte en el proyecto de la guerra popular. Pero simultáneamente su práctica es uno de los elementos principales de esta etapa de la guerra.

La clase obrera peronista y sus organizaciones de base incipientes con dificultades para asumir plenamente la complejidad de la coyuntura, desarrollan paso a paso las condiciones para la creación del ejército popular. En esta perspectiva es inútil desarrollar esfuerzos en organizaciones que no son de la clase obrera y que ni siquiera pertenecen al campo del pueblo como el PJ, e incorrecto considerar que desde cualquier frente y de cualquier manera se desarrolla la lucha del pueblo. Consideramos que la lucha es larga y para hacer frente a la misma es necesario profundizar la organización, la propuesta política y la definición ideológica de la clase obrera peronista, sin crear falsas expectativas en lo inmediato, sin ocultar las contradicciones y antagonismos del peronismo, sin considerar como revolucionarias a estructuras reformistas, sin considerar aliados a los enemigos, sin considerar instrumentos tácticos del pueblo a los instrumentos del régimen. Consideramos que la coyuntura electoral es una coyuntura del régimen y no de la clase obrera peronista, que la táctica electoralista es un instrumento de Perón para agudizar las contradicciones internas del bloque dominante, que el insurreccionalismo no conduce a la clase obrera al poder si no a un recambio de gobernantes, que el régimen tiene muchas tácticas y una de ellas es la electoral, pero una sola estrategia, la guerra contrarrevolucionaria, y que para hacer frente a la guerra contrarrevolucionaria el pueblo peronista debe asumir desde la base la construcción del ejército para la guerra popular.



CRONICAS DE LA RESISTENCIA

Encontré al autor del relato que irá a continuación, días después del "mendocinazo". Habíamos estado juntos hace varios años en la Resistencia. Me contó ahora que sus hijos habían intervenido en las manifestaciones populares, y a cada rato volvía atrás en el tiempo y me decía: ¿Te acordás cuando discutíamos cómo se hacían estas cosas, cómo se hacía para que todo el mundo participara en la lucha? Le pedí entonces que me contara cómo se acordaba él de aquellos años, qué queríamos, cómo pensábamos hacerlo. De allí este relato, que es un trozo de ese gran fresco histórico popular que fue la Resistencia Peronista. El relato, como aquella experiencia, es crudo, caliente, contradictorio. Despojado de pretensiones, es un testimonio que debe sumarse a otros análogos para dar una cabal síntesis de aquella fragua histórica. Tiene sí el valor de lo vivido auténticamente, y como dice Fierro "debe creerse al testigo / si no pagan por mentir".

Entre otras cosas, se advierte en la narración la angustiada búsqueda de un método revolucionario coherente: a esa necesidad llegamos tras múl-

tiples machucones y frentazos contra la pared. Tras jugarnos en patriadas —a veces quiméricas— nos quedaba un regusto de amargura al ver tantos sacrificios y tanto esfuerzo malversados por golpistas y aventureros. Nos dolían los errores que cometíamos porque algunos se pagaban con sangre de nuestra sangre, con la de nuestros hermanos, compañeros heroicos fusilados, ametrallados, torturados, perseguidos, sin trabajo y separados de los suyos. Entonces, una y mil veces volvíamos al tema: ¿Cómo debe hacerse para que el pueblo, para que los trabajadores —como decíamos y decimos significando la "clase obrera"— vuelvan al poder? ¿Cómo hacemos posible que vuelva Perón? Así nos improvisamos agitadores, periodistas, políticos, cañeros, activistas gremiales, conspiradores; y la respuesta la fuimos averiguando periódico a periódico, caño a caño, huelga a huelga. Pero, de paso, fuimos desentrañando la naturaleza de clase de esa lucha a la que nos arrojó el vendaval; aprendimos el contenido histórico de la batalla entre los oprimidos y los opresores, la dialéctica material del enfrentamiento con la burguesía, la oligarquía

y el imperialismo. Desde la práctica, "desde la acción" —como también decíamos— y medio a los empujones llegamos a la teoría revolucionaria, redescubriéndola, redefiniéndola. La teoría surgió para nosotros como fruto maduro de la "crítica de las armas" a que era sometido el régimen por todo un pueblo. Y no se trata, por supuesto, de la infantil pretensión de negar su valor a los libros teóricos que resumen la experiencia universal de la clase obrera en la lucha por su emancipación. Por el contrario, se trata de afirmar que esos libros tienen vigencia y viven de nuevo en el marco de luchas concretas, aunque hayan o no orientado directamente esas luchas. En aquel tiempo que discutíamos lo del Uturunco pocos habíamos leído algo de Mao Tse Tung y nadie a Nguyen Giap. Pero nos atrevimos a salir con él, y entonces sí, ¡gran Dios! ¡Qué bien hubiera venido sabérselos de memoria! De todos modos, participar de aquel combate confuso, desperejo y tumultuoso era la única manera concreta de intervenir en la historia, ya que existía un "movimiento real" de la clase obrera —que a veces fue una presencia multitudinaria en el combate, aun antes de los cordobazos—, anterior a la consolidación de proyectos, vanguardias y direcciones revolucionarias. Espontaneísmo, claro; pero no como elección teórica, si no como necesidad de guerra, pues teníamos nomás que pelear y no sabíamos cómo; no nos íbamos a quedar de afuera, mirando como la clase se entreveraba en pelea desigual con el monstruo.

Quedan dos cosas que destacar del relato: una, la mención reiterada del capitán Aparicio Suárez. Este pundonoroso militar peronista fue más peronista que milico, tal vez porque era de la estirpe de los viejos milicos fortineros, aquellos del ejército de la Patria Grande. "Apa" era pueblo y como tal murió enterrado en una cárcel del Conintes, proscripto de la "Institución" que entonces comandaba Carlos Severo Toranzo Montero (el mismo que dijo que todos los peronistas éramos delincuentes hasta que no probáramos lo contrario). Condenado por haberse vuelto del Ejército del Pueblo —como se llamaron las primeras formaciones guerrilleras peronistas—, "Apa" nos dejó esta nostalgia de pensar que afuera lo hubiéramos curado y nos legó un ejemplo de coraje para romper con su casta y pelear, sin galones y tan humildemente, como un soldado popular.

Lo otro del relato: el recuerdo militante de Cooke, a quien hoy tantos conocen por su valiosa obra escrita. El compañero recordaba su infatigable labor en Chile, con ese fruto insólito, la emisora LUX 45 Radio Justicialista; y recordaba también las interminables charlas en las que todo lo humano y todo lo divino eran sometidos a análisis y a crítica y autocrítica para prender un poquito de luz en el camino a oscuras. El Bebe se exigía pensar cada cosa que hacía y les exigía a los demás que lo hicieran; y luego, que recapacitaran en lo que habían hecho y cómo había salido y sacaran experiencia de lo ocurrido. Eso no quedó en ningún libro suyo, pero era un método de trabajo acuciante, que él difundió sin pausas. Como no podrá quedar en ningún texto su jocunda risa, su humor inverosímil

que tornaba más humana la pelea. Es que el suyo era un "humor de guerra", igual que el de los combatientes cuando van a entrar en batalla y sienten deseos de bromear para espantar a la muerte. El Bebe vivió guerreando y por eso se reía tanto.

Basta de adornos entonces y veamos el relato.
CAB.

crónica por un resistente

EL MOVIMIENTO DEL 9 DE JUNIO DE 1956

En primer lugar te quiero aclarar que yo no era un alto funcionario del gobierno peronista, simplemente era un pinche. En el 55 era oficial de justicia. De allí mismo, de los tribunales, apenas cayó Perón, me llevaron en cana la primera vez.

Lo primero que hice después de la caída, fue organizar la salida de un periódico peronista con otros muchachos. El periódico se llamaba "Combate" y al poco tiempo nos secuestraron la edición y volví a caer en cana. Cuando salía volvíamos a sacar el diario. Una vez nos quemaron la imprenta donde se editaba. Nos allanaban las casas a cada rato. Sacamos 9 ó 10 números y ya empezamos a organizar otras cosas más contundentes porque con los papeles sólo no era suficiente.

Antes de la caída del gobierno yo militaba en el gremio del Poder Judicial. El primer intento de resistencia surgió de los cuadros gremiales ante las intervenciones militares, nos largamos a organizar agrupaciones, a mantener unida a la gente. La primera cosa grande a la que nos vinculamos fue al movimiento del 9 de junio de 1956.

A mí me habían dicho que se preparaba un golpe auténticamente peronista. Allí tuvo una destacada actuación el capitán Aparicio Suárez, que estuvo en La Plata. Yo tuve vinculación con él y con otros militares. Era un momento en que uno estaba desesperado y se agarraba del primer golpe que veía. Y a veces —no en este caso de Aparicio Suárez— nos agarrábamos de la primera gente que venía a buscarnos. Y por ahí nos venían a buscar del Servicio de Informaciones para "conspirar"... indudablemente, para qué lo vamos a negar... hemos metido la pata a cada rato, por falta de experiencia... y por tantas otras cosas. Fracasó la revolución y caí en cana otra vez.

El planteo que se hacía era formar grupos civiles que apoyaran la acción militar que iban a realizar los militares peronistas retirados, junto a militares en actividad. Había un gran grupo de suboficiales organizado. Aparicio Suárez me hablaba sobre todo de los muchachos de Córdoba que iban a hacer de todo... En julio del 56 estábamos todos presos, y

unos cuantos muchachos muertos. A fin de año, cuando me largan, resuelvo irme a Chile porque aquí no me dejaban mover siquiera.

Pero antes de contarte eso quiero hablar más de lo del 9 de junio.

La revolución estaba planificada —es decir, nosotros la vendíamos así— para que viniera el general Perón y se hiciera cargo inmediatamente del movimiento revolucionario. Para ello a nosotros nos habían prometido que nos iban a dar armas, y de todo lo que hiciera falta. Si no teníamos armas, ¿qué mierda íbamos a hacer?, con un panfletito no íbamos a hacer una revolución. Ese planteo se lo hice yo a un militar que había mandado Aparicio Suárez. Bueno, ellos dijeron, la revolución es de corte netamente peronista. Preguntamos nosotros: ¿pero peronista, auténticamente peronista? Sí, nos contestaron. ¿Y el objetivo es traer a Perón para que se haga cargo del gobierno? Sí, dijeron. ¿Y los grupos civiles qué papel van a desempeñar? Bueno, van a tener que tomar radios, van a tener que tomar esto y lo otro; van a estar con los militares, en un comando conjunto con los militares y van a tener armas. La gente que está trabajando va a tener armas pero "en el momento oportuno". Nosotros pedíamos las armas antes. No quisieron dárnoslas. Ese es el cuento que siempre nos hacían. Me da la impresión que tenían miedo de darnos armas. Pero, claro, había milicos que uno no conocía y no sabía bien si eran peronistas, pero habían otros que sí sabíamos que eran peronistas, pero esos tampoco querían darnos armas, ni el 9 ni en la del 60 con Iñiguez.

Al general Valle no lo conocía, aunque sabíamos que estaba al frente del movimiento. Sin duda su muerte demostró la clase de patriota que era. El era el jefe de la conspiración, salía a la cabeza pero pregona que Perón vendría inmediatamente para consolidar la revolución. Por la parte civil la que intervino fundamentalmente fue la gente de la CGT Auténtica, es decir los activistas gremiales que se habían nucleado alrededor de algunos que eran dirigentes en el 55 como Framini. Nosotros caímos primero en marzo del 56, como 300 caímos presos. La cárcel estaba prácticamente llena. Claro hubieron infidentes de la policía, del ejército, de los servicios de informaciones que estaban metidos entre nosotros. Algunos salimos antes del 9 de junio y tras el fracaso de la revolución volvimos a estar prófugos o presos.

EL EXILIO EN CHILE

A fines de ese año, como te decía, me fui a Chile donde me encontré de nuevo con Aparicio Suárez, Saúl Hécker, muy buen muchachito; Canosa, que fue embajador argentino en Yugoslavia; después llegaron el gordo Cooke, Cámporita, Jorge Antonio, Kelly. También estaban Madariaga, de Mendoza. También estaba Gianola, el capitán Palacios, el capitán Barrena. Había un comando entero, pero un comando que estaba viviendo en Chile, no pasaba nada con ellos. Aparicio hizo una reunión en la que decidimos que había que hacer algo; recibíamos mucha información del general, y además nos venía mucha información de Buenos Aires y de Mendoza; mi señora venía y otros compañeros y nos contaban muchas cosas que estaban pasando acá y decidimos entonces sacar una radio clandestina, la famosa LUX 45. Era fantástica

se escuchaba en muchísimos lugares. Pasábamos especialmente las instrucciones del general y salíamos al aire como Radio Justicialista. Teníamos recepción en muchísimas partes del país. Después nos contaron que en Comodoro Rivadavia se había escuchado perfectamente, o en otros lugares al norte del país. Desde el piso 13 de Carabineros, metidos dentro de unos placares transmitíamos a horas prefijadas. En una oportunidad mi señora hizo correr la bolilla en el barrio de que había una transmisión muy importante (teníamos nuevas instrucciones de Perón desde Caracas), nosotros transmitíamos "Aquí Radio Justicialista desde algún lugar de la patria", pero estábamos en Chile, por supuesto que no lo podíamos decir, no obstante los servicios de informaciones sabían que estábamos en Chile y la embajada nos había andado buscando sin suerte. Resulta que se fue cualquier cantidad de gente a mi casa, hasta debajo de la mesa del comedor estaban, cuando sale mi voz y muchos sorprendidos porque me conocían hasta que uno dijo "pero ése es fulano..." No, dice mi señora, si él está en Chile. "Sí, pero habrá pasado a la Argentina, o será uno que habla parecido a él". Pero en realidad todos se habían avivado.

Las transmisiones las empezábamos, como es lógico, con la marcha peronista y los libretos muchos los hizo Cooke, y entre todos los que estábamos. Me acuerdo de unas instrucciones del general, las más bravas de las que dimos: hablaba de que había que hacer acciones de resistencia, movilización, sabotaje, guerra de guerrillas, huelgas o insurrección armada. A eso lo llamaba la guerra revolucionaria. Eran instrucciones que llegaron de Caracas en 1956.

EL APOYO A FRONDISI

Cuando se acercó el proceso electoral de 1958 nosotros desde la radio recalcábamos que el apoyo a Frondizi no significaba de modo alguno que nos plegáramos a su política o a su partido, y que lo votábamos sólo porque era el "mal menor". Nos dolía en el alma decir por la radio que había que apoyar a Frondizi, a quien odiábamos como a los demás gorilas, pero había que hacerlo porque eran órdenes del general. Nos había llevado tiempo y discusiones convencernos que era así, pero las cumplimos. Posteriormente cuando volvimos a la Argentina los hechos nos dieron la razón porque empezamos a ir presos de vuelta. El viejo pensó en aquella oportunidad que la revolución era más fácil organizarla con un gobierno al cual habíamos llevado nosotros al poder y que dependía de nuestros votos, que hacerla bajo la bota de la dictadura. Frondizi no iba a apoyar una revolución nuestra sino que teníamos más posibilidades, si no había represión violenta nos iba a permitir organizarnos nuevamente en comandos y poder seguir la lucha. Ni Perón ni nosotros creímos nunca en Frondizi. Con el Bebe Cooke discutíamos todo esto y con Aparicio, que era una excepción entre los militares y pensaba como nosotros. El Bebe tenía sus recelos de los militares y siempre discrepó de trabajar muy ligados a ellos. No estaba de acuerdo con que la revolución fuera dirigida por militares que estaban en la Argentina, ése era el pensamiento del CORP (Central de Operaciones de la Resistencia Peronista), núcleo comandado por el general Miguel Angel Iñiguez.

Acá había que hacer una revolución del pueblo, organizada por el pueblo con comando del pueblo, gremiales, políticos. Yo sabía, empero, que en el fondo teníamos que tener vinculaciones con los militares para poder hacer algo cuando se presentara la oportunidad, pero que no debíamos tenerlos como el equipo de conducción de la revolución. La conducción la debíamos tener nosotros, el pueblo. Claro que casi todos participábamos de este pensamiento de considerar necesarios e indispensables a los militares. Algunos con reservas, otros sin prevenciones aún con los milicos. Las reservas crecerían después cuando comprobamos que con ellos no íbamos a ninguna parte.

También discutíamos con Cooke qué había que hacer con los sindicatos, y todos pensábamos que los gremios tenían que ser recuperados en la medida en que esos dirigentes que fueran a la conducción de los gremios sirvieran a los intereses de la revolución. Pensábamos que los gremios se tenían que jugar íntegramente a favor del movimiento revolucionario porque sino no tenía ningún sentido ocuparnos de los gremios que querían integrarse al sistema y luchar por migajas dejando de lado la lucha contra el régimen. De ese modo los gremios servirían al régimen, como después sucedió con muchos de ellos, hasta la fecha. Recuperar los gremios tenía algún valor para defender los derechos de los trabajadores pero tenía fundamentalmente valor para trabajar en favor de la revolución, porque tener un gremio por tenerlo nomás carecía de sentido.

Después de que subió Frondizi reorganizamos la Auténtica y los comandos gremiales y desde el CORP se volvió a plantear la revolución... éramos todavía muy inocentes, creíamos que podíamos trabajar con los militares retirados pero ellos se creían los únicos capaces de llevar adelante la revolución... y así preparamos muchos golpes, algunos que no se dieron nunca. Las banderas eran lindas: retorno incondicional de Perón, por la soberanía, por la liberación, queríamos que el pueblo volviera a gobernar, pero claro, mejor que antes, lo íbamos a hacer distinto esta vez, más a fondo, sin contemplaciones con la oligarquía. Nos juntábamos con los militares retirados pero muchos de nosotros teníamos nuestro recelo con ellos, porque además de que querían siempre tener la manija ellos a nosotros cada vez más nos parecía que ellos eran medio inútiles para hacer revoluciones.

Claro, ellos compartían nuestras consignas por lo menos es lo que decían, Iñiguez siempre hablaba del general Perón con respeto, pero además no le hubiéramos permitido que hablara de otra manera si llegaba a pensarlo. No sabemos si realmente lo traerían a Perón, pero a nosotros nos bastaba con saber que nosotros sí queríamos que volviera. Y claro, decir la vuelta de Perón para nosotros eran tantas cosas, pero tantas que resumíamos así: la vuelta de Perón era la vuelta de la decencia y la dignidad para los que trabajábamos, sacarnos la pata del patrón de encima, era la vuelta de la felicidad, era el final de tanta tristeza y tanta amargura que había en los millones de hombres del pueblo, era el fin de la persecución para tantos que como yo no habían soñado con hacer política ni con meterse en revoluciones, pero que nos habíamos metido porque no había más remedio y si no nos metíamos era de cagones nomás.

Cuando Frondizi traicionó, que fue bien pronto, empezamos la rosca de nuevo. Antes de seguir te cuento como nos volvimos de Chile, el general nos mandó una carta a mí y a Aparicio Suárez diciendo que viéramos a un amigo de él de Viña del Mar, me acuerdo que fuimos con Espejo a un chalet cerca del mar. En la carta el general le decía que nos pagara los gastos de regreso a la Argentina y que nos pagara las deudas que dejábamos en Chile por que él no quería que ningún peronista se viniera de Chile debiendo ni cinco centavos, por agradecimiento a quienes nos habían dado asilo.

EL UTURUNCO Y EL CONINTES

Después de muchos proyectos, a mediados del 59 vino uno que nos gustó de entrada, el del Uturunco en Tucumán. En una oportunidad conversamos con Aparicio Suárez, con Cooke y otro muchacho muy amigo del Bebe que después subió al monte. Y allí hablamos de la necesidad de organizar en Mendoza un comando que apoyara al Uturunco, que iba a salir, Iñiguez y el CORP al principio veían muy bien lo de Uturunco y lo apoyaban. Todo el movimiento lo apoyó, aunque mucho más de palabras que con hechos. La idea de los Uturuncos era superar la dependencia que teníamos con respecto a los militares: hagamos nosotros mismos la revolución, como nos salga. Ya no podíamos seguir pidiéndoles a los militares que nos organizaran la revolución.

Por eso cuando se habla del Ejército del Pueblo a muchos muchachos nos gustó la idea y la propagandizamos todo lo que pudimos. Para esa época los muchachos de la juventud de Mendoza sacaron el diario "El Guerrillero" de la JP, donde se apoyaba la acción del Uturunco. Todo eso nos había reanimado y lo más rescatable de lo que ellos hicieron fue aquel concepto: por primera vez hagámoslo nosotros de entrada, a puro pueblo nomás.

Cuando pusieron el Conintes fui preso de nuevo, con un montón de muchachos más. Algunos salimos enseguida, otros quedaron por varios años. En ese momento yo estaba en el Partido Justicialista y a mediados de ese año Corvalán Nanclares y Alberto Serú García, que eran los secretarios del Partido, hicieron por su cuenta declaraciones condenando a los muchachos que estaban presos en el Conintes acusándolos de terroristas y de comunistas, negando que tuvieran nada que ver con el movimiento. Eso era una cabronada muy grande, porque ellos los conocían bien, como nosotros, y sabían que eran muy buenos peronistas y por eso estaban presos. Entonces los echamos del partido, como se lo echó a Cardozo y a Osella Muñoz por hacer declaraciones de ese mismo tipo. Las vueltas de la vida quisieron que en 1966, cuando las elecciones del mes de abril, se enfrentaran Corvalán Nanclares y Serú García, que habían sido los fundadores del neoperonismo, del peronismo sin Perón. Tuvimos que apoyarlo a Corvalán pero nunca pudimos olvidar aquella mancada fiera cuando aprovecharon la radio oficial para insultar a nuestros muchachos.

En todos estos años fui preso varias veces, como todos los compañeros, pero hubo una época en que apenas si nos interesaba ir presos porque eso significaba que el régimen nos temía, que le causábamos problemas. Algunos salen muy fortalecidos de la cár

cel y siguen en la lucha. También hay quienes no salen fortalecidos y después se quedan, no hacen nada más. Por eso siempre hay que hacer un balance antes de hacer las cosas, antes de pasar a una acción para saber si después se va a perder o se va a ganar; eso lo aprendimos en los hechos, a medir nuestras fuerzas, las del enemigo y a darnos cuenta qué pasaba después de las acciones, en qué avanzábamos y en qué retrocedíamos.

EL GOLPE DEL 30 DE NOVIEMBRE DE 1960

Ese mismo año 60 se preparó el gran golpe del CORP, la revolución del 30 de noviembre. Se había hecho un Comando Nacional y yo tuve que viajar a Rosario, a Salta, por varios lados anduve preparando la conspiración. El general Perón permanecía callado, pero callado porque no hacía declaraciones, pero nos aseguraban que apoyaba con todo el movimiento de Iñíguez.

La base era la misma de siempre: teníamos que asaltar cuarteles donde habían oficiales y suboficiales que previamente habían sido hablados y desde adentro nos iban a apoyar y entre todos íbamos a copar las unidades militares y así armar a los grupos civiles y controlar cada ciudad. Se hicieron muchos comandos en esa oportunidad. En una reunión con Iñíguez yo le plantee: Mire general, a lo mejor puede quedar otro compañero en Méndozza y yo me vengo a Rosario y participo de la toma del 11 con ustedes. Me dijo que no, que hacía falta en Méndozza porque también iba a estallar allí 24 horas después. Pero eso era porque los milicos complotados en Méndozza querían que primero triunfara el movimiento en otros lados para plegarse, fijate vos los cagadores cómo se habían pensado la cosa. Cuando estábamos preparando la cosa yo mismo fui con De Matteis a ver a un coronel que era jefe del Batallón de Ingenieros, y tuvimos una conversación muy graciosa. De Matteis me presenta: Acá el compañero está por la parte civil por la CGT y puede hablar con toda confianza porque él conoce todos los planes que yo le he anticipado". Entonces yo le digo: "Coronel en nombre del Comando Nacional vengo a invitarlo para que se pliegue a la revolución en marcha". Y el tipo me pregunta cuáles son los objetivos. Yo le contesto "es una revolución auténticamente peronista, los objetivos son terminar con esta vergüenza, esta entrega de la patria y restablecer la justicia social. Esta gente está rematando el país y persigue a los trabajadores. Vamos a pedirle al general Perón que venga para terminar con toda esta humillación". (Claro esos eran los objetivos que me habían pintado a mí y nos gustaba.) Y el tipo va y me dice: "Mire, con esos principios yo estoy de acuerdo, pienso exactamente lo mismo y me gusta mucho el planteo... pero, dígame, y si el movimiento fracasa, que hago yo que no se hacer nada más que esto"... Mirá vos, que tipo de conspirador este, a mí se me caían las medias, después le dije a De Matteis: "pero cómo vienen a buscar a estos hijos de puta, no sirven para nada"... Terminó diciéndome "Mire si no entro en el último caso tengan toda mi colaboración moral". Así nomás lo dijo, lo escuché yo personalmente. Un coronel. Me daba vergüenza. Claro, no sabía hacer otra cosa en su vida y se iba á cagar de hambre con su familia. Yo no pude más y le dije: "Perdóneme pero en este

momento, no, hace ya rato largo, que hay familias que no tienen qué comer y están en la lucha, en la pelea. Y por eso también se va a hacer esta revolución". Nos fuimos con el apoyo moral del tipo.

En Méndozza hicimos un comando que lo primero que iba a hacer era sacar a los presos Conintes de la cárcel. Queríamos ir nosotros, no que los militares los sacaran, pero con las armas en la mano, claro. Debíamos cortar además las comunicaciones y aislar a Méndozza, cosa que hicimos bien, y sincronizados. En la CGT y en metalúrgicos juntamos a la gente la noche del 30. Pongan la radio, a las 12 vamos a escuchar un informativo de Buenos Aires con unas bombas que van a estallar. Esa era la señal. Estábamos esperando, porque después nos venían a buscar los militares y con las armas que nos dieran los sacábamos a los presos. A las 12 el informativo dijo que habían estallado varias bombas, te imaginás la euforia de todos... y esperamos, esperamos pero nunca llegaron los fierros. Después nos enteramos que algunos de los milicos se la quisieron jugar solos.

En Rosario y Tartagal fue en los únicos lugares donde se triunfó, aunque fuera por poco tiempo. Y en Rosario se sacaron muchas armas del arsenal, que todavía deben andar por ahí. Allí mataron a un amigo mío, el coronel Julio Argentino Barredo. Lo había visto cuatro días antes en Buenos Aires. Ahora, de las armas, lo que se dijo es que se iban a repartir al pueblo. Nunca pude preguntarle después a Iñíguez porqué fracasó después todo el plan, que al final fue poco, después de tantos preparativos. En Méndozza al fin no tuvimos ni oportunidad de plegarnos. Yo le chillaba a Farmache y a otro milico; pero, con qué vamos a pelear, la puta, es absurdo, ni un revólver tenemos. Ya van a venir, en el momento oportuno, me decían. Esa vez lo detuvieron a De Matteis, pero después "de castigo" lo mandaron en una misión militar al extranjero. Qué mierda íbamos a hacer con estos tipos, que nunca sabíamos cuando eran leales o cuando rebeldes.

Mientras se preparaba la revoluta yo había tenido muchas reuniones con Armando Cabo y Avelino Fernández, y una vez me mandó Vandor a Montevideo como enlace. Las 62 iban a apoyar el movimiento, pero también, como los milicos, cuando estuviera consolidado, es decir, cuando estuviera acabada la lucha iban a decretar el paro; la CGT estaba intervenida todavía, ¿te acordás? estaba Insaurralde de interventor.

En todo este quehacer Vandor personalmente no intervenía para nada. El me dijo: mirá cuando vengás a hablar algo de este asunto conmigo no hablés que me comprometés. Anda a verlo al Gallego, que son ellos los que preparan la cosa. A mí conviene que me dejen de lado... Claro, el lobo era muy "prudente" o de verdad más bien que se hacía el vivo y mientras nosotros conspirábamos por él, él se hacía sus transfugacadas con Frondizi y Frigerio. El paro gremial era fundamental para el golpe; apoyábamos con el paro y con la participación individual de muchos activistas, pero la conducción la tenían los militares. Prácticamente te puedo decir que en aquellos años nunca participé de un movimiento insurreccional cuya dirección no la tuvieran los militares. Ellos estaban con la manija y tenían las armas y cada tanto nos prometían repartirlas "en el momento oportuno", que no sé cuando habrá sido porque en la puta vida vi un arma

yo. Una vez me calenté y empecé a protestar: Che ¿pero hasta cuando vamos a andar así? ¿Cuándo mierda nos van a dar las armas? Estamos ya sobre la fecha de la revolución y no tenemos nada. ¿Dónde están las armas que nos dijeron que iban a dar? Entonces me sacan de la reunión y me llevan a otra donde estaban los militares: De Matteis, Farmache y otros, bueno, yo les digo, los muchachos quieren las armas ahora. Y para qué, me contestaron, si para el operativo que tienen previsto no necesitan armas (era para cortar las comunicaciones telefónicas de Mendoza), ya las van a tener, que esperen. ¿Vos las viste? Bueno, yo tampoco las vi nunca. Serían de oro que las cuidaban tanto... o nos estaban haciendo un flor de cuento.

Ahora te diré que después que fracasó la del treinta, tuve una reunión con Armando Cabo, Dante Viel y otros de la Auténtica y se había recibido una carta del general donde criticaba que lo que hicimos fue una aventura, que él no había dado autorización, que lo único que le había dicho a Iñiguez era que le cuidara a la gente. Yo me calenté y les reproché: no hay derecho a hacer estas cosas, ustedes me dijeron que el general apoyaba este movimiento y resulta que ahora no lo apoyó. Armando lloraba de bronca. Y bueno, me dijo, si tuvimos una conversación a través de una persona que fue a verlo y él dijo que apoyaba el movimiento. Una vez fracasado por supuesto que él no se va a hacer cargo de un fracaso, así dijo Cabo. Yo igual no entendía bien la cosa y pensaba o que era muy injusta la condena del general o que habíamos hecho la cosa muy mal. Posiblemente el general sabía que ese movimiento no podía andar y habrá pensado que Iñiguez quiso hacer las cosas por su cuenta y pasar al frente; eso lo pensé después porque si lo hubiera pensado antes ni yo me metía ni embarcábamos a tantos muchachos de Mendoza. Pero te juro que esa vez le terminamos de hacer la cruz a los militares para hacer revoluciones, ya nunca más ninguno de nosotros pensó que podíamos ir adelante con ellos. Claro, después decayó mucho la lucha, porque ya estaban presos gran cantidad de muchachos con el Conintes y de ésta quedaron muchos rajados y muchísimos desilusionados. Así fue que muchos nos incorporamos a la "política", fijate vos, políticos nos hicimos, claro, con una línea dura, pero al final nos pasó como con los gremios que trabajamos para que una banda de hijos de puta llegara a los cargos y después nos vendieran a todos.

Claro, de toda aquella época hoy uno se acuerda con nostalgia, pero piensa también que se hicieron muchas macanas y que lo hacíamos muchas veces de apuro, creyendo que de rebote la gente se iba a incorporar al planteo insurreccional. Ahora las cosas han cambiado, pero lo que hace cambiar la mentalidad masiva de la masa para actuar como actuó en el cuyanazo, o en el cordobazo o rosariazo, es sobre todo la acción de los muchachos que están peleando con las armas en la mano y que están dejando su vida en la calle. Nosotros durante toda esa época lo que buscábamos era que a través del esfuerzo y la organización de los activistas se diera la posibilidad de que el pueblo saliera a la calle. Siempre sostuvimos desde el principio que la solución del problema nacional no vendría por un acto electoral. En el '57, me acuerdo, le mandamos una carta al general donde le

decíamos: mi general, usted nunca va a volver al gobierno por un medio electoral, porque nunca lo van a dejar, pero además yo ruego para que nunca sea posible, porque si llega por la vía electoral va a ser con tantas condiciones que no va a ser posible hacer la revolución que tanto soñamos. Vos te imaginás, con los apetitos electoraleros, con la lucha interna lo que sería llegar por las elecciones, y lo vemos todos los días cuando gente que no ha estado nunca en la lucha del peronismo en estos últimos años aparece ahora para dirigir y para ser candidatos. Pero entonces le decíamos al general —y hace poco se lo repetíamos en otra carta— las elecciones no nos sirven y no tenemos que ser ingenuos de ir a pedir las y de esperar que nos las den. Pero además no vamos a poder hacer la auténtica liberación, la verdadera transformación que queremos si estamos atados por cuestiones de leyes. Las revoluciones no se hacen legalmente, y todos los muchachos que peleamos durante tantos años pensábamos siempre lo mismo, que los gorilas se tenían que ir como habían entrado, a la fuerza y a tiros. Claro, lo que hicimos esos años fue fundamentalmente mantener la fe, la confianza de la gente en que Perón iba a volver, y mantuvimos viva la llama del movimiento desde el punto de vista revolucionario, de que queríamos volver al gobierno para cambiarlo todo, para modificar las estructuras, para una auténtica liberación.

Esa idea de la revolución la discutimos muchas veces con el gordo Cooke. Hablábamos de la revolución argelina, de Mao, de Castro, todos queríamos saber cómo se había hecho en otros lados. Por ejemplo, me acuerdo que la mayoría de nosotros desconfiaba de la revolución cubana, te acordás que Rojas la apoyó y los yanquis. Claro en muchos que militamos desde entonces hay una evolución muy grande y ahora sabemos más cosas, entendemos más. Para mí hablar en aquella época de Fidel Castro era pecado, como hablar del Ché Guevara, que se había ido de acá, pero hoy fijate, pienso como muchos muchachos que son los paladines de la revolución en América... cuando hablábamos con Cooke él insistía siempre que la revolución tenía que hacerla el pueblo y todos coincidíamos y los hechos nos han dado la razón que el pueblo cuando quiere luchar, cuando está concientizado, cuando sale y busca gente para organizar las cosas se dan y hay avances tremendos. Este proceso ha sido frenado por los dirigentes peronistas que estaban en la conducción, tanto política como gremial, y yo nunca entendía por qué Perón los mantenía en la conducción. Esos tipos siempre postergaron el proceso, no lo han avivado, no han contribuido a que se concrete en la verdadera revolución del pueblo. Esos tráfugas nunca estuvieron en esto y no están ahora. La conducción del movimiento debía estar en manos de gente revolucionaria —para eso pelié desde el '55 en adelante—. Si Perón no lo hacía, bueno, por algo no lo hacía y él sabría por qué no lo hacía, pero a mí me quedaba el derecho de discrepar con él en cuanto a los dirigentes y no someterme a ellos y pelear como peronistas por lo que yo creía que era el pensamiento de Perón y las necesidades del pueblo. Así aunque nombrara delegados, si esos delegados eran transfugas nosotros lo defendíamos a Perón siguiendo en la lucha como seguimos.



1. UNA MUJER.

Poco después de la caída del gobierno peronista, la reacción triunfante organizó una exhibición del guardarropas de Eva Perón, con el objeto de escandalizar a todos y probar lo que juzgaban una evidencia rotunda: el afán de riquezas y la vanidad de la ya desaparecida "abanderada de los humildes".

El fracaso fue total, y a pesar de la propaganda empeñosa, la muestra debió ser retirada al poco tiempo. Sólo concurrían a ella los oligarcas del Barrio Norte —donde se realizaba—, cuyos comentarios furiosos y cuyas ironías amargas no hacían sino prolongar la rabia tenaz con que dicha clase había detestado siempre a Evita. De los sectores populares, a quienes se quería impresionar y convencer con la muestra, solo concurren ciertos grupos temerosos y cabizbajos que miraban en silencio los atuendos, con el rostro bañado en lágrimas y una terrible tensión en los rostros.

Algún matutino porteño, con amargo cinismo, comentó al respecto la profundidad con que la "demagogia" peronista había nublado la capacidad de reacción en los miembros del Movimiento. Un cura de la zona, hoy Obispo, lo comenta de un modo bien distinto: "Después de participar yo también del asombro de todos, comprendí pronto lo desubicados que estábamos. Las ropas de Eva Perón, que la gran burguesía consideraba como una afrenta y una contradicción, para el Pueblo eran la señal de su propio triunfo. Lo mismo que para los primeros significaba un insulto, ya que había colocado a Evita por encima de ellos,

incluso en los signos y las galas en que cifraban sus honores; para la gente común era signo triunfal de que una «de ellos», totalmente hermana, aplastaba a los enemigos incluso en la belleza y el esplendor. Una vez más la gran burguesía no entendía nada; y una vez más el pueblo pasaba por encima de los pruritos de pequeña moral para descubrir las grandes verdades de fondo".

Este acontecimiento póstumo, no hacía sino poner en evidencia de nuevo la reacción contradictoria que Evita suscitaba desde siempre entre sus compatriotas.

Pocos argentinos, o mejor: nadie, ha provocado la profunda escisión, el afrontamiento apasionado que supo motivar esta mujer.

Evita fue siempre un "signo de contradicción" para el país real, y en los odios o la admiración que motivó se podría perfilar la radiografía más profunda de los conflictos contemporáneos.

La resistencia oligárquica y el entusiasmo popular, el odio oscuro de la "élite distinguida" y el apasionamiento fanático del Peronismo en sus bases, encontraron en ella su blanco y su bandera.

Para ahondar en este fenómeno, habría que profundizar no sólo en los rasgos individuales de Eva Duarte; sino en todo un complejo nudo de reacciones psico-sociales, en todo un contorno de transformaciones revolucionarias que tuvieron a esta mujer como uno de sus ejes fundamentales: a la vez protagonista, heroína y víctima.

Pero hay un dato seguramente fundamental y que es preciso subrayar de inmediato. Eva Duarte significa la irrupción clara y militante de la mujer en la esfera pública, su entrada combativa en la política y en la lucha social.

(*) Salvo referencia expresa, todas las citas son de "La Razón de mi Vida".

SI EVITA VIVIERA ...

por Rolando Concatti

Aquí está la respuesta, mi General. Es el pueblo trabajador, es el pueblo humilde de la Patria, que aquí y en todo el país está de pie y lo seguirá a Perón, el líder del Pueblo, porque ha levantado la bandera de la redención y de justicia de la masa trabajadora; lo seguirá contra la oposición de los traidores de adentro y de afuera... Los vendepatrias de adentro, que se venden por cuatro monedas están también en acecho para dar el golpe en cualquier momento. Pero nosotros somos el Pueblo y yo sé que estando el Pueblo alerta somos invencibles porque somos la Patria misma.

(1º de mayo de 1952, su último discurso.)

Hasta ella, y después de su desaparición hasta hoy, las esposas de los gobernantes han cumplido el rol oscuro, totalmente secundario, que la moral y las prácticas burguesas les otorgan. Son apenas una sonrisa en los actos públicos, un objeto decorativo en las recepciones oficiales, una presencia en los distinguidos grupos de damas de caridad. Pero no significan nada, no son nadie.

Eva Perón ha roto en primer lugar con ese hábito y ese prejuicio que en el mundo burgués y en la Argentina rodea a la mujer y la limita, la acorralla al submundo hogareño, la margina de los grandes problemas. Muchas de las irritaciones y de las desconfianzas que motivó, no son ajenas a esta irrupción de una mujer distinta, cuyo apasionamiento y cuya intuición clarividente no son puestas al servicio de un proyecto privado y mimoso, sino al servicio de todo un pueblo y a la proyección de toda una clase, a la que pertenecía por origen y a la que se convirtió totalmente.

Para comprender el significado de esto en plenitud, hay que recordar que junto con la promoción personal de Evita, lo que aparece en la Argentina es el voto femenino, la participación de la mujer en las decisiones colectivas.

Los enemigos del Peronismo minimizan hoy este hecho, pretendiendo que es totalmente obvio y normal. Se olvidan que ellos no sólo no lo impulsaron nunca antes de Perón y que incluso lo resistieron explícita o veladamente, con esa desconfianza a todo lo nuevo que caracterizó siempre a las fuerzas conservadoras o liberales.

Eva Perón, compañera del Líder, primer militante peronista, candidata incluso a la vicepresidencia de la República, simboliza y personifica esta entrada profunda y agresiva de la mujer en la tarea política.

Cuando se estudie objetivamente el desarrollo cultural de la Nación, las transformaciones silenciosas y decisivas, este acontecimiento figurará entre los primeros.

Eva Perón fue además la Mujer del Conductor, su compañera entrañable en el sentido militante y exigente que el término tiene hoy.

Nunca se conocerá totalmente la historia de amor de estos dos seres, el costado secreto y privado de esta pareja, tan violentamente inmersa en lo público y en las luchas políticas. Pero no por eso es menos cierto que constituyen el testimonio de una pareja distinta, que debe renunciar en gran parte a la intimidad y el sosiego, a la fruición del propio amor, para vivir totalmente las exigencias de un compromiso social apabullante de urgencias.

La actitud misma de Perón ante Evita merecería una reflexión. De algún modo Perón "apuesta" a esta muchacha, se juega por ella no sólo haciéndola su compañera, sino dejándola crecer, gravitar por fuerza propia, tomar iniciativas muchas veces riesgosas. El Jefe tantas veces calculador y sagaz, arriesga con esta mujer, con su vehemencia impulsiva. Y prueba que en un proyecto político agresivo, no sólo importan las sabias precauciones, sino también el empuje creativo y renovador, aunque sea riesgoso e imprevisible.

Todos estos elementos y muchos más van forjando la imagen y el mito de Eva Perón. Porque también Evita es un mito en el sentido fuerte y positivo en que hemos hablado antes del "mito" de Perón. También en ella, más que sus rasgos personales, los que se van cristalizando y superponiendo son los rasgos de un pueblo al que representa y que se identifica con ella, se reconoce en ella, la idólatra a fuerza de sentirse interpretado, defendido, proyectado. Con más fuerza tal vez que el mismo Perón, por lo de novedoso y radical que toma su figura, es lo más marginado y lo más sumergido de nuestra clase trabajadora quienes reconocerán en Evita "la abanderada de los humildes", la voz violenta donde reconocen su propia voz largamente silenciada.

Pero como en todo mito vital y positivo, no sólo lo constituye el amor y la idolatría de los que se

sienten defendidos, sino también el odio y el temor de los que se sienten ofendidos, atacados, humillados. Al mito de Eva Perón contribuye en gran parte el odio de la oligarquía, su reacción terrible delante de esta mujer que la denuncia y la ataca impunemente, su rencor ante todo el Peronismo que encuentra en ella alguien donde personalizar su rabia amorozada.

Lo que a Evita no se le podía perdonar, como no se le puede perdonar al pueblo peronista, es su carácter "plebeyo", su raíz oscura, su memoria de explotado que accede al poder. Toda la "aristocracia", la del dinero como la de la cultura, se sintió ofendida por esta mujer, sin apellidos y sin títulos universitarios, que podía asumir autoridad y gritar verdades sin pedirle permiso y sin hacerle reverencias.

En el mismo odio a Perón, Evita jugó un papel definitorio. El coronel Perón pertenecía de algún modo todavía a la "élite distinguida", a los que tienen derecho a mandar y disponer. Pero desde el momento en que abandonó el sabio paternalismo militar y se inclinó por las impacencias populares; desde el momento sobre todo en que dejó crecer y avaló los pasos de Evita, fue blanco de una crítica y una repugnancia sin matices.

Por todo esto es que la figura de Evita adquiere vital importancia para juzgar y entender el Peronismo. Su propia historia personal es en gran parte la del Pueblo Peronista. Como éste, nace el 17 de octubre del 45, en una experiencia combativa y triunfal. Como el mismo pueblo, su fuerza se polariza en torno a Perón; pero a la vez le da toda la estatura y toda la fuerza que el Líder tiene. Como el pueblo en fin, sufre el odio y los ataques "de los de afuera y de los de adentro", de todos los que odian o temen la radicalización definitiva de la Revolución Peronista. Su propia muerte incluso, sella quizás el tiempo de un crecimiento triunfal e inaugura el tiempo difícil de las contradicciones, las fracturas internas, la pérdida de agresividad del Movimiento en el gobierno.

2. LA PRIMER PERONISTA.

Entender el significado de Eva Perón no implica elogiarlo todo ni absolutizar sus valores. Un estudio detallado de su vida, sus luchas, su proceso ideológico y personal deberá escribirse un día. Mostrará seguramente las lagunas, las incertidumbres, las zonas grises de su vida que por ser humana no puede carecer de ambigüedades y contradicciones. Nada más alejado de nuestro intento que deificarla o ennoblecirla abusivamente, hasta convertirla en un monstruo de perfección irreal e inútil.

Pero la Eva Perón que sobrevive en la memoria popular no es la criatura frágil que también ella debió ser, sino el símbolo de un modo apasionado y combativo de vivir el Peronismo, dándose allí con todas sus fuerzas y toda su pasión. La gente sabe que Eva Perón fue la primer compañera y que si algo sigue significando es un llamado intenso a vivir el Peronismo como ella lo vivió.

Entonces sí su vida deja de ser un recuerdo triunfal o nostálgico, para convertirse en un motivo de valoración del Peronismo y en una perspectiva de combate.

Lo primero que sorprende en Evita es su lucidez permanente ante esa identidad original que constituyen Perón-y-el-Pueblo. Cuando uno piensa que se trata de un mujer enamorada, naturalmente inclinada a idealizar al hombre que ama; que vive en contexto donde el elogio y la obsecuencia marean a cualquiera; que sobre todo el éxito y la gloria impulsan a la vanidad de creerse superiores y predestinados; cuando uno piensa en todo esto sorprende la claridad con que Evita descubre el centro de su pasión militante: "¡Sí, soy peronista, fanáticamente peronista! Pero no sabría decir qué amo más: si a Perón o a su causa; que para mí, todo es una sola cosa, todo es un solo amor; y cuando digo en mis discursos y en mis conversaciones que la causa de Perón es la causa del pueblo, y que Perón es la Patria y es el pueblo, no hago sino dar la prueba de que todo, en mi vida, está sellado por un solo amor".

Así, con palabras sencillas que esconden una certidumbre muy profunda, Eva Perón nos dice que su sola pasión es en el fondo el pueblo sufrido de su patria, y que Perón mismo llena su vida porque encarna a ese pueblo y le es fiel.

En un contorno de fácil alabanza, que puede ser también de fácil confusión, Evita se diferencia de muchos apologistas de la época, que elogiaban a Perón para distinguirlo de la chusma o de la masa. Ella cree en Perón porque cree en el pueblo, y si llegaran a oponerse un día —lo que juzga imposible—, preferiría al pueblo.

Esta es en definitiva una prueba de fidelidad a Perón más grande que la de ciertos "disciplinados", que confunden pasividad con obediencia, y que pretenden recibir órdenes cuando lo que se necesitan son iniciativas, que se creen ortodoxos cuando no son más que cómodos. Para Evita, la verdad de Perón y las verdades peronistas deben ser entendidas escuchando el crisol desde donde se forjan y la fuerza que las sostiene: los descamisados, la masa trabajadora.

Y el pueblo para Evita no es una palabra vacía o una realidad confusa. "Todos los que estuvieron el 17 de octubre en la Plaza de Mayo son descamisados! Aún si hubo allí alguien que no fuese, materialmente hablando, un descamisado, éste se ganó el título por haberse sentido y sufrido aquella noche con todos los auténticos descamisados; y para mí, ése fue y será siempre un descamisado auténtico". "Para mí, por eso, «descamisado es el que se siente pueblo». Lo importante es eso; que se sienta pueblo y ame y sufra y goce como pueblo, aunque no vista como pueblo, que esto es lo accidental".

Eva Perón es además el prototipo de un cierto militante revolucionario: el que ejecuta, tenazmente, los objetivos de la revolución.

En ella eso es claro. Siendo una mujer inteligente, capaz de analizar y distinguir, es sin embargo todo lo opuesto a un intelectual o a un maestro de

la revolución. Su fuerza está en poseer algunas certidumbres fundamentales y en combatir apasionadamente por ellas.

Así, en su temple se destaca una pasión enorme por la justicia y una indignación por la injusticia que parecen haberla poseído desde muy temprano. El contacto con los más humildes despertará pronto en ella un cariño sincero y obsesivo. Si se puede sospechar que en los primeros tiempos de la Fundación Eva Perón hay aún bastante de paternalismo; el contacto con el dolor real, con las huellas de una explotación secular, y también el contacto con la gratitud y la colaboración de los más simples, desarrollan en Evita la convicción de que no es un problema asistencial el que enfrenta, sino un desorden profundo que sólo se soluciona destruyendo los privilegios y cambiando las ruedas del destino.

Pronto también descubre que los enemigos existen, bien reales y concretos. Sabe rápido que los ataques contra su persona son ataques contra una clase a la que ella se identifica. "Yo sé que cuando ellos me critican a mí en el Movimiento, lo que en el fondo les duele es la revolución... Mi sectarismo es además un desagravio y una reparación. Durante un siglo los privilegiados fueron los explotadores de la clase obrera. Hace falta que eso sea equilibrado con otro siglo en que los privilegiados sean los trabajadores".

Sin conocer el marxismo, su voz es la más claramente clasista que se ha levantado en el país. Prueba de que la lucha de clases no existe en los libros sino en el seno viviente de la sociedad capitalista. Y que para entenderla y asumirla no es preciso aprender las categorías exactas de los teóricos, sino el combate cotidiano junto al pueblo.

En ese sentido, los primeros capítulos de "La Razón de mi Vida" constituyen una lección magistral, en lenguaje sencillo, de las motivaciones para una lucha social que no se detenga en meras reivindicaciones o en conciliaciones hipócritas.

Así, con un bagaje elemental pero claro, y con una pasión y una coherencia sin fracturas, se consagra a combatir, a organizar, a impulsar y a sostener.

Cuando los grupos de la resistencia o las líneas más avanzadas del Movimiento apelan al nombre de Eva Perón para identificarse no se equivocan. Ella fue la primer peronista, si no en su profundidad teórica, seguramente sí en el valor de sus certidumbres y en la capacidad de dar la vida por ellas.

Pero donde es importante descubrir a Evita es en relación con Perón y con el Peronismo todo. Ella vivió, ella gestó en gran parte el 17 de octubre. Aprendió así como nació y cómo se hacía un pueblo, un Líder, una fe.

Aprendió también cómo la traición puede estar más cerca de lo que uno piensa, y en los mismos que parecen aliados.

Eva Perón supo desde el principio que el único modo de ser fiel a Perón y al pueblo radicaba en la participación combativa, en las iniciativas riesgosas y audaces. El 17 de octubre, ella y los que la acompañaron salvaron a Perón y al Peronismo, pero por-

que apostaron a la combatividad del pueblo, una combatividad que en ese momento parecía ilusoria e imposible.

Su fidelidad a Perón, que nadie pensaría cuestionar, no nacía sin embargo de una actitud pasiva o sometida. Fue fiel porque siempre interpretó las consignas del Líder en su sentido más combativo y más radical; fue fiel porque entre varias alternativas de participación eligió siempre la más comprometida, la más avanzada. Fue la encarnación misma de la lealtad peronista, porque siempre soñó un Peronismo sin componendas y porque nunca redujo a Perón a un rol de conciliador mediocre. Como todos los que aman, proyectó un sueño grande y exigente sobre lo que amaba, y no entendió a Perón y al pueblo peronista con la clave de una indulgencia cínica, sino con la clave de una exigencia tenaz, que pedía de ambos lo más agresivo y lo que más condujera a arrebatar al enemigo todo el poder, hasta aniquilarlo.

La Mística Peronista

Eva Perón pasará a la historia como la abanderada encendida del movimiento popular de su tiempo.

En esta mujer todo ha sido vivido extremadamente: el amor y el odio, la defensa y el ataque. No conocía términos medios. Sus enemigos le crearon una leyenda negra de persecuciones y ensañamientos. Sus admiradores un aura angelical de bondad y dedicación. Limando los excesos de ambas distorsiones, surge sin embargo claro que su propia vida era inclinada a los extremos. Y si esto es quizás un riesgo para los políticos, es sin lugar a dudas la característica de todos los militantes que en la historia han impulsado la revolución.

Por eso Evita encarna lo que bien se ha llamado: "la mística peronista" (1).

Tomemos sólo algunas frases, a título de ejemplo:

"El Estado todavía no tiene «alma», no tiene «mística». Y esto no se puede hacer sin amor".

"El amor no es —según la lección que yo aprendí—, ni sentimentalidad romántica, ni pretexto literario. El amor es darse, y darse es dar la propia vida. Mientras no se da la propia vida cualquier cosa que uno dé, es justicia. Cuando se empieza a dar la propia vida, entonces se está haciendo una obra de amor".

Desearía que cada peronista se grabase este concepto en lo más íntimo del alma; porque esto es fundamental para el Movimiento: Nada de la oligarquía puede ser bueno!".

"He hallado en mi corazón un sentimiento fundamental que domina desde allí, en forma total, mi espíritu y mi vida: ese sentimiento es mi indignación frente a la injusticia".

(1) NOTA: Nos inspiramos aquí en el artículo de Benjamín Villalba, N° 8 del C.E.D.I.P. (Centro de Estudios y Difusión Peronista).

"Muchas veces he deseado que mis insultos fuesen cachetadas o latigazos para que dándoles a muchos en plena cara les hicisen ver, aunque no fuese más que por un momento, lo que yo veo todos los días en mis audiencias de ayuda social".

3 — LA REVOLUCION IMPACIENTE

Todo empujaba a Evita para una radicalización permanente: su temperamento, su experiencia, la dureza con que la atacaba la reacción.

En contacto con las necesidades de los más pobres, que llegaban como un aluvión a su despacho de la Fundación, no despertaron en ella tanto la satisfacción por la tarea cumplida cuanto la indignación ante las causas de tantos dolores. Evita descubre la horrible verdad del Imperialismo, del Capitalismo y de la Oligarquía, no en los estudios eruditos, sino en las llagas tremendas de personas concretas, de niños y de mujeres sobre todo.

Comenzará a hablar obsesivamente de eliminar "una explotación de siglos"; y cuando defina la raíz de su combate, dirá con modestia e inteligencia que "no es tanto el amor por la justicia, cuanto la indignación ante la injusticia". Acusada de "resentida social" por el gorilaje, tendrá la audacia de aceptar y reivindicar este presunto insulto: "En lo que las obras son mías es en el sello de indignación ante la injusticia de un siglo amargo para los pobres... Dicen que soy una resentida social. Y tienen razón mis supercríticos. Soy una resentida social. Pero mi resentimiento no es el que ellos creen. Ellos creen que se llega al resentimiento únicamente por el camino del odio... Yo he llegado a ese mismo lugar por el camino del amor...' (La Razón de mi Vida, pág. 213).

Una mujer como ésta no podía descansar en las primeras victorias. Si es cierto que se empeña en la defensa y la apología de lo realizado por el justicialismo, le parece siempre poco. Sus discursos no son nunca un canto a la victoria y a la paz, sino una proclama de guerra. Evita vive la militancia y la política como una guerra, como un combate mortal, donde el pueblo no habrá triunfado mientras no esté liquidado todo lo que es antipueblo.

Perón mismo ha evocado más de una vez su figura y su palabra inquietante y extrema: "Como decía la señora Eva Perón, las luchas de clase no terminan sino con la desaparición de una clase...".

Y la inquietud que Evita suscitaba, y el sentimiento de que pasaba los límites de lo sensato, que era una "extremista", invadía no sólo a sus enemigos sino a los presuntos aliados dentro mismo del bando peronista.

Por eso, cuando las diferentes tendencias dentro del Peronismo comienzan a "cristalizarse", cuando los sectores burgueses y burocráticos pretenden monopolizar el Movimiento, el enfrentamiento es irremediable.

Las oposiciones no salen claramente a la superficie, porque el "espíritu de cuerpo", la necesidad de defenderse mutuamente, impide un estallido de las fracturas latentes.

Pero desde la burocracia y los sectores burgueses la resistencia a Eva Perón crece. Se le acepta su trabajo en la Fundación, su figuración pública, todo lo que contribuya a la propaganda del Movimiento. Pero se resiste su participación política, su ingerencia en la conducción y en la orientación fundamental del proceso.

Evita se siente literalmente "utilizada", como

siente utilizados a los obreros, a sus queridos "descamisados", los que ella sabe son la fuerza del Peronismo y los únicos que lo representan totalmente. Valga solamente un texto, en cuyas entre-líneas se perfila claramente el enfrentamiento: "Por eso, también algunas veces he cometido lo que para algunos quizá parezca una herejía, al indignarme, mientras recibía en mi despacho a muchos peronistas, especialmente a los descamisados, a los desposeídos contra aquellos peronistas que se han convencido de tener una personalidad que no tienen y que se creen superiores, cuando en realidad no somos nosotros quienes hemos de creernos superiores, sino que son los demás los que deben calificarnos. Ellos, suponiendo que son importantes y personajes indispensables, han olvidado a los peronistas "descamisados", al pueblo, al pueblo glorioso del 17 de octubre, que para salir a la calle no tuvo quien lo condujera, ni otro jefe que un coronel prisionero en Martín García. Por eso yo siempre he defendido y seguiré defendiendo a los humildes, porque fueron ellos los que defendieron. Fue el pueblo el que se dio cita, sin que nadie se lo hubiese indicado". "Por eso, cuando llegamos a una alta posición, por más alto que estemos, nuestro corazón nunca debe dejar de estar con el pueblo, y siempre hemos de sentirnos humildes".

"Esto es muy importante para los peronistas. Yo he sufrido una gran desilusión cuando he visto a hombres que siendo de la primera hora se han sentido personajes y se han olvidado del pueblo".

"Yo no llamo acordarse del pueblo a los que se acuerdan de él para utilizarlo políticamente, sino a los que quieren sinceramente a ese Pueblo".

"Yo, por ser una mujer del pueblo, creo tener una cierta intuición popular y sé quienes quieren honrada y lealmente a los descamisados y quienes pretenden utilizarlos políticamente". (Eva Perón, Historia del Peronismo", pág. 139/40).

El arma para "frenar" a Evita no es fácil de encontrar. En este proceso difícil y riesgoso, las oposiciones no pueden ser totalmente manifiestas. Se recurre al "bloqueo" interno de sus iniciativas, y externamente se infla el aparato de los elogios sin mesura, intentando ahogar en una nube de incienso sus inquietudes, sus críticas, sus impacencias.

Pero ella no se deja engañar. "He dicho siempre que antes de ser una realidad, prefiero ser la esperanza de la revolución. Porque así seré la eterna vigía de la revolución. Y eterna vigía de la revolución es el título que aspiro a tener. Y para tenerlo, hay que ganarlo".

Los últimos meses de Evita acentúan este proceso y este enfrentamiento sordo. Acechada por la muerte, oscuramente consciente de su destino trágico, esta mujer que era aún casi una muchacha, se crispa en su resolución y en su violencia. Sus últimos discursos son cada vez más intensos, y allí fustiga como nunca a los enemigos, a la oligarquía, al imperialismo. Y también deja entrever los conflictos internos, las oposiciones veladas pero tenaces. Es la época en que el grito: "el Peronismo será revolucionario o no será nada", se repite en sus labios y sostiene su pensamiento.

No podemos saber aún con certidumbre el papel

que jugó la burocracia en la gestación de aquel paso doloroso que se conoce como "el renunciamento". Por cierto, no fue sólo la enfermedad de Evita lo que decidió aquella resignación. Y en el discurso de despedida, ahogada por mil presentimientos funestos, ha dejado un testamento de confianza en Perón y en el Peronismo; pero también un llamado ansioso a no traicionar a los descamisados, a "ser fieles a la clase trabajadora".

Toda revolución está siempre trabajada por intereses discordes; no existe en la historia concreta la revolución "monolítica" y perfecta. Ya hemos hecho más arriba el análisis de esta situación en el Peronismo. Toda revolución está además compartida por los políticos, los impacientes y los burócratas. Los "políticos", en el sentido noble de la palabra, son aquellos que tienen el sentido y la inteligencia de cómo se debe llevar un proceso con realismo y método. Los impacientes, a cuya "raza" pertenecía Evita, son el motor de la revolución, los que no se resignan a las claudicaciones, los que vuelven a las posturas radicales y a los objetivos puros cada vez que se enturbia la nobleza de "la causa". Los burócratas, en fin, son los que valiéndose de un presunto "realismo", declamando elogios a lo ya conquistado, condenando los "excesos" de los impacientes, quieren reducir la revolución a lo ya hecho, porque son los nuevos instalados, los que ahora tienen el usufructo del poder, los que no quieren arriesgar ni perder la seguridad de que disponen.

En el Peronismo, si Perón ha sido el político genial, el Conductor inspirado que ha sabido llevar el proceso con tacto y astucia, Evita ha sido líder del sector "impaciente", empeñada en rescatar al Movimiento de sus riesgos burocráticos.

Y por eso, aunque haya muerto, su consideración es imprescindible para entender y valorar al Peronismo. Porque en definitiva su "línea" representa una manera de entender y sentir el Peronismo, una actitud radical y combativa que no ha muerto con ella. Representa además una manera de vivir la lealtad a Perón y al Peronismo, que no consiste en la adulación o el servilismo pasivo, sino en la fidelidad a las primeras motivaciones y la sana impaciencia revolucionaria. Un modo agresivo de asumir la militancia, y una manera insobornable de encauzar la lucha del proletariado.

4. ¡Si EVITA VIVIERA!...

La muerte de Eva Perón marca una etapa en la lucha popular argentina. El pueblo, en sus sectores más desposeídos como en los grupos más combativos sintió su desaparición como una pérdida irreparable.

Con ella desaparecía no sólo una militante enérgica y temida, sino el reaseguro más valioso que había tenido la revolución peronista hasta ese momento.

El largo mes de su velatorio puso al rojo vivo las pasiones que en torno a Evita se habían suscitado.

La reacción lo interpretó como un gesto escandaloso, "impúdico"; como una muestra más de demagogia. (¡Demagogia las colas interminables de gente humilde, que espontáneamente soportaba 30 horas de plantón para ver por última vez el rostro de la compañera admirada!).

La burocracia, en sus sectores más claudicantes

al menos, quemó abundante incienso, desató una farfarría estruendosa, y se alegró secretamente de su desaparición. El rostro ya ambiguo del Peronismo se manifestaba así, y la despedía con una especie de trágico sarcasmo.

El pueblo, en fin, que la amaba de verdad, comprendió que algo irremplazable se perdía. El testimonio impresionante de los días y las filas interminables, de las lágrimas sinceras, de la muchedumbre apretada en su congoja, son una prueba irrefutable. Se puede llevar por la fuerza a una delegación escolar; no se lleva a un pueblo entero.

Una mujer, sólo una mujer había muerto. Pero sin ninguna duda, la mujer más importante y de mayor gravitación en la historia argentina. La que aparte de su destino particular significaba la inauguración de una presencia nueva de la mujer en nuestra historia; la aparición de "la compañera" que comparte de igual a igual el destino y las luchas por transformarlo.

Sin lugar a dudas, y a pesar de sus defectos, Eva Perón constituía el esbozo y la prefiguración concreta de una "nueva mujer". Por eso escandalizó a los burgueses y entusiasmó a la gente del pueblo.

Su vida no se sustrajo quizás a las pequeñas miserias, a los pequeños enconos que la lucha suscita. Pero supo vivir la gran moral, la fidelidad a los grandes valores que dan sentido y nobleza a la vida: la justicia, la dignidad de todos, el servicio real y comprometido con los más marginados.

Algunos biógrafos han subrayado cómo sus rasgos, y sus gestos, y su voz se fueron endureciendo con el tiempo, tomando un matiz y una acentuación casi "viril". Digamos mejor que la lucha la "marcó" que hasta su belleza pagó el tributo de la actividad y la tensión con que vivía, que en ella se prefiguraban también los rasgos de una nueva mujer: la que no se cultiva como una flor hogareña, sino como una camarada expuesta cotidianamente al sol y al viento de la lucha política.

Su propia belleza, su propio cuerpo habrían de pagar más tarde la "culpa" de ser Eva Perón. Una belleza y un cuerpo respetados por la muerte, no serían respetados por sus enemigos. Como se sabe, el cadáver de Evita ha sido brutalmente profanado. ¿Qué oscuro atavismo, qué raíces del odio habrán nutrido la sangre y sostenido las manos del que tajeó un cuerpo sin vida y sin defensa? Ciertamente, el odio y el amor la han seguido más allá de la tumba, como un meridiano que dividiera las pasiones argentinas.

Si Evita viviera... ¡Sería Montonera! Hoy la muchachada, la juventud ardorosa y los grupos obreros combativos, levantan esa bandera. Para el hoy de la Argentina no dudan que la compañera ausente estaría en la primer avanzada, en el sitio más riesgoso del combate.

Y eso constituye hoy el "significado" de Evita. Más que un recuerdo nostálgico, un sentimiento y una actitud dentro del Peronismo. El sentimiento de que la lucha debe radicalizarse y debe darse al servicio de la clase trabajadora. La actitud de una lealtad que no se cifra en la aceptación pasiva de cualquier consigna, sino en la búsqueda de la trinchera más exigente y más metida en el corazón del enemigo.

EL MANZANAZO DE SANTA FE

Desde hace varios meses recurrimos a los paros para exigir a la Municipalidad que nos pagaran los haberes en término. Llega mayo y siempre el mismo cuento: no hay fondos para pagar los sueldos.

En mayo exigimos además que se nos pagara la retroactividad desde enero de los dos aumentos del 15 %, y el aumento que un mes atrás habíamos conquistado, que nos equiparaba con el sueldo de los municipales de Rosario. Nos ofrecieron en cambio pagarnos la retroactividad en cuotas mensuales.

Otros motivos que determinaron el conflicto fueron: lo adeudado por el Departamento Ejecutivo Municipal de las retenciones de los haberes del personal a las siguientes instituciones: sanatorios, cajas de jubilaciones, caja de ahorro, servicios fúnebres, comercio, con los consiguientes perjuicios para los trabajadores municipales.

Era ya inquietud general, principalmente en los sectores de obreros municipales, la realización de un paro por tiempo indeterminado. Los dirigentes sindicales se encuentran con la necesidad de "endurecer" posiciones ante la creciente presión de las bases, temen perder el caudillismo del que siempre se valieron hábilmente para manejar el gremio.

En la primera asamblea no les quedó otra alternativa que decretar un paro por tiempo indeterminado como estaba en el ánimo de todos los compañeros. Incluso la comisión directiva, lo que no es de extrañar, anuncia el paro en forma tal de hacerlo aparecer como decisión de ellos, "siempre atentos a los intereses de la clase trabajadora".

Así fue como el oportunismo característico de las burocracias sindicales estuvo presente desde el comienzo hasta el final de la lucha. Siempre poniéndose en "duros" para no ser rebasados y lograr poner frenos y controlar la combatividad de las bases, tratando de evitar que los trabajadores superemos los cauces legales del régimen.

Los métodos a los que apelaban nuestros "combativos" dirigentes para no perder el tren, iban desde los discursos incendiarios hasta maniobras tendientes a controlar las asambleas, con cumplimiento estricto del horario unas veces y dando rápido trámite a la sesión, impidiendo que participaran los compañeros que llegaban retrasados. Otras veces comenzando las asambleas con retraso de hasta tres horas, provocando cansancio y desgaste entre los trabajadores presentes. Los GRUPOS DE BASE PERONISTAS, trabajando desde las bases, tratamos de contrarrestar la acción frenadora y oportunista de la burocracia sindical. De esta manera se logró que en tres oportunidades el gremio saliera a la calle. Como era de esperar, el oportunismo de los burócratas no tardó en aparecer. Cuando la presión de las bases era tal que superaba los intentos frenadores de los burócratas, éstos, siempre listos, se adelantaban incitando a salir a la calle.

Cuando el gobierno se convence de la firme decisión del gremio de seguir en la lucha y de su cohesión, apela a la intervención de la Municipalidad nombrando en lugar del intendente al subjefe de policía, co-

ronel Sgabuzzi. Este adopta posiciones inflexibles e intima continuamente al personal municipal a retornar a sus lugares de trabajo, y además decide anular la ordenanza que estableció el aumento de 7.000 pesos, conquistado durante el paro anterior.

Esto no hizo más que reforzar la decisión de lucha de los trabajadores municipales.

Queremos también dejar aclarada la actitud de la CGT durante el conflicto. Habiendo pasado casi dos meses sin que las familias de tres mil obreros y empleados cobraran sus sueldos, la situación iba haciéndose cada vez más crítica: el hambre se hacía sentir en los hogares obreros, a la vez que las intimaciones se hacían cada vez más categóricas. A todo esto, la CGT expresaba su "solidaridad" con los trabajadores con comunicados en los diarios, y su solidaridad con las autoridades concurriendo a los despachos del régimen para negociar la lucha que libraba la clase trabajadora.

En la tercera semana de huelga comienzan a producirse hechos decisivos en los sectores obreros, desde donde trabajan incansablemente los GRUPOS DE BASE PERONISTA, actuando siempre con independencia de las directivas y negociaciones de la burocracia sindical y "combativa". Se organizan ollas populares en diez barrios de Santa Fe que, además de cubrir la necesidad inmediata de alimentación, servían como centro de reunión, desde donde se discutía y analizaba políticamente la marcha del conflicto, y se iban dando formas organizativas que garantizaran la continuidad de la lucha por sobre la permanente amenaza de alguna hábil maniobra negociadora de la burocracia sindical.

Los gremios "combativos" publicaron comunicados de solidaridad en los diarios y aportaron elementos para las ollas populares, pero al mismo tiempo demostraron su incapacidad para apoyar con sus bases gremiales la lucha de sus hermanos de clase. En los hechos las bases peronistas desbordaron también a la superestructura "combativa", que se limitó a la solidaridad.

Los estudiantes apoyaron la lucha. Es importante destacar la solidaridad activa de las agrupaciones universitarias peronistas, que estuvieron apoyando todas las luchas, y también los aportes de algunos sindicatos y sectores populares. Pero en los barrios, los estudiantes se encontraron con trabajadores peronistas que eran verdaderos militantes de base y no "combativos", que les plantearon en muchas oportunidades la necesidad de una opción independiente y la inutilidad de los encuentros de dirigentes.

Otro hecho significativo, producto del trabajo político desde la base de los GRUPOS DE BASE PERONISTAS fue la marcha de las mujeres y niños de los barrios obreros que intentaron llegar al local del sindicato, siendo violentamente reprimidos, el martes 27 de junio. Además, desde la tercera semana de huelga se incorporan los empleados jerárquicos, que hasta ese momento iban a trabajar. Esta medida paralizó totalmente a la Municipalidad.

La burocracia cegetista, ante la evidencia, de que

los obreros municipales no aceptaría negociaciones desfavorables, y observando además que las bases se daban métodos propios de lucha y estaban dispuestas a seguir hasta el final, decide por fin "decretar" un paro activo el 30 de junio. Agregan que además de hacerlo en apoyo de los compañeros municipales lo hacían en memoria de Augusto Vandor al cumplirse el aniversario de su ejecución, hecho que es totalmente repudiado desde las bases trabajadoras municipales como un acto sucio y oportunista para recordar a un traidor de la clase obrera y el pueblo peronista.

El 30 a las diez de la mañana comienzan a producirse violentos enfrentamientos entre obreros y grupos de estudiantes con las fuerzas de represión. Cabe destacar el efectivo apoyo de la población y el papel protagónico asumido por la clase trabajadora en la lucha contra la represión gorila.

La lucha se va trasladando a los barrios, desde donde continuamos organizando la defensa, resistiendo a la policía y al ejército, que también se hace cargo de la represión violenta demostrando abiertamente

su condición de fuerza armada de ocupación.

Al atardecer, en los barrios, con barricadas se logra detener dos trenes, a uno de los cuales se le vacía un vagón cargado con manzanas. Los cajones fueron usados como barricadas para cortar la avenida de circunvalación, y las manzanas como proyectiles para enfrentar al ejército y a la policía. En ese momento el ejército asume directamente el manejo de la represión y la ocupación de los barrios, rodeados por zanjales para impedir que pasaran los vehículos militares. A las ametralladoras de la fuerza de ocupación le respondimos con piedras y manzanas, durante todo un día y una noche.

Avanzada la noche no faltó mucho para que las fuerzas populares ocuparan la comisaría del barrio Santa Rosa. Los vecinos rodearon la comisaría ante el terror de los vigilantes. El frente de la comisaría aún muestra los impactos de bala provenientes de las fuerzas populares, y las casas de la vecindad los recuerdos de las balas disparadas por los policías mercenarios.

VOLANTE PREVIO A LA INICIACION DE LA HUELGA:

"NO DEBEMOS BAJAR LA GUARDIA"

(JUAN D. PERON)

COMPAÑEROS:

Si no nos pagan en término los sueldos miserables que tenemos, ¿qué será cuando tengan que pagarnos con el aumento?

Nuevamente llegamos a los compañeros municipales para seguir arrojando nuestro aporte a la lucha que estamos librando, que no es aislada sino parte de la lucha en la que todo el pueblo está empeñado cada vez con más fuerza contra los explotadores de adentro y de afuera (oligarquía nativa e imperialismo yanqui). Es decir, compañeros, que hay una causa de fondo que nos hace víctimas de todas las injusticias que estamos padeciendo.

Hay una minoría privilegiada, dueña de todas nuestras riquezas. Forma una clase con intereses totalmente contrarios a los del pueblo trabajador. Es la clase explotadora, que va concentrando cada vez más riquezas a costa de la cada vez más pobre clase trabajadora.

Nosotros consideramos, como lo ha dicho nuestro Líder, que "en una sociedad no deben existir ni explotadores ni explotados" y que "debe existir una sola clase, la clase trabajadora" (J. D. Perón).

Con 17 años de experiencia en luchas constantes por la reconquista del Poder Popular perdido en 1955, estamos firmemente convencidos que sólo conseguiremos nuestro objetivo: **TOMAR EL PODER PARA EL PUEBLO, mediante la organización propia de los trabajadores, independientemente de las burocracias sindicales (Rucci, Lorenzo Miguel, Coria, Penissi, etc.) y de los partidos politiqueros, todos los cuales sabemos muy bien, siempre han estado ligados, directa o indirectamente, a los intereses antipopulares de la clase explotadora.**

Este y no otro es el motivo que nos llevó a agruparnos en A.P.O.E.M. No para provocar bochinche

por puro gusto sino para hacer respetar nuestros verdaderos intereses como clase trabajadora. Para ir contribuyendo poco a poco a la Organización de los Trabajadores Municipales y seguir arrancando a la patronal, como valientemente lo hemos venido haciendo todos, justas conquistas como significaron para los jornalizados los goces salariales en lo que a escolaridad y familia numerosa se refiere.

Tranquilos y de brazos cruzados nunca podemos esperar que se haga justicia para el Pueblo bajo una dictadura antipopular, verdaderos responsables de la **VIOLENCIA QUE PADECE EL PUEBLO: ELEVADO COSTO DE LA VIDA, BAJOS SALARIOS, DESOCUPACION, HAMBRE, MORTALIDAD INFANTIL POR DESNUTRICION, ENFERMEDADES CURABLES, FALTA DE ATENCION MEDICA, REMEDIOS CAROS, PRESOS POR LUCHAR POR MAS JUSTICIA, SALVAJES TORTURAS, GRUPOS PARAPOLICIALES, etc. ESTA ES LA VERDADERA VIOLENCIA.** Son verdaderos atentados contra nuestra dignidad humana.

Nos proponen soluciones creyendo que nos vamos a "tragar la pildora"; como el caso de las elecciones, que por experiencia sabemos que las van a manejar ellos, porque evidentemente no son ningunos giles. Nosotros confiamos sólo en la fuerza que siempre tuvimos los trabajadores, pero para que esa fuerza sea eficaz es necesario **ORGANIZARSE.** Como dice nuestro Líder: **"SOLO UNIDOS Y ORGANIZADOS VENCEREMOS".**

Finalmente felicitamos a todos los trabajadores municipales por el alto espíritu de lucha y disciplina demostrados en pos de la defensa de nuestros justos reclamos.

SOLO LA CLASE TRABAJADORA ORGANIZADA SALVARA A LOS TRABAJADORES.

¡ADELANTE COMPAÑEROS! CUESTE LO QUE CUESTE, LA VICTORIA SERA NUESTRA. AGRUPACION PERONISTA DE OBREROS Y EMPLEADOS MUNICIPALES.

A.P.O.E.M. / A.P.O.E.M. / A.P.O.E.M. / A.P.O.E.M.

Las barricadas se repetían constantemente, y obligamos a retirarse a la policía y al ejército gorila, que entonces comenzó a balearnos desde el terraplén del ferrocarril.

Los disparos de los fusiles ametralladoras del ejército continuaron escuchándose hasta la madrugada, y el grito peronista de la clase obrera y el pueblo estuvo presente en toda la lucha dándole una vez más identidad política a las luchas de los explotados de nuestra patria.

Aquí fue donde realmente la clase obrera municipal se fue dando su propia organización y su propia dirección en la lucha, independientemente de la burocracia sindical y del oportunismo "solidario" de la burocracia política.

Mientras la clase obrera y el pueblo peronista peleaba contra el EJERCITO GORILA (verdadero partido político-militar de las clases dominantes), la burocracia buscaba "soluciones" transando en las oficinas del gobierno gorila, y queriendo hacer buena letra intentaba frenar a la clase trabajadora para entregar sus luchas y no perder los privilegios de burócratas del sistema.

Pero los trabajadores peronistas desde nuestras mismas bases, desde nuestros lugares de trabajo, desde nuestros barrios hemos optado, fieles a Perón, emprendiendo el único camino que nos permitirá alcanzar nuestra justicia, construyendo el PODER POPULAR que nos dé una patria justa, libre y soberana, la patria socialista sin explotadores ni explotados.

testimonios de los compañeros

Relato de un compañero de cómo se inició el conflicto:

Nosotros, como municipales, pedimos un aumento y se nos da una equiparación a la de la Municipalidad de Rosario; se decreta una ley, la N° 6530, y se nos da siete mil pesos para tener la equiparación a la de Rosario: se nos da un 15 % a partir de enero y un 15 % a partir de mayo. Eso nos dieron de palabra, porque de hecho hasta el día antes del paro no habíamos cobrado nada. Con todas estas medidas de fuerza renuncia Puccio, el intendente que nos había dado la equiparación, e interviene la Municipalidad; en el momento en que la gente lucha por un aumento, estos señores nos querían sacar los siete mil pesos. El gremio se hizo fuerte gracias a las distintas agrupaciones que apoyaban el paro de los municipales —programada para el 30 de junio— y que hasta en ese momento nunca estuvo tan apoyado como en esa huelga, porque además de las agrupaciones políticas, clubes, sindicatos y todo el pueblo estaba en favor de los municipales. Así fue como se tomaron medidas de fuerza; había que hacer algo dentro de los barrios, y se armaron las ollas populares con la colaboración

de todo el vecindario; esto se había planteado dentro de los sindicatos pero dijeron que no podían o no quisieron; no sé los problemas que tenían ellos...

De este modo comenzamos a actuar en los distintos barrios: se fue mangueando casa por casa ya sea una papa, una cebolla, todo lo que podían aportar, o sea que una tarde antes ya teníamos la olla preparada para iniciarla al otro día. Lo que hay que recalcar es la colaboración espontánea que hubo en los barrios; al comenzar tuvo repercusión más allá de los barrios, que fueron Santa Rosa, Villa del Parque; otra en Barranquitas, en Yapeyú, Estanislao López, 12 de Octubre, Alto Verde y en Villa Hipódromo. Quiero que quede bien claro que esto no lo hizo el sindicato en apoyo de los obreros municipales; esto lo organizó una agrupación que formamos dentro del sindicato —APOEM Agrupación Peronista de Obreros y Empleados Municipales— con el apoyo del pueblo, no del sindicato; además supimos que recibieron donaciones para las ollas populares y que llegó la centésima parte de lo que habían recibido ellos. Hay denuncias bien concretas: el club Atlético Colón donó 100.000 mangos, los obreros de la Fiat 250.000, el Colegio de Bioquímicos 30.000; tenían pan de todas las panaderías, fideos, una usina láctea les daba leche, un frigorífico les daba hasta carne y hasta acá llegaban las ollas populares; eso sí con leche, algo de pan, un poco de fideos y no todo lo que debería traer y huesos porque allá se comían regios asados y los 380.000 pesos que nosotros conocemos no aparecieron en ninguna olla popular; es decir, el sindicato lejos de apoyar a las ollas populares que organizaba la agrupación peronista, todo lo contrario, la boicoteaba y se quedó con toda la guita que el pueblo le daba para el funcionamiento de esas ollas, que era la única forma de mantener a las familias municipales.

Un compañero explica el proceso de la huelga:

Se decreta el paro por tiempo indeterminado; nosotros vimos que era muy desorganizado, pero mediante el empuje de los compañeros de la agrupación llevamos las cosas adelante; tanto es así que salió la marcha hacia la Municipalidad que fue así como tirada de los pelos, ya que el sindicato no estaba nada de acuerdo. Se fue a la Municipalidad en una marcha pacífica, se volvió al sindicato y se pasó a cuarto intermedio: y eso duró durante dos semanas. Mientras tanto, la CGT no intervenía y sabíamos nosotros que dentro de la CGT había sindicatos que buscaban el paro y se aprestaban a tomar medidas de fuerza, tales como los de Madera, Luz y Fuerza, Telefónicos; pero nosotros sabemos desgraciadamente lo que es la CGT, los burócratas: hubo una reunión de secretarios de la CGT y pedimos que se hiciera una marcha a lo cual se negó y nosotros no tenemos la fuerza de mover a los compañeros; pero como se había enterado de la marcha se trasladaron a la UOM. Pasó una semana, se volvieron a reunir, y nosotros volvimos a sacar una marcha, pero siempre así tirada de los pelos porque ellos no querían saber nada... Y vamos a la UOM, donde estaba reunido el secretario de la CGT; salieron dos o tres grandes dirigentes, hablaron un cachito, fueron a la Casa de Gobierno, enfriaron la cosa y llegaron como a la una de la noche, con la cana enfrente; volvieron y de vuelta en cuarto intermedio en el sindicato; ¿te imaginás?, los municipales sin comer; sin plata para el colectivo, todos los días

de acá para allá... Y llega el 30 de junio, día que decretan el paro; nosotros sabíamos que el paro debía largarse mucho antes, pero esperaban el tercer aniversario de la muerte de Vandor, cosa que estábamos en desacuerdo, porque sabemos lo que fue Vandor y no podemos rendirle un homenaje; se salió a la calle, fuimos muchos compañeros municipales a ASOEM y compañeros que apoyaban la lucha de los municipales de los barrios se integraban en la lucha en la calle; volvió cada cual a su barrio; después de un arreglo que nos iban a dejar salir pacíficamente, y después de ahí se da lo que tomó el nombre de MANZANAZO; cuando volvimos al barrio la cosa estaba que ardía.

Este es el proceso más o menos que se llevó; ahora lo que nos quedó un poco fue la valentía de las mujeres de la agrupación Peronista de Obreros y Empleados Municipales: el 28 de junio, las mujeres salieron a la calle formando una marcha de silencio que estaba integrada solamente por mujeres y niños, pues nosotros no quisimos que fuera ningún compañero para que no repriman, pero sucedió todo lo contrario; fue increíble como atropellaban con jeeps, echaban gases y atropellaban a los chicos.

Relato de una compañera que estuvo en la marcha:

"Primero se hizo una reunión de mujeres a nivel de barrio. Se decidió, salir en manifestación de silencio a la Municipalidad, o en ASOEM, se reunió la gente en cada barrio y se iba a reunir más gente en el parque Garay; cuando íbamos a llegar al parque, había jeeps de la policía y nos aconsejaban que nos disgregáramos, que no siguiéramos porque no había autorización para salir a la calle; entonces dijimos que no, que éramos un grupo que íbamos en silencio, que no íbamos a gritar, lo que queríamos era llegar a la Municipalidad en apoyo a los padres y esposos de cada uno, la policía insistió en que no se podía seguir y nos repartimos en grupos más o menos grandes para seguir adelante. Cuando salimos del parque, nos volvieron a hablar y nos advirtieron que iban a tratar de reprimir por la fuerza por medio de gases y que pensáramos en los chicos que llevábamos y en los esposos que habían quedado en la casa, que eso no nos iba a ayudar; una de las mujeres se puso fuerte y dijo que no, que de esa forma trataba de ayudar a su esposo, que también pensaba en su hijo y esposo, entonces iba a tratar de llegar a la Municipalidad. A partir de ese momento la policía comenzó a reprimir con gases, tirando los jeeps contra la gente, se tiró abajo chicos, se tiró gases vomitivos, con las consecuencias que descomponían a los chicos; eso sí, la gente de las casas colaboraba abriendo sus casas para que puedan ser atendidas las personas descompuestas; se llegó al sindicato donde se reagruparon y se leyó un comunicado junto con los obreros que se encontraban dentro".

Lo que quiero recalcar es que las mujeres que fueron eran las compañeras de APOEM, gente de barrio; entre esas mujeres no había ninguna que fuera la esposa de ningún dirigente sindical, que quede bien claro; porque ellos hablaron de lucha, caiga quien caiga, cueste lo que cueste, pero la mujer de Goitia, de Doldan de Damiani, tipos que uno los escuchaba hablar y se llevan el mundo por delante, no había ninguna; tampoco fueron a hacer ninguna barricada.

Un compañero relata la lucha dentro de los barrios:

La muchachada se plegó totalmente a nuestras luchas al ver las injusticias que se cometían; era atroz la forma en que tiraban las bombas de gases dentro incluso de nuestros humildes ranchos; nosotros conocemos a una persona aquí frente a la vecinal que sufre de asma y esos gases le provocaron un ataque que la afectó por mucho tiempo; además tiraban también las bombas dentro de las ollas, las cuales estaban llenas de leche y rodeadas de pibes, y eso provoca la reacción y el furor de todos los vecinos, que no podíamos permitir que nos traten de esa manera, repudiable desde todo punto de vista. Más tarde comenzamos a parar los trenes mediante la construcción de barricadas; fue de esta manera como detuvimos un tren, desenganchamos los vagones y al ver que uno de ellos tenía manzanas fuimos y sacamos todas las manzanas para repartirlas entre los vecinos y las que sobraron las utilizamos como proyectiles, de ahí viene el nombre de "Manzanazo".

Un compañero muy enfáticamente puntualizó:

La verdad que el barrio se comportó muy bien, porque de acuerdo a la experiencia y a los tratos que hemos pasado en esta lucha yo ya tengo una experiencia más, tal vez la experiencia más grande de toda mi vida, pero he visto, reconozco y sé que por hoy la juventud es patria, porque nosotros los viejos luchadores hemos sembrado la semilla nada más, y me he puesto muy contento, pero muy contento porque he visto pelear a pibes de 13 y 14 años que se quedaban peleando junto a los padres hasta la 1 ó 2 de la mañana a la par nuestra, lo que quiere decir que ahí va la semilla y luchan por el bien y no por la maldad como hace esta gente, porque si a nosotros nos querían pegar, nos querían garrotear, nos querían destruir por pedir solamente lo que es nuestro, ¿qué ejemplo le damos a nuestros hijos?; no, hijo, no te dejes doblegar porque les estamos pidiendo lo nuestro; a mí una persona me dijo ¿por qué mandás a tu hijo, y si le pegan un tiro?; le digo, si le pegan un tiro, en buena hora, es una medalla que la doy a la patria; sí señores, soy padre de cuatro hijos, y si me hubieran matado a tres o cuatro de los hijos que tengo, hubiera estado contento aunque los hubiera estado llorando, por que eso es patria, y no cobardía porque a mí me gusta y me enorgullece la semilla que vamos sembrando, porque nosotros ya nos vamos quedando, pero es lindo mirar con el bastón a los hijos que van caminando.

Compañero, ¿cómo piensa Ud. que el "Manzanazo" aportará y enriquecerá políticamente al pueblo Santafecino?

El pueblo Santafecino a partir de este hecho concreto que significó las luchas que hemos protagonizado el 30 de junio, demostró al país que la única forma de llevar adelante al movimiento peronista es encarar la lucha desde las propias bases manteniéndose al margen de toda ala sindical, que ya han dado amplias muestras de mantenerse en contra de los derechos de la clase trabajadora. El pueblo todo ha adquirido una experiencia valiosísima que deberemos profundizarla, desarrollarla y organizarla, y a partir de aquí construir el ejército popular único reaseguro para el retorno del general Perón y el establecimiento del pueblo en el poder.

Teatro Militante

PROSTITUCION

El problema en esta villa era la prostitución, entre otros muchos. Considerando que era un tema difícil de tratar, buscaremos su interpretación política así:

ESCENA I

La escena transcurre en la Comisaría, entre un principal Pérez y un cabo.

Pérez — Vení pa'cá... Cabo Babioca.

Cabo — (Viene militarmente.) A la orden, mi principal Pérez.

Pérez — Decime una cosa. ¿vos hiciste la recorrida por la villa?

Cabo — Sí, mi principal Pérez.

Pérez — ¿Y...?

Cabo — ¿Y qué, mi principal Pérez?

Pérez — ¿Cómo y qué? ¿Recogiste la cosecha?

Cabo — ¿Ehh?... eso lo hice de chico cuando estaba en el campo, mi Principal Pérez.

Pérez — ¡No te hagas el tonto!... Yo me refiero a la cosecha que te dan las chicas que trabajan en el quilombo de la Gallega.

Cabo — ¡Ahh!...

Pérez — Ahh, ¿qué?

Cabo — Ahh sí, mi Principal Pérez.

Pérez — Dame.

Cabo — (Le da dinero.) Ejem... Mi principal Pérez.

Pérez — (Cuenta el dinero.) ¿Qué querés?...

Cabo — Ejem...

Pérez — ¿Cómo? ¡Aquí hay menos!...

Cabo — Ahh... Sí, mi principal Pérez.

Pérez — ¡¡¡SI QUE???

Cabo — Es la Rosita, mi principal Pérez.

Pérez — ¿Qué quiere esa...?

Cabo — No pudo pagar... no le alcanza, mi principal Pérez... Además se quejan todas porque dicen que el aporte es muy caro... mi principal Pérez.

Pérez — ¡APORTE CARO!... ¿Qué más quieren?... Las dejo trabajar ¿no? No nos metemos en sus vidas personales... ¿QUE MAS QUIEREN?... Aporte caro... (pasa.) ¿Rosita dijiste?

Cabo — Sí, mi principal Pérez.

Pérez — Bueno. Entonces vas a llevar este mensaje: Yo quiero que me pague esa Rosita lo que me debe; si no, la meto dentro del calabozo... todo esto se lo decís a la Gallega. ¿Entendiste?

Cabo — Sí, mi principal Pérez.

Pérez — A ver, ¿qué le vas a decir?

Cabo — (Memorizando.) Ehh... No sé, mi principal Pérez.

Pérez — Entonces... ¿no entendiste?

Cabo — No, mi principal Pérez.

Pérez — (Lo mira.) Le decís a la Gallega que si Rosita no me paga el aporte no sólo que no la dejo trabajar, sino que la meto presa, como que me llamo Pérez; a mí nadie se me hace el tráfuga. ¿Entendiste?

Cabo — Sí, mi principal Pérez.

Pérez — ¿Qué le vas a decir?

Cabo — (Memoriza.) Ehh... Que si la Gallega no paga yo me hago... y le doy un calabozo a Pérez para que no trabaje Rosita, como que me llamo Transfuga.

Pérez — ¡NO, NO, NO, NO!...

Cabo — No, mi principal Pérez...

Pérez — ¡SOS UN INFELIZ! (Se dispone a hacer una nota.)

Cabo — Lo que ordene, mi principal...

Pérez — (Escribe.) ACABALA... (pasa.) Tómala, entregale esta nota a la Gallega. Y no me digas más, por favor, mi principal Pérez...

Cabo — Sí, mi principal Pérez.

Pérez — (Enloquecido.) ¡ANDATE!...

Cabo — Sí, mi principal Pérez... Sí, mi principal Pérez... Sí, mi principal Pérez...

ESCENA II

La escena transcurre en la Villa entre una prostituta (Rosita) y un villero.

Rosita — (En actitud de levante.) Adios...

Villero — (Pasa de largo y reacciona.) ¡Que a mí me decís "Adios"... Yo no soy un punto; yo soy de la villa... Che, avisá...

Rosita — ¿Y donde vivís, encanto?...

Villero — Ehh... No, deja de tratarme así... como... ¡Bah!, como tratás a... Yo soy un trabajador, tengo hijos y mujer... a mí no... (la mira sensualmente.)

Rosita — ¿Qué mirás?

Villero — (Vuelve en sí.) Nada. ¿No se puede mirar acaso?

Rosita — Mirar, todo lo que quieras... Tocar tiene un precio módico... Usar... un precio módico también.

Villero — Mejor sería que no quemaran la villa... ¿No viste el desastre que hicieron el otro día con el calentador?

Rosita — Fue otra, pero se le cayó sin querer y después se desparramó y se quemó todo.

Villero — Sí, ya sé... ¡Si lo sabré yo!... Se me quemó media casilla.

Rosita — ¿Y qué querés que haga?

Villero — Mejor sería que dejaras el oficio.

Rosita — ¡Dejar el oficio!... Vos sos loco o te desayunaste con gofio...

Villero — No; no soy loco. Lo que pasa es que no sé qué me da verte de loca a vos... Te lo digo en serio, es una lástima que andés haciendo eso...

Rosita — ¡Es una lástima que cuando era fabriquera me dejaron en la calle. Y me dejaron con un hijo y un marido que me pegaba... Yo no puedo dejar de hacer esto porque tengo un hijo que mantener... Y ni vos ni nadie hacen nada por esto...

Villero — Menos hacen el principal Pérez y la policía...

Rosita — ¡No me hablés de ese hijo de...!

Villero — ¿Ves?, ¡ése es nuestro enemigo!... A vos no te deja vivir y a nosotros tampoco... El es el que viene a nuestras casas a sacarnos a patadas con sus razias.

Rosita — El nos cobra el aporte... y no se lo podemos pagar, yo no le pude pagar... y seguro que la Gallega me raja (pausa).

Villero — (Piensa.) Para vos Pérez es lo mismo que para nosotros, y por lo que contás... La Gallega, dentro de poco va a ser lo mismo para vos, que lo que es para nosotros...

Rosita — (Interesada.) ¿Qué?...

Villero — La que me quemó la mitad de mi casilla.

Rosita — Sí, pero ella es distinto para mí.

Villero — Ella te saca parte de lo que vos ganás porque es la dueña del quilombo, ¿no es así?

Rosita — Y... sí...

Villero — Entonces es tan hija de p... como Pérez.

Rosita — Sí... pero ella me deja trabajar...

Villero — Sí, hasta que Pérez lo quiera.

Rosita — Claro, hasta que Pérez lo quiera.

Villero — Entonces ella, en vez de quemarte la casilla como a mí, te quema la mitad de lo que te sirve para mantener a tu hijo... (pausa, ella se queda pensando.) Y chau que me tengo que ir al laburo (se va). Ahh... ¡Avivate porque la otra mitad te la quema Pérez... (se va).

Rosita — ¡Ehh... esperá!... Esperá, que tenemos que hablar... (se va).

ESCENA III

Esta escena transcurre en el Ministerio del Interior. En escena está el ministro Emorroig.

Secretaria — Doctor Emorroig, el doctor Del Pavo se encuentra.

Emorroig — Hágalo pasar, no lo haga esperar m'ija.

Secretaria — Sí, doctor (se va).

Del Pavo — (Entra.) Cómo le va, mi querido doctor? (Sonido Del Pavo.) Ru, ru, ru, ru...

Emorroig — ¿Cómo está mi estimado amigo?, queridísimo doctor, siempre bienvenido a este Ministerio.

Del Pavo — Qué gustazo me da el volverlo a ver. Ru, ru, ru, ru.

Emorroig — El gustazo es mío, mi apreciado amigo.

Del Pavo — No. Eso corre por mi cuenta: Yo, como ministro de Relaciones Exteriores y Culto, me honro en saludarlo. Ru, ru...

Emorroig — ¡Faltaría más!

Del Pavo — No. Faltaría más yo... Ru, ru...

Emorroig — (Pausa.) ¿Por qué no vamos al grano?

Del Pavo — Por mí, lo que guste. Ru, ru.

Emorroig — Bueno, mi querido ministro. Nuestra situación cada día se está poniendo más crítica. Y a todo esto se suma la constante movilización que hay en las villas de emergencia, que con esto de que todos estos negros son peronistas gritan "Perón, Perón" y piden algo así como mejores condiciones de vida...

Del Pavo — ¡Qué barbaridad!...

Emorroig — En una palabra, mi querido ministro, las villas miserias se convulsionan, y por el momento no podemos controlarlas...

Del Pavo — ¿Pero cómo? Y qué pasa con la erradicación, con las viviendas transitorias...

Emorroig — Ud. sabe, mi amigo, que no podemos erradicar, porque si no hay negociado... ejem... En fin, si no se recibe un beneficio por la erradicación

no se pueden construir las viviendas transitorias.

Del Pavo — ¡Ahh!... ¿Y entonces qué hacemos? Ru, ru...

Emorroig — Yo creo fehacientemente que la solución viene desde nuestros prohombres, desde nuestros próceres liberales: Sarmiento, Mitre and Company lograron inventar algo para apaciguar a nuestra inquieta plebe: LA INMIGRACION.

Del Pavo — Ru, ru... Sí, pero ¿a quién recurrimos?

Emorroig — Dejemos entrar al país a los paraguayos y a los bolivianos. Perseguidos, sin documentos, muertos de hambre, son los capaces de parar cualquier sublevación de cualquier villa de emergencia: POR MIEDO A LA DEPORTACION.

Del Pavo — ¡BRAVO! (Aplaude.) ¡BRAVO!...

Emorroig — Gracias... ¡Gracias, colega!...

Secretaria — Señor ministro, el sr. Mandrake, ministro de Bienestar Social.

Emorroig — Hágalo pasar m'ija (a Del Pavo). ¡Qué bien, justamente!

Del Pavo — Justamente. Ru, ru, ru...

Mandrake — (Preocupado.) Buenas, colegas, buenas... ¡Ay, ay!

Emorroig — Pero, Mandrake, ¿qué le pasa?

Mandrake — Problemas, problemas... problemas... Pero esta vida es para el sacrificio de algunos como yo, y el bienestar de muchos... ¡Ay, ay!

Del Pavo — Claro, claro. Ru, ru.

Emorroig — Justamente estábamos hablando con el sr. ministro del Exterior sobre la posibilidad de dejar entrar al país a paraguayos y bolivianos ilegalmente para parar la sublevación en las villas...

Mandrake — ¡NO! ¡Ay, ay, ay! ¡NO SIRVE, ESO NO SIRVE!...

Del Pavo — ¿Por qué?

Mandrake — ¡LOS PARAGUAYOS Y LOS BOLIVIANOS SE VUELVEN PERONISTAS...

Emorroig — ¡Ohh, no!...

Del Pavo — ¡Qué terrible! Ru, ru.

Mandrake — Sin embargo, puede haber alguna solución.

Del Pavo — ¿CUAL? Ru, ru.

Mandrake — Hay que abrir prostíbulos en todas las villas.

Emorroig — Eso me parece un poco indecente...

Mandrake — Ma'qué indecente, Emorroig... La prostitución cumple un mejor papel que los paraguayos y bolivianos. La prostitución también es como el juego. Si el juego adormece las inquietudes, la prostitución también. La prostituta no tiene más remedio que ir en contra de los villeros porque siempre está en deuda con nuestra justicia... ¿entienden? ¡Hay que abrir quilombos en todas las villas...

Emorroig — ¡Bravo! (Aplaude.) ¡Bravo!...

Del Pavo — ¡Ru, ru! ¡Bravo!... (pausa). Bueno, para festejar, en fin, podríamos ir a...

Emorroig — Al quilombo!...

Mandrake — Shhh... No gritemos mucho. Vengan conmigo, que yo conozco uno en una villa... (se van en cuclillas).

GRUPO OGTUBRE

escritos inéditos

En vísperas de cumplirse un nuevo aniversario de la muerte de John W. Cooke, publicamos dos trabajos; el primero, una carta inédita dirigida, en 1962, desde Cuba a un grupo de compañeros del Movimiento. El segundo, un artículo aparecido en un periódico cubano, desconocido en la Argentina. Ambos son de absoluta actualidad, razón por la cuál consideramos que todo comentario o prólogo son superfluos, que nada puede agregarse a la prosa clara y la profundidad política del autor del proyecto de las milicias populares, primer delegado del Gral. Perón, comisario político y miliciano en Cuba, militante desde la primera hora del Movimiento Peronista a cuyo destino histórico y revolucionario consagró su vida.

carta a un grupo de compañeros

Queridos amigos:

El compañero que lleva esta carta regresa antes de lo que pensábamos, de manera que se han salvado de que les infligiera una carta de 20.843 carillas, que es el espacio que necesitaría para comentar cosas tan trascendentales como las que ocurren en nuestro país y en el Movimiento. Les escribo estas líneas, un poco al correr de la máquina, para hacerles llegar mis preocupaciones principales. No dudo que Uds. también habrán meditado sobre estos problemas y —espero— habrán llegado a conclusiones similares. El portador les informará en detalle sobre muchas cosas de interés; yo me limitaré a los temas esenciales referidos a la tarea revolucionaria del Peronismo.

Durante los meses de actividad preelectoral, los grupitos reaccionarios del Movimiento vivieron en la gloria. Llamados por razones tácticas a la formación del Frente Justicialista, pudieron dedicarse al toqueo con los "factores de poder", a la declamación "occidental y cristiana" y a la especulación de la cámandula electorera. Quién más quién menos salió de debajo de la cama y se precipitó a los puestos de figuración: había llegado el momento de los hombres "serios", sin ilusiones insurreccionales ni extremismos, bien educados y que no causan temor a las fuerzas del orden. La lucha de clases —que ellos creen que es producto de la maldad gorila— terminaría y se abriría el periodo de la conciliación, en que patrones y obreros, militares y peronistas, convivirían pacíficamente y solucionarían la tragedia argentina mediante negociaciones caballerescas y buenas maneras.

Fieles a su mentalidad burocrática y burguesa, creen que los actos comiciales son el objetivo supremo al que todo debe sacrificarse. Y cuando el 19 de marzo terminó ese sueño de una tarde de verano, se indignaron porque la reacción nos "robó" las posiciones conquistadas y nos "estafó" el triunfo. Hasta se sorprendieron de la ceguera de la oligarquía, que mediante la anulación de los comicios cerraba las puertas a la pacificación y a la restauración del juego democrático-representativo. Y después de ir a derramar sus lágrimas sobre las sotanas de los cardenales y las botas de los militares, vieron con terror que hasta sus "ideas" caían por el polvo y el Peronismo "se volcaba a la izquierda", como suelen decir los diarios. No les quedó más remedio que tratar de atajar la herejía izquierdista declarándola "exótica" o dedicarse a mantener su reflatada influencia sumándose a la corriente y proclamándose izquierdistas. Estos últimos creen que la izquierda es una "táctica" o una postura, una moda como la ropa de Cristian Dior, que hay que usar porque es la línea de la temporada.

En otras palabras: como se mueven en la superficie de los problemas, no entendieron las razones del concurrencismo ni el significado del triunfo del 18 de marzo, ni el significado de la línea actual. Es cierto que Frondizi calculó mal y pensó en un triunfo electoral de la UCRI. Pero no puede subestimárselo hasta el punto de creer que, llevado por esa confianza, se encerrase voluntariamente en una alternativa drástica, buscando los beneficios inmensos que le reportaría la victoria pero a costa de la catástrofe en caso contrario. El creyó correr un "riesgo calculado": si

ganaba los ~~gabinetes~~ quedaban sin argumento y se convertía en el árbitro de la sucesión en 1964; si perdía por poco, imponiéndose en unas provincias y perdiendo cerca en otras, demostraba que la UCRI era el eje del frente reaccionario contra el Peronismo (y por eso, descartado como destinatario del apoyo popular, ahora se presentaba a la UCRI como la fuerza del orden, la que evitaría el "salto al vacío", como dijo Vítolo en las vísperas); por fin, si los resultados favorecían netamente al Peronismo, todavía se le abrían perspectivas para ampliar su campo de maniobra. En efecto, el respeto a los resultados electorales lo afianzaba en la posición que se había autoadjudicado: defensor del Estado de Derecho, freno al avance de las masas, barrera contra los desmanes gorilas. Para este equilibrismo pensaba utilizar, indudablemente, la debilidad del peronismo, representada por los elencos de mentalidad burguesa que habían cobrado auge durante la campaña.

Los gobiernos de provincia peronistas se verían, al poco tiempo, en un dilema: o trataban de conservar sus cargos haciendo una política anodina que no alarmase a los factores de poder, en cuyo caso perderían prestigio ante las masas, que esperaban soluciones poco menos que milagrosas; o, respondiendo a las exigencias populares, intentaban resolver los dramáticos problemas existentes mediante resoluciones drásticas. Para la primera hipótesis, obrarían como factor de presión los partidarios, que surgirían en cada provincia, de la política "realista" para mantener las "posiciones de lucha" obtenidas, que sostendrían que las violencias verbales contra el gobierno nacional deberían ser acompañadas de actitudes tendientes a sostener el orden institucional, del cual dependería la subsistencia de los poderes en la provincia. La protesta de las bases peronistas iría creando el divisionismo, la confusión y el deterioro del empuje demostrado desde el llano. En cuanto a los gobiernos que no sufriesen la infiltración de los acomodaticios o que respondiesen a la presión de nuestra masa, se encontrarían con crecientes dificultades: la situación argentina no permite soluciones de fondo a escala puramente provincial, y menos cuando los partidos tradicionales conservarían el aparato de justicia, fuerza en las legislaturas, etc.; sin contar con que el gobierno federal cuenta con resortes suficientes como para ahogar las economías regionales donde los discólos detentan el poder. Y, en última instancia, siempre quedaba el recurso de que Frondizi, invocando su condición de defensor de la democracia y la ley, los interviniese acusándolos de totalitarios, castro-peronistas y sino-soviéticos.

Este juego, con todos sus peligros, le daba a Frondizi muchas cartas a jugar, alternando la represión con el soborno, las maniobras divisionistas con el rigor, las idas y venidas de los monseñores con las provocaciones de los jefes de guarnición. El error de cálculo electoral no fue para él lo más grave: lo funesto resultó su convicción de que la derrota no tendría necesariamente consecuencias fatales. En el debate entre Vítolo y Manrique, ambos tienen razón: es cierto, a mi juicio, que Frondizi les prometió a los gorilas que anularía las elecciones si ganaba el Peronismo; es igualmente cierto que no pensaba cumplir esa promesa sino tratar de maniobrar todo lo posible. Pero los acontecimientos lo sobrepasaron porque

nuestro éxito fue aplastante; porque en la crisis militar número treinta y tantos Frondizi ya llegaba muy desgastado; porque la intervención primero y el ofrecimiento de formar un gabinete militar después le quitaban todo vestigio de autoridad; y porque el continente está alborotado y la oligarquía argentina no quiere saber nada de pasos de minué porque no oye ninguna música sino el ruido de los cuchillos que se están afilando. El expediente de anular el triunfo peronista fue un recurso desesperado que, paradójicamente, selló su caída.

Esta clase de contrasentidos son típicos de la degradación del ucrismo y propias de la degradación del régimen: a cada concesión para que los gorilas no lo derribasen, Frondizi iba destruyendo las razones que pensaban para mantenerlo en el poder. Se iba contrayendo la "legalidad", nos acercábamos a la dictadura sin disfraces, que perjudica a la propaganda panamericanista y asusta a los inversores. A medida que violaba su propio margen de legalidad viciada, la autoridad civil quedaba más a merced de los órganos de represión; y estos tienen tendencia, en esas situaciones-límite, a sustituirse al poder civil del cual constituyen el único sustento.

Al final, el único resto de institucionalidad que quedaba era el propio Frondizi, que repetía su programa y su grito de guerra: "Yo no renuncio" (o sea: yo, que al fin y al cabo fui elegido legalmente, resumo en mi persona la legalidad; sin mí no hay legalidad). La legalidad, pues, se transformó en un atributo personal, una condición mágica de Frondizi. Y, como sucede con los hechiceros de la tribu, cuando sus poderes sobrenaturales son cuestionados, su liquidación es cuestión de días. Si el mago no es capaz de alejar a los tigres y hay que ir a cazarlos con arcos y flechas ¿para qué mantener al mago? Si Frondizi no se había mostrado eficaz para alejar el peligro de los bárbaros peronistas y esa tarea recaía más que nunca en los hombres de armas, ¿para qué seguir con Frondizi, que les merecía profundo desprecio? Las Fuerzas Armadas se cansaron de que Frondizi les invocase el carácter sagrado de su investidura republicana y llegaron a la conclusión de que ningún cataclismo los amenazaba en caso de violarla. Ese hallazgo subjetivo generalizado era cuanto necesitaban: lo sacaron de una oreja y lo "legalizaron" a Guido, lo cual tiene tanta validez jurídica como entronizar de Presidente al Jefe de Bomberos o al Secretario de Finanzas de River Plate. Pero como todo se reduce, en síntesis, a un problema de legalidades formales, entre dos miserables les convenía el más opaco e inco. Guido.

Esta no es una digresión sobre cosas pasadas, sino que tiene por fin señalar una identidad fundamental: **nuestros dirigentes reaccionarios y Frondizi razonan de la misma manera con respecto al Peronismo.** Para el prócer petrolero nuestro Movimiento era una fuerza manejable en gran medida y, en todo caso, contenible con expedientes de la astucia y la violencia; nuestro triunfo, aunque lamentable, no amenazaba al régimen imperante en su conjunto, a condición de seguir con nosotros una política adecuada. El peronismo sólo aspiraba a un manejo mejor de las cosas argentinas, pero no a un manejo diferente: no estaba ni contra las consignas occidental-cristianas del imperialismo ni contra el sistema

de propiedad, con respecto al cual sólo pedía que se remediasen sus "abusos". Y como cartillas tenía las encíclicas papales, es decir, textos que nunca han resuelto ningún problema social y confían en que todo se arreglará convenciendo a los patronos de que sean buenos y a los obreros de que sean obedientes.

Enseguidos por el odio antiperonista, los gorilas no quieren saber nada de sutilezas. Somos subhombres, divididos en imbéciles y criminales; a los primeros hay que reeducarlos para la democracia y transformarlos en radicales, conservadores o socialistas de Ghioldi; a los segundos hay que destruirlos físicamente. El triunfo del Movimiento era el anticipo de la subversión de la democracia occidentalista, un paso adelante de las fuerzas oscuras que conquistaron el gobierno en la Argentina en 1945 y en Cuba en 1959. En el razonamiento primario y revanchista de los gorilas había un enfoque acertado de lo medular: los valores del Peronismo, su significado profundo en la vida argentina, no está dado por las declaraciones de los dirigentes sumisos ni por los cabildeos para defender bancas y gobernaciones. Su acción, su potencialidad revolucionaria son lo auténtico, y no las elucubraciones de embarullados cerebros burocráticos. O sea, que si de buena o mala fe algunos cuadros dirigentes esgrimen principios que equiparan al Peronismo con los partidos tradicionales —o, por lo menos, coinciden en lo básico— esas enunciaciones teóricas no prevalecen sobre sus características de movimiento de masas en busca de soluciones nacionales por la única vía en que son obtenibles: el camino revolucionario.

No dudo que Frondizi, en caso de haberse mantenido en el sillón presidencial, nos hubiese perturbado, alentando una corriente de hombres "prudentes y atinados" que canalizasen la rebeldía popular por rutas no violentas. Pero esa política era de corto aliento. Las condiciones reales del país, sus necesidades de desarrollo y su situación social exigen políticas que ningún partido clásico —ni tampoco un Peronismo con sus garras manicuradas por los occidentalismos cristianos— es capaz de llevar a cabo. Inmediatamente haría crisis la contradicción que el Movimiento arrastra, como una maldición, desde hace años: un Jefe Revolucionario y una masa revolucionaria por un lado; y por el otro, cuadros intermedios donde abundan los especímenes de la vieja burocracia, que sólo conciben la política en los marcos tradicionales, reformistas y negociadores.

El Frente Justicialista hizo pasar a primer plano a viejas y nuevas figuras reaccionarias, y éstas creyeron que se había resuelto a su favor la contradicción mencionada: Perón y las masas se expresaban, en cierta medida, a través de esos mamarrachos, de sus raquíticas ideas, de sus planteos inocuos. No era así, sin embargo, porque la contradicción no es superficial sino de fondo. Es irreductible. Pareció borrarse durante un lapso porque las necesidades del proceso eleccionario la pasaron a segundo plano.

Pero tanto la actitud frente a la elección, creyendo que era una vía para la toma del poder, como la interpretación del triunfo electoral sin ver su contenido revolucionario, como la explicación que dan ahora sobre la posición de izquierda son tan falsas como la creencia preelectoral de que lo revolucionario cedía ante el reformismo. Para ver las cosas de esa mane-

ra, era preciso observarlas desde el ángulo reformista, o sea, desde lo superficial y episódico. Un estudio en profundidad demostraba todo lo contrario; 1) la contradicción entre el carácter revolucionario del Movimiento y el reaccionarismo de sus cuadros burgueses renacería, con mayor vigor, cualquiera fuese el resultado de las tentativas para ocupar las posiciones de gobierno obtenidas; 2) el pueblo votó por su Movimiento y por Perón. Sí, aprovechando el fervor, los cuadros tímidos expusieron doctrinas antirrevolucionarias, no fue por estas que votó la masa. El entusiasmo y la necesidad de dar la batalla electoral no permitía entrar en discriminaciones entre nuestra condición revolucionaria y las expresiones que la contradecían, entre los candidatos representativos y los reaccionarios, entre las posiciones correctas y las que expresaban desde nuestras tribunas ideas que pertenecen a la superestructura democrático-burguesa-representativa montada en el país por los privilegiados; 3) LOS QUE SIEMPRE SON RETAGUARDIA CUANDO EL PUEBLO LUCHA PASARON TRANSITORIAMENTE A SER VANGUARDIA DURANTE LA NEGOCIACION. Pero, aún admitiendo que pudiera obtenerse algo mediante las tácticas conciliadoras, sería por poco tiempo y de corto alcance: la lucha es a muerte y ni la oligarquía tiene margen para negociar ni el pueblo puede ser contenido con limosnas. 4) La elección, y cuanto ella involucraba, eran lo táctico. En cambio, el programa de izquierda que hoy sostenemos forma parte de lo permanente. No hay tal "viraje", si no la acentuación de una tendencia definida; o, si se quiere, la adecuación entre la esencia revolucionaria del Movimiento y su base programática.

Aquí entramos a los temas que hacen a nuestro futuro. Es evidente que entre el tono general de la campaña para las elecciones y los enunciados de ahora hay una diferencia total. Si los dirigentes de mentalidad conservadora, en lugar de mentar a Perón a cada instante para cobijarse en su prestigio, lo leyese, sabrían que las imbecilidades que desparramaron desde las tribunas y organismos directivos no constituyen la ideología del Movimiento; y que no hay "viraje" izquierdista si no que ellos son los que viven torciendo y tergiversando el pensamiento peronista. El largo documento que produjo Perón en octubre de 1961 era bien claro, aunque más peligroso que la Mater et Magistra que ellos —como los radicales, conservadores, democristianos, etc.— mencionaron constantemente. Ahora bien, dando por sentado que los discursos de Framini, el plenario de Huerta Grande y el programa adoptado son la culminación lógica de un desarrollo teórico adecuado a la lucha revolucionaria del Peronismo, no puede ignorarse que estamos ante un salto fundamental en lo que se refiere a la formación de la conciencia revolucionaria de las masas y de los cuadros de conducción.

Con eso quiero decir que desde 1955 hasta ahora el contenido doctrinario del Peronismo ha evolucionado radicalmente, y es ese contenido dialéctico, ese marchar al compás del país y sus problemas, el que nos da vitalidad. A tres años de la caída de Yrigoyen, el radicalismo era una puta pintarrajeada coqueteando con la oligarquía; y no porque sus dirigentes fuesen, en su gran mayoría, deshonestos o entreguistas. Pero de nada valía que hubiese miles de dirigentes

honrados en todo el país: el partido estaba paralizado ideológicamente, congelado en dos o tres consignas anticuadas, y no pudo ver los cambios que se producían en la composición social del país, la acción del imperialismo, los reclamos de una economía en transformación; aprovechando esa circunstancia, el grupo alvearista transó con la oligarquía y el partido de las masas se encontró un día en que había dejado de ser mayoría. Y hasta el día de hoy no se explica porqué.

El Peronismo, en cambio, a siete años de su caída es el frente del pueblo argentino; Perón, el líder de las masas. Precisamente porque no es estático, porque a los cambios profundos que ha experimentado la Argentina desde su recolonización han correspondido cambios en el propio Peronismo y un desarrollo en el planteo ideológico de Perón. Los dirigentes que valen, unos primero, otros más lentamente o más de golpe, han madurado su pensamiento. La línea de izquierda, nitidamente trazada en las últimas directivas y pronunciamientos, ha sido recibida por la masa en forma que demuestra que era respuesta a las necesidades de la hora.

Los que veníamos luchando por definiciones de este tipo, y sufriendo por ello que nos repremiere la oligarquía y nos difamasen quienes la sirven desde las filas del Peronismo, seríamos unos estúpidos si hiciésemos cuestión de vanidad en habernos adelantado a otros que vieron la luz con más retardo. En primer lugar, porque el pensamiento revolucionario parte de una concepción dialéctica, así que ningún acierto es definitivo: haber tenido razón ayer no significa tenerla hoy, ni la verdad descubierta ayer permanece invariable y, participando de su inmutabilidad, nuestro acierto pasado. Y, en segundo lugar, porque está bien que los intelectuales librescos se enamoren de la infalibilidad que se autoconfieren; pero el luchador revolucionario no considera el problema ideológico como asunto de vanidad sino como imperativo para la acción, de forma que no busca afirmarse como sabihondo frente a las masas, que considera no esclarecidas. He ahí una diferencia entre el revolucionario y el político burgués: este último quiere pensar **por** la masa y actuar **para** la masa; el revolucionario se considera **parte** de la masa, integrante de la masa, quiere actuar **con** la masa. Vale decir, que finca su éxito no en una sedicente superioridad sino en el esfuerzo por transmitir a la masa lo que él considera exacto y verdadero. He seguido en la actuación y los discursos de muchos dirigentes obreros —y algunos políticos— la evolución que han ido experimentando, algunos paulatinamente, otros en forma brusca. Cuanto más real es su combatividad y su apego al pueblo, más claramente han llegado a percibir la necesidad de renovar ideas y el sentido único que podía tener ese progreso. Y hay algunos que están a mitad de camino, bien orientados pero todavía viviendo un combate interior entre las nuevas ideas que se abren paso y los viejos prejuicios que se resisten a desaparecer del todo; hay que ayudarlos, no dictándoles cátedra sino con humildad, con solidaridad total. Ellos no necesitan que les inculquen fórmulas sino que se les facilite el proceso racional a través del cual arribarán a las conclusiones correctas.

Lo principal es que, en medio de una convulsión total que se está produciendo en el Movimiento, la izquierda del peronismo juegue el rol que le corres-

ponde. Sus ideas están triunfantes y son ahora la línea oficial, expresa, inconfundible. El que quiera ver la verdad la verá sin dificultad; los que se hacen los confundidos, los “intérpretes” que buscan embarrullar las cosas quedarán en el camino. Los que simulan haber comprendido para mantenerse en las posiciones o esquivarlas, antes de mucho tiempo quedarán en descubierto. Nuestra obligación es tanto ayudar al esclarecimiento de la masa y de los dirigentes capaces y honrados como desenmascarar a los falsarios. Claro que no hay un aparato de precisión para medir el grado de sinceridad de cada uno, ni nadie puede arrogarse la condición de inquisidor para escudriñar el pensamiento y calificar las intenciones ajenas. Sin embargo, hay un punto de partida: los elementos combativos, sacrificados, que vienen sirviendo a las masas, es seguro que cuando exponen ideas de izquierda no están simulando. Las ideas no se absorben en forma pura —como creen los pequeños burgueses— si no combinadas con la acción. Entre la lucha concreta de un dirigente y las ideas que expone, no puede durar la contradicción: **un luchador revolucionario será ganado por la ideología revolucionaria.** El politiquero, el tiburón de la camándula, en cambio, puede inflamarse de retórica revolucionaria como manera de no perder posiciones, pero como la masa también aprende y capta el carácter agudo de la lucha actual, exigirá cada vez más de las conducciones y estas pequeñas hipocresías no engañarán a nadie.

Al principio me refería a los dirigentes burgueses que ahora quieren estar a la moda. Como el contacto que tienen con la masa es escasísimo, decir una cosa y pensar otra no les resulta difícil. Pero aunque no estén expuestos a un repudio inmediato —ellos se mueven en un círculo estrecho, en “altas esferas políticas”— deben ser combatidos por los dirigentes auténticos. Es un error funesto subestimar su peligrosidad o creer que, ya que son dóciles a la corriente actual, pueden ser utilizados. En esto no debe haber tolerancia ni contemplaciones, porque equivaldría a complicarse en la traición al pueblo.

Está bien que un burócrata crea que el reformismo y la revolución son tácticas simplemente, lo mismo que el concepto de la conciliación y la lucha de clases. Pero un dirigente revolucionario, que sabe que una política de izquierda tiene exigencias que son cualitativamente diferentes, no puede admitir que con cambiar los conceptos retóricamente y repetir algunas frases izquierdistas ha nacido un revolucionario y ha desaparecido un burgués.

El caso de los que explican que somos un Movimiento de izquierda y con tal motivo repiten todas las consignas occidentalistas-cristianas y demás zonzercas, es ridículo. Pero hay algunas figuras importantes que hacen gala de su acatamiento y acuerdo con la línea de izquierda y cada vez que actúan o abren la boca exhiben el más crudo reaccionarismo.

Esta es una carta sobre principios generales y no sobre personas concretas o problemas minúsculos de dirección. No obstante, hay casos en que corresponde señalar peligros notorios y entonces personalizar es un deber y dejar de hacerlo, una cobardía. Con la breve aclaración de que no tengo con él ningún motivo personal ni de afecto ni de antipatía, me referiré al caso del Dr. Matera. Ocupa el máximo cargo en el Movimiento en nuestro país y sus actitudes nos com-

prometen a todos. No es el primero que desde altas posiciones de dirección sostiene tesis nefastas; la diferencia es que ahora la ambigüedad doctrinaria no tiene justificación y, además, en que una política que se define como revolucionaria y de izquierda demanda acciones y palabras claras, netas, justas. Por qué fue designado, cuáles son sus antecedentes de lucha, etc., etc., es materia ajena a mi razonamiento. Supongámosle, incluso, que está movido por la máxima buena fe. Pero es notable que un Secretario General del C. C. y S. del P. esté demostrando constantemente que piensa como un dirigente conservador y hasta cuando declara su acuerdo con el izquierdismo exhibe su reaccionarismo. Me refiero a él, aparte de las razones que doy más arriba, porque a varios niveles de conducción se reproduce el fenómeno: podemos decir que es un prototipo de lo que no debe ser un dirigente para esta hora histórica.

Cuando se habló de la línea izquierdista, el Dr. Matera explicó que éramos "la izquierda de las Encíclicas" y cosas semejantes. Demos por sentado que entonces no tenía conocimiento del pensamiento de Perón. Pero después, pronunciando el discurso de Framini, aprobado el programa de 10 puntos, etc., sigue repitiendo todos los lugares comunes y los disparates de los dirigentes reaccionarios. El 16 de julio dice: "si los Estados Unidos insisten en mantener la línea de explotación imperialista, estamos en contra de ese país". El Dr. Matera dirige un movimiento antiimperialista por excelencia, que nació como antiimperialista, fue derrocado por el imperialismo y se mantiene en medio de la persecución desatada por los aliados del imperialismo. Pero, a semejanza de los radicales menos evolucionados y de los burgueses en general, cree que el imperialismo es un problema de buena voluntad y que los Estados Unidos explotan a los pueblos y ayudan a las camarillas reaccionarias porque sí, por mala intención. No hay que dominar ninguna ciencia política y económica para saber que el imperialismo es un resultado natural, inevitable, del desarrollo capitalista de los grandes países industriales. Si esos países dejasen de ser imperialistas, decaerían económicamente y tendrían conmociones sociales catastróficas. ¿Para qué seguir? El problema imperialista es la contradicción fundamental de todos los países de Latinoamérica —para limitarnos al continente— y de él derivan el atraso, la deformación económica, el hambre, el subdesarrollo, el gobierno de las oligarquías, etc. Sin entender ese problema, no se puede entender ningún otro. Y claro está, no hay duda de que el Dr. Matera ignora en absoluto el drama argentino y sus soluciones. Pero en la declaración transcrita —y en otras similares— su desconocimiento queda proclamado a gritos. Su convicción de que Kennedy "se ha dado cuenta de que es necesario cambiar", etc., etc., es un lugar común en los apóstoles de la Alianza para el Progreso. Kennedy, más inteligente que otros gobernantes yanquis, sabe que es preferible un cambio, y prefiere manejarse con Frondizi, Betancourt, Figueres y demás seudoprogresistas. Pero lo esencial es que no ha decidido cambiar el sistema de explotación imperialista sino el método y los personeros; y que el abandono de la política imperialista ni se le ha pasado por la cabeza ni es cosa que pueda resolver él o todo un elenco gobernante.

Con respecto al retorno de Perón, expresa que "se producirá cuando el pueblo lo desee". Parece que el pueblo, por ahora, está conforme con que no vuelva. No deseo hacer una antología de los disparates pronunciados por este dirigente, que sería demasiado larga. Admito que en alguna crónica periodística pueda haberse reproducido mal alguna frase. Pero hay una coherencia, una continuidad de pensamiento que no admite dudas. Ese pensamiento puede sintetizarse así: estábamos empeñados en una política conciliatoria; el gorilismo nos ha arrojado a la proscripción; no nos queda más remedio que tomar una línea revolucionaria. Todas sus declaraciones se ajustan a ese modo de pensar, que sí podía explicarse cuando tenían la esperanza de que respetasen nuestros derechos cívicos, ahora no puede justificarse por razones tácticas y, lo que es gravísimo, desnaturaliza los motivos reales de la línea revolucionaria trazada, presentándola (tal como dicen los derechistas) como una táctica, como una reacción contra la agresión oligárquica.

Para no abundar en el tema personal, pero a fin de dejar sentada la peligrosidad de ese filósofo político que soporta el Movimiento: al atacar a la oligarquía y a los detentadores del poder, a quienes acusa de impedir el bienestar del pueblo, agrega: "y facilitando la lucha de clases en lugar de evitarla" (reportaje en "Democracia" del 21 de julio). Estamos con que el Dr. Matera tiene de la lucha de clases el concepto de toda la burguesía, desde los conservadores hasta los fascistas: la lucha de clases ocurre porque la oligarquía es rapaz, pero si hubiese gobernantes humanitarios, se evitaría. ¿Por qué cree el Dr. Matera que cayó Perón? ¿El 16 de setiembre de 1955, no le parece que es una forma violenta de la lucha de clases? ¿Y cree que esa lucha de clases nació ese día cuando se levantó Lonardi? ¿Y que cuando hay gobiernos populares desaparece la lucha de clases? Para no seguir: un revolucionario que no conoce el problema imperialista ni lo que significa la lucha de clases en el proceso histórico es un ejemplar que podemos ofrecer como único en su género.

Cuando en Córdoba hace declaraciones derechistas y lo acosan los grupos izquierdistas, da una especie de marcha atrás, pero como su mentalidad no da para más, siempre cae en los carriles de la política tradicional: afirma, por ejemplo, que entre la línea blanda y la línea dura no hay diferencia. "Entre Raúl Matera y Andrés Framini no hay ninguna diferencia. Los 10 puntos del Plan de Lucha de las 62 los suscribo plenamente porque significan el pensamiento del General Perón". Claro, las posiciones reaccionarias de él y las posiciones revolucionarias de los dirigentes obreros son parte de una misma estrategia, lo que es tanto como afirmar que la línea izquierdista y revolucionaria es una táctica, una postura circunstancial y no el resultado de una teoría adecuada a las necesidades históricas del país. Lo que queda bien claro porque después afirma: "En estos momentos estamos viviendo bajo el signo de la rebelión porque a eso nos arrastra la reacción". O sea, que si la reacción fuera más complaciente, más maniobrera, nosotros no seríamos rebeldes. Lo que no explica es cómo, mansitos y conciliadoramente, nos proponíamos resolver el problema del imperialismo, de la entrega económica, de la pobreza y el desempleo, etc.

Si nos hubiesen reconocido los resultados electorales, según ese modo de ver, el programa de los 10 puntos no hubiese existido: ya que nos daban un mendrugo, no había necesidad de expropiar a la oligarquía terrateniente ni racionalizar nada, etc., etc. La única explicación que queda, entonces, es que para el doctor Matera el programa de lucha no es la solución nacional sino un acto de rebeldía para vengarnos del atropello de no reconocernos el triunfo comicial; o, de lo contrario, que él cree que semejante programa puede imponerse a través de la lucha electoral y los procedimientos legales, contando con que la oligarquía resolviese suicidarse.

En un reportaje ya citado, califica de error el apoyo dado a Frondizi —metiéndose a opinar frívolamente de un problema que desconoce con igual impavidez que el resto de los problemas partidarios—, pero cuando le preguntan qué hará el Peronismo si no le permiten participar en las elecciones próximas con fórmula propia, contesta como todo dirigente político: apoyáramos al hombre “que representara más cerca el pensamiento justicialista”. En 1958 había para eso una razón, circunstancias propias de ese momento, etc. Eso no le gusta al Sr. Matera. Pero para la próxima elección, sí. ¿Qué tiene que ver eso menos debió decir que trataríamos de prender fuego al país por los cuatro costados para que no hubiese con una línea de izquierda revolucionaria? Por lo elecciones. Dejemos a este extraordinario pensador, para llegar a las conclusiones que quisimos ejemplificar con su caso.

Cuando el Movimiento luchaba revolucionariamente en todas las formas que podía, pasando de la dictadura cerrada de los tiranuelos militares a la semilegalidad de Frondizi, alternando épocas de gran represión con períodos de cierto alivio, según que la fuese más o menos violenta contábamos con la presencia de los burócratas. Cuando venían las leñadas grandes, quedaban los dirigentes obreros (con excepciones, por supuesto), los combatientes de la Resistencia y algunos políticos valientes. Cuando venía el aflojamiento, surjían los neoperonistas, los candidatos a puestos electivos y los dirigentes cautelosos y con instinto de conservación. Después, por necesidades de la contienda electoral, tuvimos el período de la piedra libre, en que cada individuo de ideas cavernícolas expuso y proclamó sus consignas pro-oligárquicas y conciliatorias. Ahora, por las características que adquiere la lucha popular, se terminaron las concesiones a los grupos retrógrados y se fijó una línea programática que refleja fielmente la orientación y el sentido del Peronismo. A partir de eso, los desviacionismos no tienen justificación porque son un sabotaje directo a la línea trazada y, cuando están infiltrados en la dirección, auxilian al enemigo.

Los jerarcas intentan frenar al Movimiento. Aún los que se dicen izquierdistas por necesidades de supervivencia, están contribuyendo a trabarnos. Porque cuando terminen de hacer declaraciones virulentas y repetir slogans elementales, ¿qué aporte pueden hacer? Y no hay que equivocarse: si se fracasa, las masas no han de responsabilizar a los Matera, Iñiguez y personas afines, sino a los auténticos dirigentes empezando por los dirigentes gremiales.

Pero las necesidades de las masas van creciendo

y también crecerán los reclamos que hagan a la conducción política del Movimiento. Tenemos un magnífico programa, pero dado que no es una plataforma electoral en nombre de la cual pedimos votos para cumplirlo, existe el pequeño detalle de que la condición previa para poner en práctica esas medidas es tomar el poder. Entonces, lo que se requiere de los dirigentes no es que, de buena o mala gana, manifiesten que están de acuerdo con ese programa, sino que elaboren una política, una estrategia y una organización que estén en consonancia con él. Ahí empieza el drama, porque los conservadores que ocupan cargos estaban como pez en el agua cuando se trataba de entrevistas, promesas y negociaciones. Pero para elaborar una política revolucionaria y estructurar organizativamente al Peronismo no tienen vocación ni conocimientos ni experiencia. Ellos siguen pensando en términos de los partidos y la política clásica, y así es como el citado Matera promete terminar con las digitaciones y reestructurar “de abajo para arriba” —promesa que todas las direcciones prometen invariablemente. Esa estructura de “abajo para arriba”, ¿cómo la conciben? Piensan en unidades básicas, como si estuviésemos en plena normalidad constitucional. Si hasta los partidos del régimen están reglamentados por el gobierno, ¿qué les hace pensar que al Peronismo, proscrito y maldito, le permitirá que actúe como le venga en gana? Precisamente, hay que cambiar totalmente la estructura del aparato partidario, pero no repitiendo los métodos tradicionales sino buscando formas democráticas que sean posibles en un Movimiento proscrito y organizaciones que sirvan a una política revolucionaria y no a hipotéticas y utópicas elecciones.

La derecha quiere dos cosas: conservar toda la porción que pueda de la conducción y que fracase la línea de izquierda. Ellos por falta de pasión y de conocimientos, no pueden contribuir a esa línea política, aunque sí contribuirán a malograrla. Las masas, impulsadas por nuestro programa y la actividad de los miles de dirigentes combativos de todo el país, presionarán violentamente al régimen, que responderá con cárceles y persecuciones. Y si seguimos sin una política capaz de abrir perspectivas, de una estrategia correcta para la toma del poder, ante semejante callejón sin salida cualquier variante que ofrezca un alivio en la represión (desde el golpe nasserista hasta las candidaturas de conciliación), otra vez, y ahora desde la izquierda, deambularemos entre dos hipótesis reaccionarias: el arreglo conciliador o el golpismo. La dirección gremial, representante decisiva de la izquierda, se encontrará prisionera de los reaccionarios, que le imputarán el fracaso. Habremos retrocedido, y hagamos lo que hagamos para disimularlo, nos estaremos moviendo en el esquema burgués del que pensábamos haber salido definitivamente. Claro que como las “soluciones” que ofrezca la derecha no detendrán los problemas medulares del país y de las clases humildes, la lucha de clases recobrará pronto su virulencia. Pero la izquierda peronista habrá sido instrumento para frenar a las masas, atrasando todo el proceso. Lo más posible es que, a esa altura, las masas nos manden al carajo.

Estas no son anticipaciones fantasiosas del futuro sino la previsión de lo que nos puede ocurrir, a menos que procedamos como corresponde. Porque sólo se

nos abren dos posibilidades: o vanguardia revolucionaria o rezago que barrerá el vendaval de la Historia. O sea, que ya sólo podemos movernos entre dos posibilidades: la apoteosis o el desastre. El pueblo triunfará a la larga, pero nosotros tenemos la obligación de servir eficientemente a su causa, so pena de que nos descalifiquen por traidores o, en todo caso, nos convirtamos en el hazmerreir de los trabajadores.

Nadie puede tener la solución mágica para tomar el poder, ni es eso lo que el pueblo reclama de su conducción revolucionaria. Pero sí exige una estrategia correcta, una lucha donde se vea, como culminación la toma del poder y el cumplimiento de programas que transformen integralmente las estructuras del país. Se sabe que eso demandará sacrificios y víctimas, esfuerzos largos y penosos: eso no detendrá al pueblo ni les quitará confianza en la dirección, porque lo importante es que admitan la política trazada como la más eficaz, como la que permita vislumbrar la victoria definitiva al final de la ruta.

Una política semejante no es fácil, ni se improvisa con dos o tres frases o consignas pescadas oportunísticamente. El General Perón ha demostrado su preocupación por este problema y dará lineamientos generales; después, los dirigentes serán responsables de sacar conclusiones ajustadas, desarrollar prácticamente los principios generales, responder a la necesidad de cada momento. La ilusión de los derechistas de cambiar la "moda" izquierda por otra, es un disparate: de la izquierda no se retrocede. Podrá reular una dirección política o gremial, pero no la masa. Las condiciones infraestructurales del país no dan chance para que sectores menos extremistas de la clase dirigente argentina intenten salvarse de la liquidación mediante concesiones. El que mantenga todavía esperanzas ocultas en tal sentido no es sólo un reaccionario, sino también un papanatas.

El bartoleo ideológico, la improvisación organizativa, ya no son posibles. Son incompatibles con el programa trazado, que no es un conjunto de medidas solamente sino, además, una definición ideológica que exige profundizar la teoría revolucionaria y crear formas organizativas y planear tácticas de lucha correctas. Cada dirigente de derecha que queda emboscado es un estorbo, que opondrá la fuerza de la inercia al avance del Peronismo y estará a la espera del resquicio que le permita insistir en sus planteos reformistas.

Yo supongo que si el Peronismo es conducido como corresponde, no habrá elecciones. O que éstas serán tan circunscriptas y falseadas que ni siquiera quedará el pequeño juego que interesa a todos los partidos de la reacción. De cualquier manera, suponemos que se sigue adelante con el Plan Político: no basta decir que semejantes elecciones no tienen valor ni nos interesan; es preciso que la masa cifre sus esperanzas en su propia acción combativa sin importársele quien salga presidente. Para que la masa subjetivamente se desinterese de los comicios y no acepte combinación ninguna, viendo a los comicios como una disputa interna entre fracciones diversas del campo enemigo, debe contar con su propia política. Y si ella existe, atraerá además el entusiasmo de toda la parte sana y activa de los dirigentes, dejando para la bazofia politiquera el jueguito del acomodado con los partidos "legales".

Los planes deben ser globales, abarcando todos los frentes y previendo la manera de seguir implacablemente la línea general mientras se responde tácticamente a las situaciones que se vayan presentando. El General Perón —repito— marca rumbos exactos, que una dirección auténticamente de izquierda cumplirá, analizando permanentemente los elementos del cuadro nacional e internacional para aprovecharlos al máximo. Los que sólo piensan en que la ideología peronista es algo nebuloso, y con una pirueta táctica están dispuestos a saltar a derecha o izquierda según venga la "onda", están inhibidos para participar en la conducción nacional, que debe ser el resultado de la acción y el estudio de conjunto.

No tengo tiempo de leer todo lo escrito porque el compañero que lleva esta carta está por partir. Puede haber reiteraciones, pero sólo la forma es improvisada: los conceptos responden a una profunda convicción y al análisis ininterrumpido de cuanto ocurre en el país. Me falta a veces el conocimiento de episodios y "pomadas", pero tal vez eso se compense con una visión de más de conjunto, que es la única posible desde la lejanía física de nuestra Patria. Estoy seguro que ustedes —y muchos compañeros más— tienen preocupaciones similares a las que enuncio, lo cual no obsta a que yo les insista en los peligros que corremos si no damos toda la importancia que merece al problema de la política del Movimiento y al de su organización (que son, en realidad, dos fases de un único problema).

La alianza con los partidos de izquierda es un argumento más en favor de la perentoriedad que existe en abandonar todos los resabios de viejas tácticas y viejas formas de acción y organización. Para poder actuar con ellos nos hace falta estar bien vertebrados, tener ideas bien definidas que no puedan ser tergiversadas, eliminar el peligro de los desviacionistas. La unidad del Peronismo —la verdadera unidad en torno a la lucha revolucionaria, no la unidad de tolerar todo y admitir a cualquiera— es un requisito de la unidad de los partidos revolucionarios. Si nosotros, que tenemos la gran mayoría de la masa, somos incoherentes y desarticulados, el frente de resistencia a la reacción sufrirá esas mismas debilidades y, es lógico y humano, hasta nuestros aliados se verán tentados a tratar de captarnos parte de nuestros contingentes.

La vanguardia revolucionaria no es aquella que lo repita y lo reitere hasta el cansancio, sino la que se demuestre, en la acción, como la más apta para encabezar la lucha insurreccional, única que tiene sentido. La conducción peronista —y ustedes tienen sobre sus hombros gran parte de la responsabilidad en el acierto o en el error— no debe ser inferior a la capacidad combativa de nuestra masa y a la dirección del General Perón. Elementos tenemos de sobra, probados en cada oportunidad en que hizo falta coraje y conciencia revolucionaria. Ustedes deben empeñar la autoridad moral y el prestigio que poseen para que ninguna de las batallas dada haya sido en vano, para que ningún sacrificio haya sido estéril. Ya la victoria final redimirá todas las frustraciones y justificará todos los holocaustos.

Desde Cuba, primer territorio libre de América, los abraza fraternalmente

John W. Cooke

La Revolución y su Ética

"Allá, en las alturas de la Sierra Maestra, le está naciendo un nuevo tipo humano a Cuba."

Comandante Guevara, 21-8-60

"Lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos."

Charles Wilson, secretario de Defensa de Estados Unidos.

Cuando Mr. Wilson pronunció su famosa frase, algunos periodistas y políticos estadounidenses exteriorizaron cierta dosis de escándalo. En realidad, eran esos críticos los equivocados y no el secretario de Defensa, que prescindió de los desvíos que permiten decir eso mismo bajo fórmulas idealistas, y se limitó a resumir en pocas palabras la filosofía fundamental de la democracia capitalista. La crudeza excusable en un "bussinesman" exitoso, máxime cuando ha prestado leales servicios a la causa de la Libertad—alternada y simultáneamente— desde la General Motors y desde el Gabinete de Eisenhower. Si cometemos la irreverencia para juntar su nombre con el del comandante Guevara (que según la prensa plutocrática es la reencarnación "southamericana" de Lenin) es porque en las citas transcriptas están sintetizadas dos concepciones, dos modos de vida irreconciliables.

La frase del comandante Guevara no se limita a los mejoramientos físicos que se logran al eliminar el subconsumo y las malas condiciones sanitarias: se refiere también a una moral que es causa y consecuencia del progreso común. Eso nos lleva a la médula del problema.

Entre el sistema liberal burgués y el que lo reemplazó en Cuba media mucho más que dos técnicas de gobierno, que una redistribución de riquezas, que un cambio de manos de los resortes estatales. Lo que asegura el desarrollo revolucionario es la interacción entre esos cambios objetivos y las transformaciones subjetivas de las masas y dirigentes.

La diferencia entre el liberalismo y la Revolución no está donde la buscan los voceros conservadores. Como ellos creen en un arquetipo institucional, con su correspondiente moral e ideología inmutables y universales, es a partir de allí que emiten sus juicios: el hecho revolucionario sería una anomalía, un desequilibrio del orden natural en las relaciones políticas. El diagnóstico tendría validez, pongamos por caso, para un gobierno que desvirtúa la democracia burguesa apelando al fraude o la dictadura, pero sin repudiar los principios aceptados en teoría. Mientras el delito se confine a la capa superestructural, la Democracia Occidental considera a ese gobierno como perteneciente a su rebaño; ya el Progreso se encargará, en algún indefinido futuro, de corregir las desviaciones.

Frente a la Revolución, los reaccionarios se enredan y caen en la incoherencia, porque la característica de la revolución es, precisamente, que desconoce los valores que se toman como referencia para juzgarla. Donde el liberal ve un mundo de armonías, el revolucionario ve un caos de desigualdades; donde el liberal ve una sociedad que debe preservarse, el revolucionario se propone repararlas destruyendo el sistema que las origina. En una palabra: donde Mr. Wilson ve al Hombre (una abstracción extrañamente parecida a Mr. Wilson), el Che Guevara ve guajiros sin tierra, niños escrupulosos y proletarios subalimentados. La democracia capitalista alega ser un orden natural. El revolucionario la considera un orden histórico, y, como tal, modificable por el esfuerzo de la voluntad humana.

La ideología liberal burguesa no es, por lo tanto, una inmanencia conocida por revelación, ni el resultado último del proceso racional: es tan contingente—condicionada por la historia y la geografía— como el mundo cultural del que nació, y debe ser superada como prerrequisito para la eficacia revolucionaria. Mediante ese doble reconocimiento, estamos fuera de las trampas de la resignación, de la conformidad o del pesimismo. El mundo se nos ofrece como inacabado, y nuestra tarea irá abriendo, con cada conquista, nuevas posibilidades de acción. Aunque las hipótesis futuras de ese desafío son impredecibles, no lo es el fundamento moral que permite avanzar por los caminos de la emancipación humana.

LAS DOS ETICAS

Desde las más primitivas agrupaciones (familia, tribu), los sentimientos humanos se agitan en una antítesis: amistad interna, hacia los integrantes de la comunidad, y hostilidad externa, hacia el que no pertenece a ella. La civilización ha conseguido dar formas racionales a la convivencia—al menos durante parte del tiempo—, sin que el hombre moderno haya dejado de seguir dividiendo a la humanidad en dos grupos, que Bertrand Russell delimita así: amigos, hacia quienes tenemos una ética de cooperación, y enemigos, hacia quienes seguimos una ética de competencia.

En el seno de una nación capitalista, no solamente coexisten esas dos éticas, sino que constituyen su fundamento organizativo. El sistema económico social—basado en la libre empresa, la iniciativa privada y la supervivencia del más apto— enfrenta a los individuos y a las clases de una "ética de competencia", donde prácticamente queda abolida la regla moral. Sobre esa realidad se erige un sistema institucional cuyo soporte teórico es la igualdad de los ciudadanos, unidos por una "ética de cooperación". La ideología se encarga de conciliar esta contradicción entre dos morales antitéticas, encubriendo las diferencias económicas con el dogma del pacto liberal.

La Revolución desdeña esa mitología y se niega tanto a distinguir entre las estructuras sociales y sus formas políticas, cuanto a tomar el hombre en abstracto, separado de sus bases materiales. Emplea como único criterio de valor las relaciones del hombre con el hombre. De la doble ética del capitalismo nacen las injusticias; desaparecerán cuando la única moral sea la de solidaridad. La misión del "hombre

nuevo", guiado por la "ética de cooperación", es derribar las barreras que la economía pone entre los hombres.

El triunfo de la revolución no se ha resuelto, pues, en una suplantación de elencos, sino en cambios cualitativos que involucran a las instituciones y las hacen aptas únicamente para una sociedad con ética de solidaridad.

LA COHESION INTERNA

Hasta la aparición de la técnica moderna, la cohesión de un país o un Imperio dependía de la cohesión de sus capas superiores. La cohesión de las naciones capitalistas es mucho más amplia e incluye, prácticamente, a toda la población. La teoría de la democracia liberal oculta la verdad de la composición clasista de los poderes, mientras la técnica facilita las comunicaciones, la propaganda y la represión. La autoridad actúa a nombre del pueblo, como depositaria de la voluntad general. Esa "voluntad general" no pasa de ser otro concepto metafísico, exteriorizado en el convencionalismo de plebiscitos electorales que van renovando la delegación del gobierno en el sector dirigente.

En la democracia revolucionaria la cohesión no es mecánica; emana de una voluntad nacional unida en propósitos concretos de beneficio común. Entre el pueblo y el gobierno no hay contradicción posible, porque ambos ejecutan conjuntamente planes conocidos por todos, que persiguen la eliminación de los privilegios.

En esta materia, los países liberal-burgueses no han progresado mucho desde la edad primitiva: la solidaridad interior depende de la presión del enemigo externo. La prueba está en que durante la guerra es cuando aparece una fuerte "ética de cooperación" que es más bien una forma que adopta el instinto de conservación. Y aun en esas circunstancias de crisis, nada impediría a Mr. Wilson servir a su Patria sin descuidar a la General Motors. El peligro exterior también acrecienta la solidaridad en el país revolucionario, pero la "ética de cooperación" no es una eventualidad de guerra, sino una característica permanente.

El comandante Raúl Castro ha explicado cómo influyó en la conducción revolucionaria la experiencia de la lucha y la intimidad con los campesinos. Esa relación recíproca entre la práctica y los planteos teóricos despejó errores apriorísticos y permitió ajustar los esbozos programáticos. Por eso el Gobierno no es imparcial frente a las necesidades de los humildes, ni busca resolverlas por ellos: es revolucionario porque busca resolverlos con ellos. Es la más alta forma de la cohesión social.

El gobierno de la revolución no tiene compromisos de la "ética de competencia" con la "ética de cooperación", porque es una forma instrumental de esta última.

EL IMPACTO DE LA ETICA

No todos los grupos se impregnan con igual rapidez de este nuevo sentido de solidaridad, pero las realizaciones van incorporando a los remisos y alejando a los débiles de espíritu. Los campesinos son el caso de una clase incorporada masivamente, junto

con los obreros, sobre los cuales diremos unas palabras.

Con la aparición de la esclavitud se inició un fenómeno que podemos definir como la separación entre la finalidad de la obra y la finalidad de quien la realiza. El trabajo manual del esclavo no era para sí, sino para el amo. El resultado de su faena le interesa al patrono: el esclavo buscaba mejor trato. El capitalismo ha acentuado este fenómeno hasta el máximo, por medio de su organización productiva y del maquinismo. El obrero que repite constante y monótonamente un determinado movimiento en la cadena de la producción es un esclavo. Y no lo digo en sentido metafórico. Si su función consiste, por ejemplo, en colocar una tuerca en un montaje de bicicletas, su finalidad no es armar bicicletas (esa es la finalidad de la empresa) sino ganar un salario. El salario es lo único que lo liga al proceso productivo. Las ilusiones con el tiempo que se ahorraría con el maquinismo no se han concretado para el proletariado. Estados Unidos, que tiene el más alto nivel de la automatización, es el país de los hombres apurados, prisioneros de un trabajo sin objeto ni sentido para ellos; por algo es el país que registra el más alto porcentaje de desequilibrios nerviosos. El proletario moderno no vende su obra, sino su tiempo. Vale decir, vende su vida. No hay nada más similar al esclavo.

En la sociedad de la "competencia" esa fuerza productiva que resulta del trabajo multiplicado de los obreros, se les aparece a éstos como una fuerza extraña y ajena a ellos. En la sociedad con "ética de cooperación" desaparece ese vacío: la fuerza del trabajo pertenece a los obreros, y no a la inversa. La obra es parte de la finalidad del trabajador porque el salario no es la única relación con el proceso productor. Si la meta de la revolución cubana es suprimir toda forma de explotación, la labor de cada obrero está contribuyendo a alcanzarla; y su suerte está ligada a esa finalidad. Solamente en la "ética de cooperación" se concibe al proletariado posponiendo los pedidos de aumento de salarios; solamente ella puede llevarlo a aportar un porcentaje de su paga para el desarrollo industrial, en la seguridad de que los frutos serán de la sociedad y no de un empresario.

Así como la movilización comprende a todo el pueblo, siempre habrá pequeños grupos que no depondrán su hostilidad. Pertenecen al sector de profesionales liberales, magistrados, profesores. En ellos entran en colisión las dos éticas. Aunque no hayan sido perjudicados en sus intereses económicos, la transformación revolucionaria los afecta porque pierden "poder social", es decir, la gravitación e influencia de que es tan celosa una parte de la clase media, que no es capaz de superar su condicionamiento clasista.

La Revolución comienza por destruir algunos valores en que se cifraba la preeminencia de esos círculos: el desaliño revolucionario, el desprecio por las exterioridades los perjudica, porque ellos quieren distinguirse y marcar una diferencia con el resto de los cubanos. Han perdido, así, una singularización, y el burgués apegado a sus particularismos no perdona la ofensa. A eso se agrega que su mayor nivel cultural con respecto a las masas les crea la ilusión de que no pertenecen al mundo del guajiro, del sudor y del

sacrificio, sino al más fascinante de la Cultura Occidental, cuyos mitos difunden con sincera convicción. Mentalmente colonizados, desempeñan en nuestros países el papel de un ejército intelectual de ocupación.

La "ética de la cooperación" no los penetra porque se mantienen fieles a una formación profesional destinada a la "ética de la competencia": el diploma profesional era el diploma para luchar por honorarios. Como jueces y abogados, creen en un orden jurídico desintegrado por la crítica y por la Historia. El famoso juez norteamericano Holmes decía que toda sentencia partía de lo que llamó la "premisa mayor articulada", que era la aceptación de que la democracia capitalista era un orden social de la naturaleza. Este grupo, aunque pequeño numéricamente, es digno de ser mencionado. La premisa mayor inarticulada no se les ha despegado y, encerrados en sus prejuicios, se considerarán exilados en la nueva Cuba.

ETICA Y PROPAGANDA

Cada sistema político tiene acoplada una maquinaria de propaganda y una maquinaria de violencia, donde se reflejan también las diferencias que venimos apuntando. En el régimen liberal burgués, tanto la maquinaria de propaganda del Estado como la que está en manos del sector privado, coinciden en defender los mismos intereses, que son los de la estructura oligárquica dominante. Las discrepancias son internas, dentro del régimen. (Por ejemplo, Mr. Hearst podría no coincidir en algo con Mr. Wilson y criticarlo desde su cadena de diarios; siempre tendría la seguridad de que si sus ataques son efectivos y Mr. Wilson tiene que renunciar, será sustituido por otra persona que tenga sus mismos puntos de vista sobre los problemas generales. Si, en cambio, se menciona al Che Guevara como posible reemplazante de Mr. Wilson, Mr. Hearst preferirá dejar las cosas como están.)

El objetivo principal de esos engranajes propagandísticos es buscar que las desigualdades sociales no emerjan al terreno político; es decir, que las masas acepten que son libres y tienen la suerte de pertenecer a una organización social donde resplandecen los valores del espíritu. En los grandes centros imperiales, el nivel de vida que se alcanza —en parte gracias a la explotación colonial— torña el engaño bastante fácil. Sobre todo porque además se explica que existe "igualdad de oportunidades para todos": esta afirmación de que en cada uno hay un Rockefeller potencial, los deja satisfechos a todos, porque la "ética de competencia" sólo concibe éxitos individuales; y Mr. Rockefeller, el real no será molestado con rebeliones impertinentes.

En los países semicoloniales la cosa es más difícil. Cada vez más difícil. Pero el aparato de represión compensa las insuficiencias del de propaganda. Este se encarga de demostrar que el imperialismo es un invento de Fidel Castro, y la lucha de clases un invento comunista. De que entre la miseria nativa y el sistema institucional no hay relación de causalidad: la miseria pertenece al sórdido mundo de lo material, mientras esas lindas Constituciones están en el dominio puro de los valores. Postular que para que desaparezca el infraconsumo hay que cambiar las insti-

tuciones es incurrir en "grosero materialismo" (ese que tanto hiere la virginal sensibilidad de los presidentes y generales) y agraviar a Washington, a Madison y a Jefferson.

Tanto en el centro imperialista como en la colonia, la misión de la propaganda es fomentar la pasividad. Es propaganda para que el pueblo "no haga".

La propaganda de la Revolución busca todo lo contrario: es incitación a hacer y explicación de lo que hay que hacer y cómo hacerlo. Lo que se quiere, no es dominar la conciencia de los oprimidos, sino llevarlos a liquidar las causas de la opresión.

La explotación no resulta de un fatalismo de la Naturaleza: es un producto de los hombres contra los hombres. La Historia no está hecha por anticipado, sino que se realiza en la contingencia y el riesgo. No es un desarrollo externo al hombre, sino un resultado de la actividad humana.

Esta confianza puesta en el hombre de carne y hueso y no en el limbo de las ideas desencarnadas, marca la tónica de la propaganda revolucionaria: en lugar de adormecer a las masas, de arrancarles el consentimiento por la astucia o la fuerza, se las acicatea convenciéndolas de que cada uno es responsable por sí y por todos. Tanto los grandes objetivos como las tareas para alcanzarlos deben ser claramente conocidos, porque la responsabilidad es común. Por eso en los discursos de Fidel hay enunciados doctrinarios y consejos prácticos, desde planteos ideológicos hasta indicaciones de cómo se deben cuidar las vacas o plantar las lechugas.

ETICA Y VIOLENCIA

La violencia no es una anomalía de la convivencia, como se empeña en hacernos creer el liberalismo. La Historia desconoce la no-violencia: conoce diversos tipos de violencia. La ideología de la democracia capitalista afirma que el mundo ha encontrado, por fin, el sistema ideal —o, por lo menos, el mejor posible— y que la paz entre los hombres es una cuestión de buena voluntad kantiana. Pero su legalidad, como todas, parte de un poder de hecho, y cuando reprueba la violencia revolucionaria es para consolidar la violencia establecida.

El Estado liberal admite la discusión dentro del círculo de hierro de sus propios dogmas: los que están de acuerdo en excluir la hipótesis revolucionaria o mantengan sus discrepancias en el terreno teórico, no deben temer nada. Para los que pasen esos límites hay comisiones investigadoras, acusaciones de totalitarismo, etc. Porque aunque el liberalismo incorpora el concepto racionalista de relativización de los juicios de valor, defiende sus ideas como absolutos, más allá de la crítica.

En el hecho de que un hombre tenga 1.000 cabañerías y otro no tenga para vivir, el liberal no ve una situación que encierre violencia, sino un producto de la diferencia de aptitudes o de la fatalidad. El prestamista usurario está dispuesto a amar a quienes le abonen religiosamente el diez por ciento mensual; el dueño de fábrica a sus obreros, con cuyo trabajo se enriquece; el parásito militar al pueblo que paga sus sueldos y sus juguetes mortíferos. Pero si los explotados reaccionan contra la opresión, recién entonces los explotadores creen que ha aparecido la violencia. Entonces su propia violencia, petri-

ficada en sus instituciones de clase, se torna activa y reprime la agresión, utilizando al Ejército y la Policía, brazo armado de las estructuras del privilegio.

La Revolución ha llegado por el único medio posible —la violencia— y necesita de ella para defenderse del ataque combinado del imperialismo y la oligarquía. Pero no necesita de un brazo armado para ejercer coerción contra la mayoría, sino un pueblo armado, para que no se frustre la acción emancipadora. Cuando Fidel desafía a los gobernantes latinoamericanos a que repartan fusiles, está marcando una diferencia entre el poder ejercido por gerentes y otro que está seguro de la decisión popular.

Ya sea que el reclutamiento se haga mediante el servicio militar obligatorio o la confrontación de mercenarios, el Ejército profesional tiene una oficialidad unida por razones de casta y una tropa sometida a disciplina ciega y mecánica. Como en el caso del obrero, no existe ninguna relación entre la finalidad del Ejército y la finalidad del soldado: a pesar de las arengas patriotas, éste busca cobrar un sueldo o cumplir con una obligación legal.

El Ejército Rebelde y las Milicias, en cambio, son parte de la actividad del pueblo. La disciplina no es un medio de embrutecimiento ni un fin en sí misma; por eso el adoctrinamiento tiene tanta importancia.

Los soldados y las milicias trabajando voluntariamente en la construcción de escuelas y viviendas, es uno de los casos más emocionantes de la "ética de cooperación".

EL REVOLUCIONARIO Y LA MORAL

Hemos visto que entre el régimen liberal burgués y la Revolución no hay puntos de coincidencia. Ni siquiera un lenguaje común. Si alguien consideró muy impresionante traer a Mr. Wilson y a la General Motors a debate, me apresuro a contestarle que cualquier Mr. Brown, dueño de un "drug-store", podría repetir esas palabras, en la seguridad de estar dentro de una ortodoxia varias veces centenaria y consagrada en las fórmulas de la democracia occidental: la libertad consiste en que cada hombre pueda buscar su propia felicidad; el orden jurídico garantiza una lucha económica donde la iniciativa individual no sufra trabas; de esa contraposición de egoísmos nace el Progreso y se afirma la Libertad.

Además, Mr. Wilson dista de ser un desalmado. No solamente siente compasión por los millones de seres que carecen de pan y techo, sino que contribuye —me atrevo a afirmarlo— para obras de caridad destinadas a aliviar esas situaciones afligentes. Lo que jamás admitirá es que en ellas tenga responsabilidad el sistema social del que es pilar la General Motors. Y no vaya a creerse que por razonamiento de tipo económico; los filósofos le han demostrado que allí hay un problema moral: el de la Libertad del Hombre. Si alguien adelanta un último argumento de que esa moral es tan producto de las relaciones capitalistas como puede serlo un Chevrolet, Mr. Wilson llamará en seguida al FBI: solamente un "materiaalista", un agente de la tiranía cubana puede entreverar las cosas del espíritu con los artículos de la manufactura.

El revolucionario no desprecia la moral ni la libertad, aunque Mr. Wilson piense lo contrario. Lo que sucede es que le tiene desconfianza a ciertas

abstracciones que, tal vez por coincidencia, siempre están apareadas con intereses bien concretos. Se niega, por lo tanto, a hacer de la moral un problema de simple interioridad, disociado de las relaciones humanas. Porque nadie es conciencia pura: todas las conciencias están comprometidas. Lo que hacemos afecta a los demás y es una estafa creer que podemos eludir la responsabilidad refugiándonos en axiologías que nos absuelven de antemano. Desde que estamos en el mundo, tenemos que formular decisiones, elegir. Los que piensan que reconcentrándose en sí mismos preservan incorrupto su "yo" se equivocan: la pasividad no es una manera de eludir la opción, sino una opción como cualquiera otra, porque la condición humana excluye la neutralidad. La calidad de sujeto histórico no es renunciante, y eso torna el pecado de omisión tan grave como el de comisión: una auténtica moral no hace distingos entre autores y cómplices.

El revolucionario asume esa responsabilidad y los riesgos que ella importa. Completamente lúcido con respecto a su situación en un mundo en el que se sabe comprometido, renuncia a los halagos pueriles de la autoindulgencia. Rehúsa separar su conciencia de sus actos, sus ideas de las consecuencias que ellas traen. La "ética de competencia" es una lucha para imponer la propia subjetividad sobre las subjetividades ajenas, para tratarlas como objetos.

Solamente la "ética de solidaridad" permite que los hombres reconozcan la esencia intersubjetiva de sus relaciones y asuman el imperativo emergente de luchar por la liberación común.

De esta moral nace un individualismo mucho más alto que el que se revuelca en las aguas fangosas de la búsqueda del lucro. "El individualismo debe ser en el día de mañana el aprovechamiento cabal de todo individuo en beneficio absoluto de una colectividad" (Comandante Che Guevara). Lamentablemente, Mr. Wilson y muchos Mrs. Wilson temblarán de espanto ante la visión de la dulce Cubanacán convertida en una tierra totalitaria, sin competencia, sin libre empresa, semejante a una de esas terroríficas apariciones que suministra la ciencia-ficción y leen los presidentes de Norteamérica.

Si no fuese porque sabemos que no nos entenderían, quisiéramos explicarles a los Mrs. Wilson que en Cuba no muere la Libertad, sino un espejismo de Libertad, alimentada de sangre y sufrimiento y miseria. Como antes murió la libertad de tener esclavos, o la libertad para la trata de blancas, o la libertad para el tráfico del opio. Le diríamos que la "ética de competencia" no afirma la personalidad, sino que la destruye y convierte la convivencia en una yuxtaposición de soledades. Le informaríamos que ni siquiera los privilegiados son realmente libres porque están prisioneros del espíritu de posesión: los millones son de Mr. Wilson, pero Mr. Wilson es de sus millones.

Con Fidel Castro nació la Cuba de la "ética de cooperación", cuyos hijos buscan realizarse como seres libres del prejuicio, del temor, del odio, del egoísmo. Por toda América ha corrido la convocatoria y en medio del combate nos vamos reconociendo por las voces y por los cantos.

("Lunes de la Revolución", N.º 76. La Habana, 12 de septiembre de 1960.)

RODOLFO WALSH

¿ Quien proscribe a Perón ?

En su discurso del Colegio Militar el general Lanusse dejó esclarecido que, en cuanto dependa de su facción militar, Juan Perón seguirá siendo un proscrito. El lenguaje amenazante que utilizó no puede disociarse del poder que respalda la amenaza. Bajo el imperio de la Revolución Argentina Baldu fue degollado, Belloni asesinado con las manos en alto, Pujals torturado hasta morir, Monti deshecho a palos.

Este telón de fondo da sentido al desafío que el general Lanusse lanza a Perón. La garantía que se le ofrece es la de "venir a jugarse el cuero", y quienes la ofrecen son los herederos de quienes en 1956 garantizaron la vida al general Valle antes de fusilarlo.

La tentativa de trasladar al plano del coraje individual el problema político de un pueblo ilumina una vez más las categorías de análisis que la oligarquía aplica a la realidad. Para Lanusse el 17 de Octubre fue obra de tres personas: "esa mujer", un gremialista y un guardiacárcel. Con la misma lógica pudo suponer que bastaban dos generales para un acuerdo que marginaba los sufrimientos y esperanzas de millones. La respuesta que recibió el coronel Cornicelli es una lección de historia: "Usted no ha venido a hablar con el general Perón; usted vino a hablar con Perón".

Hay un método menos pordiosero de analizar el devenir que el utilizado por el general Lanusse. Consiste en desentrañar las fuerzas económicas y sociales que los hombres representan. En esta perspectiva el que proscribiera a Perón no es el general Lanusse, por más que en su fantasía rivalice con él desde la edad del cadete. A Perón lo proscribiera la oligarquía que lo derrocó y los monopolios que luego se adueñaron de la industria, del comercio, de los bancos y la tierra.

La defensa de esos bienes del pueblo es el título de Perón al reconocimiento de cualquiera que se titule antiimperialista, pero también al odio de los privilegiados. La oligarquía que lo declaró traidor a la patria tenía razón, porque en su lenguaje, patria es la clase explotadora, y Perón traicionó a esa clase,

como traicionó al ejército cuyos jefes iban a convertirse en gerentes de aquellos monopolios. Es natural que la oligarquía vea un pecado en esa defección, pero es inevitable que el pueblo perciba una solidaridad y una virtud.

El frustrado Acuerdo es la tentativa de recuperar a Perón para esa patria de los explotadores a cambio de un uniforme que los oficiales ya no visten en la calle, de un papiro "sanmartiniano" y de otros abalorios que la conciencia burguesa estima como las supremas recompensas de la vida, mientras que la ética de los oprimidos se burla de ellos.

La negativa de Perón resucita las iras del 55. El general Lanusse abandona la imagen paternal, reaparecen en su discurso los temas irredentos del gorilismo. Las emociones sepultadas del teniente Lanusse ascienden a interpretación de la historia, los rigores y desdenes sufridos por el capitán Lanusse se transforman en reivindicación nacional. "Aquí delante de ustedes está el teniente general Lanusse que es la consecuencia de lo que hizo el cadete Lanusse desde el año 1935 en adelante". Es decir, él no ha cambiado. ¿Qué ganaría con cambiar? ¿Cambian voluntariamente los miembros de su clase?

Más que un cambio, menos que una obstinación, el pretexto esgrimido para proscribir a Perón refleja una decadencia. Aramburu, Rojas, Villegas, proscribían y basta. Ahora hace falta una Ley de Residencia que si se cumpliera en la fecha mágica haría de un cobarde —según la versión presidencial— un valiente; de un demagogo un patriota; de un oportunista un abnegado. Pero sobre todo un prisionero.

La política oligárquica se refugia así en la hechicería mientras el general Lanusse vuelve a su doctrina preferida, la del país en guerra. Pero si una minoría declara la guerra, ¿a quién la declara? ¿No será a la otra patria, la patria de los que edifican y no tienen techo, hilan y no tienen abrigo, producen y no comen, los que construyen todo lo que existe y no lo gozan? Si es así, ¿qué esperanzas tiene finalmente de ganar esa guerra?